



CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO
CELAM

Colección V CENTENARIO



Doce Santos Latino- americanos

Padre JORGE FALCH

8

COLECCION

V CENTENARIO

8



*V Centenario
de Evangelización
en América Latina*

1492-1992

**Creemos, Señor
Aumenta nuestra fe**



CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO
-CELAM-

P. JORGE FALCH

**DOCE SANTOS
LATINOAMERICANOS**

Nota Preliminar

El 12 de octubre de 1984 marca un hito en la historia del CELAM: en ese día el Santo Padre Juan Pablo II en el Estadio Olímpico de Santo Domingo inauguraba solemnemente el Novenario de años previo a la celebración del Quinto Centenario del inicio de la evangelización en América Latina y pedía que siguiéramos tras las huellas de los evangelizadores y descubriéramos el carácter providencial de la llegada de la cruz salvadora a este continente.

La XX Asamblea Ordinaria del CELAM reunida en San José de Costa Rica del 11 al 15 de marzo de 1985, haciéndose eco de los deseos del Santo Padre, aprobó la Recomendación 4 que dice:

“Que el CELAM apoye y propicie estudios sobre el aporte de la Iglesia en el proceso de evangelización y promoción integral de los pueblos de América; con el visto bueno de la respectiva conferencia y privilegiando aquellos estudios que se refieren a la Conquista y a la Colonia; así como a la época post-conciliar”.

Para ejecutar este mandato de la Asamblea, el Secretariado tomó la decisión de organizar una Colección

conmemorativa del Quinto Centenario, abierta a todos los temas relacionados con el fenómeno de la evangelización. En ella se destacan aquellos dos momentos históricos que señala la Recomendación y se busca divulgación que ayude a Pastores y fieles a tener una visión positiva y eclesial de los orígenes de nuestra fe y de los caminos de la nueva evangelización.

La *Colección Quinto Centenario* espera verse enriquecida con trabajos similares al del presente libro, que provengan de otras fuentes y de otros contextos históricos, pero que tengan el mismo sello de fidelidad al Evangelio y el mismo espíritu de valoración de nuestra experiencia de fe que está en la base de la cultura latinoamericana (D.P. 412).

El CELAM agradece a todos los que han hecho posible la publicación de este libro y de los demás que integran la *Colección Quinto Centenario*; en especial reconoce el esfuerzo y dedicación del autor, que ha querido colaborar en esta empresa eclesial y latinoamericana. Que el Señor Jesucristo en cuyo nombre se anunció y se anuncia hoy el Evangelio en América Latina, haga fructificar esta semilla y bendiga a todos los que la han hecho posible.

+ DARIO CASTRILLON HOYOS
Obispo de Pereira
Secretario General del CELAM

Presentación

En los albores del V Centenario del comienzo de la evangelización de América, quisiéramos presentar este pequeño homenaje a los que al mismo tiempo son frutos y agentes de esta epopeya magna de la reino de Cristo en nuestro mundo.

En este esfuerzo nos encontramos en buena compañía. El Santo Padre Juan Pablo II nos indicó este camino en su discurso del 12 de octubre de 1984 en el Estadio Olímpico de Santo Domingo ante los Obispos del CELAM y representantes de otras Conferencias Episcopales. Incluso marcó el catálogo de 12 nombres cuando dijo:

“Un dato consignado por la historia es que la primera evangelización marcó esencialmente la identidad histórico-cultural de América Latina (Cf. Puebla, 412). Prueba de ello es que la fe católica no fue desarraigada del corazón de sus pueblos, a pesar del vacío pastoral creado en el

período de la independencia o del hostigamiento y persecuciones posteriores.

Ese sustrato cultural católico se manifiesta en la plena vivencia de la fe, en la sabiduría vital ante los grandes interrogantes de la existencia, en sus formas barrocas de religiosidad, de profundo contenido trinitario, de devoción a la Pasión de Cristo y a María. Aspectos a tener muy presentes, también en una evangelización renovada.

Un común sustrato de matriz católica, de fe común a los diversos pueblos, que demostró ya su consistencia en la capacidad de asimilar desde dentro la reforma postridentina, la renovación del Concilio Vaticano II y los impulsos madurados en Medellín y Puebla.

Un sustrato que alcanzó cotas de santidad admirables en figuras tan ejemplares y cercanas a su pueblo como Toribio de Mogrovejo, Rosa de Lima, Martín de Porres, Juan Macías, Pedro Claver, Francisco Solano, Luis Beltrán, José de Anchieta, Marianita de Quito, Roque González, Pedro de Bethancur, el Hermano Miguel Febres Cordero y otros.

Un sustrato con su innegable vitalidad y juventud actual; que busca formas eficaces de inserción en la sociedad de hoy; que aguarda una evangelización renovada y esperanzada, para revitalizar la propia riqueza de fe y suscitar vigorosas energías de profunda raíz cristiana; para que sea capaz de construir una nueva América Latina confirmada en su vocación cristiana, libre y fraterna, justa y pacífica, fiel a Cristo y al hombre latinoamericano”.

Los santos de nuestro continente son la expresión más nítida de los grandes valores enumerados por el Santo Padre. En el presente trabajo queremos limitarnos a las doce figuras de santidad nombradas por el Papa y a cada una la enfocaremos bajo un triple aspecto: En primer lugar elegimos, de entre las muchas biografías existentes, la más moderna de un autor acreditado. Después, trataremos de seleccionar un texto para que el mismo santo nos hable de sus preocupaciones y anhelos. Y finalmente, elaboraremos una bibliografía lo más completa posible, para poder apreciar la repercusión que la vida de santidad ha tenido en nuestros pueblos e indicar así las fuentes para otros estudios locales o individuales. La preferencia del pueblo por un santo se expresa en los novenarios, en los títulos de los templos y las capillas, en

El pequeño trabajo se transformó, en la biblioteca del Seminario Pontificio, en un desafío para sacar a la luz pública tantos valores ocultos en las bibliotecas eclesidísticas y en la biblioteca de José Toribio Medina. A todas las personas que han prestado su valioso conocimiento y tiempo, vaya nuestra inmensa gratitud.

En la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe del año 1985.

*P. JORGE FALCH, Pbro.
Bibliotecario del Seminario Pontificio Mayor
de Santiago de Chile*

Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo

Beatificación: 28-VI-1679

Canonización: 8-XII-1726

Día de celebración: 23-III

(1538 – 1606)

Toribio Alfonso nació en el pueblecito español de Villaquejida. Primeramente estudió en Valladolid, luego en Salamanca, pasando después al colegio de San Salvador, en Oviedo. En 1573 se licenció en Derecho, y en 1575 fue nombrado presidente del Consejo de la Inquisición, en Granada. Aquí aprendió Toribio a relacionarse con los mahometanos y fue testigo de los esfuerzos de muchos misioneros para convertir a la fe cristiana a los fieles de otras religiones. Como seglar, ejerció su función con rectitud y prudencia. Se alababa su piedad, su ascetismo, su sentido de la justicia y su amor a los pobres.

El Concilio de Trento (1545–1563) había reorganizado en muy breve tiempo toda la iglesia, y también había puesto en marcha la renovación de las diócesis europeas. El auténtico motor de esta reforma fue Carlos Borromeo, el infatigable arzobispo de Mi-

lán. A la América, poco antes descubierta, estas iniciativas le llegaron muy tarde. En México ya se había concluído en 1572 la primera evangelización totalizadora, pero sólo con posterioridad a la conferencia eclesiástica mexicana de 1885, dirigida por el arzobispo de México, Pedro Moya de Contreras, echó firmes raíces en este país el espíritu de Trento.

El rey Felipe II era consciente de que en el Perú había que hacer algo, ofreciendo, en consecuencia, al joven licenciado y presidente del Consejo de la Inquisición de Granada, Toribio Alfonso de Mogrovejo —que por añadidura era un simple seglar— el Arzobispado de Lima. Lima era entonces el centro político y espiritual más importante de Suramérica, estando sujetas a su arzobispo todas las diócesis y fieles entre Panamá y el Río de la Plata.

Dado que Toribio era un simple seglar y no estaba impuesto en los problemas americanos, declinó el ofrecimiento, pero el 21 de marzo de 1579, Felipe II le entregó el despacho de su nombramiento. Toribio Alfonso viajó a Sevilla, ciudad entonces responsable de los asuntos americanos, estudiando allí con gran dedicación los problemas de las extensas regiones del otro lado del Atlántico; y no mucho después se le facultó con todos los poderes para el ejercicio de su difícil misión en Lima. Consagrado obispo en Sevilla, se embarcó rumbo al Perú en el año 1580.

Toribio se propuso renovar a fondo la iglesia en América, disponiéndola de ese modo, para un trabajo misional. El nuevo arzobispo pensaba y actuaba en plan ecuménico; no le detenía ningún sacrificio en su idea de poner manos a la obra, si bien de una manera prudente y perseverante.

En 1594 escribía a Felipe II que él había recorrido 15.000 km., habiendo confirmado más de 60.000 personas. El rasgo más sobresaliente de este santo fue su amor sin medida a los pobres indios y su preocupación por la iglesia peruana, lo que le llevó a proceder contra aquellos religiosos que velaban celosamente por sus privilegios; asimismo hubo de meter en cintura al clero secular, un tanto indisciplinado, y por lo que respecta a los colonos españoles, que tenían por lícito el adulterio, el pillaje y la injusticia, les hizo ver con toda claridad la depravación de su conducta.

El obispo tenía 42 años cuando tomó posesión de su diócesis. Ya bien al comienzo de su acción pastoral hubo de darse cuenta de que su predecesor, monseñor Loyasa, había dejado que las cosas anduviesen por su mano, simplemente. Para reparar estos daños, emprendió largas y molestas visitas, para estudiar sobre el terreno todos los datos de la cuestión. En los 25 años que desempeñó su arzobispado,

recorrió cuatro veces el país. La segunda visitación duró seis años (1584–1590), la tercera, cuatro años (1593–1597), de la cuarta, empezada el año 1605, ya no había de regresar con vida; murió en una pobre capilla en medio de los indios.

Francisco de Toledo, virrey de Lima, criticó, al igual que otros muchos miembros de la comunidad cristiana de la capital, que el arzobispo estuviese ausente durante tan largos períodos de tiempo. Estos reproches llegaron hasta Madrid, también incluso a oídos del Consejo de Indias. En 1590, se le prohibió abandonar Lima; los viajes no podían —por ley— (¡válida para Europa!) prolongarse más allá de un año. No obstante, Toribio abandonó la capital nuevamente en 1591. Toribio comunicó al rey que este paso estaba justificado por los decretos de Trento y por las experiencias acumuladas en la conferencia episcopal de Lima (1583). Se le siguió calumniando. Con el correr del tiempo, sin embargo, hubieron de reconocer todos su ilimitado amor a los indios, alabando su renuncia incondicional a las riquezas y a la tranquilidad. Toribio seguía trabajando imperturbable, no concediendo ni un minuto de su tiempo a estos debates vanos.

Las grandes asambleas de obispos convocadas por Toribio Alfonso, y que comprendían los territo-

rios entre Panamá y el Río de la Plata, configuraron, a la postre, la historia de la iglesia latinoamericana. El tercer concilio de Lima (1581–1583) fue el “Trento americano”, y fue también la coronación de la obra vital de Toribio.

Los religiosos no podían hacerse cargo de parroquias sin un permiso especial. De esta manera, pretendía el arzobispo que los religiosos abandonasen la vida asegurada de las parroquias y se dedicasen al trabajo misional en el frente. En esta empresa los jesuitas dieron el primer paso, siendo de una gran ayuda para Toribio. La reforma del clero secular se introdujo con la fundación del seminario sacerdotal de Lima. Así, en América Latina, y bajo el influjo de los concilios de Trento y de Lima, fue creándose un clero que tomó sus distancias frente a los comerciantes y soldados españoles, cuando antes era relativamente sencillo percibir una colaboración. Pero la mayor preocupación de Toribio eran los indios. Aprendió prontamente la lengua de los incás, el quechua, exigiendo que todos los clérigos que tuviesen que trabajar con los indios, lo aprendiesen. El catecismo elaborado en el tercer concilio de Lima (1583) fue editado en tres idiomas: en quechua, en aimará y en castellano.

Si la iglesia hubiese seguido el camino emprendido por Toribio de Mogrovejo, hace largo tiempo que

la evangelización de los indios estaría concluida. Por desgracia, se replegó a una sociedad bautizada, y las paredes divisorias entre cristianos y no bautizados fueron, con el tiempo, prácticamente impermeables.

Hacia el final de su tercera visitación, en marzo de 1606, Toribio había llegado justamente al valle del Pascasmayo; de repente, se sintió indispuerto y hubo de aposentarse en la casa de un catequista indio, en Santiago de Miraflores. Su último deseo fue el recibir la comunión en la capillita de la comunidad india. Pidió al padre Jerónimo, el prior de los agustinos (pues allí tenían éstos una fundación) que tocara el arpa. Mientras Jerónimo entonaba el salmo "He conservado la fe" (Sal. 116,10) y "En tus manos encomiando mi espíritu" (Sal. 31,6), Toribio echó por última vez una mirada al crucifijo. Era el jueves santo de 1606, cuando murió el gran arzobispo de Lima y apóstol del Perú. Las pocas cosas que tenía consigo, las dió a sus acompañantes. Todo lo demás fue repartido entre los pobres, a quienes tanto había amado. Sus restos mortales fueron conducidos a Lima el año siguiente¹.

1. E. Dussel, *En: Testigos de la fe en América Latina; desde el descubrimiento a nuestros días*, Ed. E.L. Stehle, Verbo Divino, Estella 1982, pp. 51-55.

CARTA DE SANTO TORIBIO AL REY FELIPE II

25 de febrero de 1583

Católica Real Majestad,

Después que llegué a esta ciudad, he visto gran parte de este distrito por mí persona y lo he entendido tener necesidad de remedio (que) es proveer y dar doctrina a los indios. Por carecer de sacerdotes y tener cada sacerdote en muchas partes muchos lugares de indios a su cargo, y mucha distancia de camino, (que) es causa de que se mueran muy de ordinario los indios sin confesión y bautismo y demás sacramentos. Y si vuestra Alteza de allá no envía el remedio dando orden (de) que cada pueblo de indios tenga sacerdote con salario suficiente —pues hay hartos clérigos que puedan ir a las doctrinas— parecerán (perecerán?) sin haber quien los socorra. Y de estar sin sacerdotes pueden resultar grandes ofensas de Dios, de idolatrías, borracheras y otros grandes pecados. Y por acá yo no veo cómo cómodamente se pueda proveer esto. Porque cargar a los indios que

ellos paguen el salario al sacerdote, no lo podrán sufrir, por ser tan miserables y pobres, y estar tan cargados de otros tributos. Los encomenderos asimismo no podrán con tanta carga. El reducir unos pueblos a otros no se puede hacer en todas partes, por no haber comodidad para poderlo hacer, (ansi) (así como) por el peligro de muerte que hay de mudarlos de unos a otros de diferentes templos (= climas) y haberse de deshacer de sus haciendas y chacras y quedar perdidos, y por ello muy pobres. Suplico a vuestra Alteza provea en esto como nuestro Señor se sirva y se descargue la conciencia (como) en cosa de tanto momento (= importancia). Yo me aflijo mucho de ver que no lo puedo remediar y (el) entender los muchos que por momento morirán sin los sacramentos (sí) no se da(ndo) remedio a ello.

Por estar algunas veces vacas (= vacantes) las doctrinas (= parroquias indígenas) y no haber sacerdotes que quieran ir a ellas, se compelen (= obliga a) algunos que vayan a servirla. Y queriéndoles compeler (= obligar), porque no mueran los indios sin sacerdotes que les administren los santos sacramentos y no se ocupan, estando sin pastor, en ofensas de Dios, lo llevan (= recurren) a la Audiencia por vía de fuerza. Y, de ampararlos el (= la) Audiencia (para) que no vayan, pueden resultar muchos grandes daños y no se descarga la conciencia de los que tienen estos in-

dios a su cargo. Será de mucha importancia que vuestra Alteza mande al Virrey y Audiencia Real no se entremetan en semejantes negocios, sino que libremente y con libertad dejen al Prelado en esto hacer su oficio y proveer lo que convenga, no admitiendo a los sacerdotes que lleven (= recurran a) semejantes negocios por vía de fuerza. Porque de lo contrario se desanimarán los Prelados y jueces eclesiásticos a querer compeler (= obligar) a los dichos sacerdotes para ir a las dichas doctrinas habiendo necesidad. (Como) yo sé de un juez eclesiástico que, diciéndole que compeliere (= obligarlos), a ciertos sacerdotes que fuesen a unas doctrinas que estaban sin ellos, respondió que para qué había de compelerlos, pues la Audiencia los había de amparar. Entiendo que de proveer y mandar vuestra Alteza ésto, se servirá nuestro Señor mucho, pues a semejantes necesidades extremas es varón que todos acudan. Y los sacerdotes, entiendo que no han de tener recurso en la Audiencia, (y así) se allanarán a lo que se les ordenare. Muéveme el suplicar a vuestra Alteza esto, el ver a los grandes inconvenientes y daños y ofensas de Dios que pueden resultar de no poder el Prelado en esto hacer libremente lo que convenga.

En estas partes hay muchas personas que quieren ser clérigos, y por no tener beneficios ni tampoco patrimonio para poderse ordenar conforme al Santo

Concilio de Trento, he reparado en no quererlos ordenar, queriendo en ésto seguir lo que ordena el Santo Concilio tan de veras, de (lo) que se sienten muy afligidos y desconsolados. Sobre lo que tengo escrito para que se impetrase de Su Santidad licencia y dispensación de poderlos ordenar sólo a título de indios, si vuestra Alteza fuese servido que estas doctrinas se hiciesen a título de ellas. Y habría gran número de sacerdotes, de (lo) que entiendo se serviría nuestro Señor mucho. Y de ser los beneficios perpetuos, estarían los clérigos más de asiento, (= estables) y se les quitarían los pensamientos de ir a España, juntando dinero para volverse. Vuestra Alteza será servido en ésto y en todo proveer como más convenga y nuestro Señor se sirva.

Los bienes de las fábricas de las iglesias de los indios y de los hospitales de los indios que entran en las cajas de las comunidades por bienes de las iglesias, las audiencias no consienten que los jueces eclesiásticos las visiten y tomen cuenta de ello. De (lo) que no resultarán pocos inconvenientes para ser proveidas las iglesias de lo necesario de ornamentos y edificios de ellas y de poder hacer los hospitales, pues para eso están destinados aquellos dineros que los indios dan. Por otra (parte) tengo escrito largo sobre esto. Suplico a vuestra Alteza mande proveer de manera que el Prelado pueda proveer con libertad a sus iglesias y

hospitales, mandando gastar lo que fuese necesario. Y con esto estará todo muy bien proveido. Yo he andado visitando y he visto la falta que hay en lo que tengo dicho, por no tener mano el Prelado en ello, que es lástima. Y pues el Santo Concilio de Trento en esto de las visitas de fábricas y hospitales y sus bienes y distribuciones de ellos, da mano y poder a los Prelados de poderlo hacer, vuestra Alteza mande a las audiencias (que) no lo impidan y asimismo para que dejen visitar libremente al Prelado los hospitales que hay en esta ciudad de españoles e indios, pues han sido dotados y fundados con bienes de muchas personas, puesto que vuestra Alteza les haya hecho merced de alguna renta.

Estos dos hospitales de los españoles y naturales de esta ciudad están muy necesitados: vuestra Alteza sea servido de tener memoria para hacerles merced y limosna siempre. (Que) será gran servicio de nuestro Señor la limosna que se hiciere, por la mucha caridad que en ellos se ejercita continuamente.

Esta iglesia catedral tiene mucha necesidad y está muy pobre como por otra (parte) tengo escrito a vuestra Alteza. Y asimismo las iglesias de Trujillo, Guamuco y Chachapoyas tienen necesidad. Vuestra Alteza les hará merced de los dos novenos con que se les solía acudir (de) antes, que será limosna muy

acepta a nuestro Señor. Y algunas de ellas, entiendo, dan aviso con sus informaciones en esta flota. Y lo propio digo de las demás iglesias de españoles de este Arzobispado que tienen mucha necesidad. Y con esta (carta) va la información de la iglesia de Guamuco. Y de la mucha (necesidad) que esta catedral tiene informará bastantemente esta audiencia por ser notoria como por otra (carta) tengo ya escrito más largo.

De pagar los indios su tributo en dinero y no en especies pueden resultar muchos y grandes inconvenientes, como gustará a vuestra Alteza por una petición que se me dió por parte del doctor Balboa, catedrático de la lengua, que va con ésta (carta). Suplico a vuestra Alteza sea servido de mandarlo remediar para que tengan doctrina suficiente y cesen los dichos inconvenientes y grandes deservicios de nuestro Señor que de ello pueden resultar. El doctor Balboa ha mucho que conoce estos indios y los trata, y tiene experiencia y noticia mucha de los daños que de esto se sigue.

Con esta (carta) va la relación que vuestra Alteza, por sus cédulas, manda se enviase, de los pueblos de españoles e indios y de la doctrina que en ellos hay y las capellanías, cofradías, hospitales y lugares pías y más beneficiosas y prebendas de esta iglesia catedral y las demás.

Va asimismo relación de todos los clérigos que hay en este arzobispado y sus partes. Por haber recibido poco ha las cédulas de vuestra Alteza que tratan a cerca de esto no ha habido lugar de enviar las dichas relaciones con más distinción y claridad de lo que ahora van, por la brevedad con que la flota se parte. Habiendo lugar se procurarán de enviar más copiosas y distintas con el primer navío. Asimismo se procurará enviar en cada flota las doctrinas que se hubieran promovido de una flota a otra, como vuestra Alteza manda.

Esta iglesia está muy destruida de servicio por falta de los pocos prebendados y ministros que hay. Suplico a vuestra Alteza ser servido mandar (que) se cumpla el número de la creación, pues ya los diezmos van en más aumento y las prebendas van creciendo, como por la relación que se envía será vuestra Alteza. Y para que esta iglesia estuviese siempre con entero y cumplido servicio sería de mucha importancia y momento que vuestra Alteza permitiese y tuviese por bien que el Prelado, habiendo alguna vacante, entretanto que por vuestra Alteza se provea, nombre alguna persona que sirviese e hiciese el oficio de que entiendo nuestro Señor se serviría mucho y la iglesia no sería defraudada en esto. Siendo esta iglesia tan principal y calificada cabeza de todas y está(ndo) muy notada, por ahora, de poco servicio que tiene,

espero en esto y en todo, vuestra Alteza hará a todos merced muy cumplida, como nuestro Señor más se sirva.

El doctor Valcazar, mi provisor, es persona de muchas y muy buenas partes, virtuoso y muy recogido, y por tener mucha satisfacción de él le traje conmigo desde España. Suplico a vuestra Alteza tenga memoria en hacerle merced en alguna de las dignidades que están vacas (= vacantes) en esta iglesia. Y entiendo se servirá nuestro Señor en la merced que se le hiciera. Nuestro Señor guarde la Católica Real Persona de vuestra Alteza para gran servicio suyo y bien de todos los reinos. De los Reyes (= Lima) 25 de febrero de 1583².

Católica Real Majestad.

Besa las manos de vuestra Alteza su capellán.

El Arzobispo de Los Reyes

-
2. El original de la carta se encuentra en el Archivo General de las Indias en Sevilla bajo la sigla Patronato, 248, R. 5. Está publicada en: Emilio Lisson Cháves, *La Iglesia de España en el Perú*. Colección de documentos para la historia de la Iglesia en el Perú, que se encuentran en varios Archivos. Sevilla, 1944, vol. III, núm. 522, pp. 36-40.

BIBLIOGRAFIA

DUSSEL, Enrique. Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo (1536—1606): el buen pastor. *En: Testigos de la fe en América Latina ...*, p. 51-55. (Veáse en la Bibliografía general, al final del texto).

ECHAVE y ASSU, Francisco de. La estrella de Lima convertida en sol sobre sus tres coronas el B. Toribio Alfonso de Mogrovejo, su segundo arzobispo / D. Francisco de Echave y Assu, Cavallero del Orden de Santiago, Corregidor del Cercado de Lima por su Magestad. Amberes: Juan Baptista Verdussen, 1688. 9, 381 p.: il. Biblioteca: NSM.

GARCIA Irigoyen, Carlos, Monseñor. Santo Toribio: obra escrita con motivo del tercer centenario de la muerte del santo, Arzobispo de Lima / por Monseñor Carlos García Irigoyen, Prelado doméstico de su Santidad, Individuo de número del Instituto Histórico. Lima: Imprenta y Librería de San Pedro, 1906. 4 v.: il (retr.)

Contiene: v. 1 y v. 2.— Nuevos estudios sobre la vida y gobierno de Santo Toribio. v. 3.— Nuevos estudios sobre la vida y gobierno de Santo Toribio. Bibliografía de Santo Toribio de Mogrovejo, Arzobispo de Lima. (Capítulo incompleto de un libro inédito). Suplemento a la Bibliografía anterior: Manuscritos. v. 4.— Inéditos del Archivo de Sevilla. Biblioteca: SPS.

LEON Pinelo, Antonio de. Vida del Ilustrissimo i Reverendisimo D. Toribio Alfonso Mogrovejo, Arzobispo de la ciudad de los Reyes Lima, Cabeza de las Provincias del Piru / Por el Licenciado Antonio de Leon Pinelo, Relator del Consejo Supremo de las Indias, y del de la Camara dellas. Madrid: s. n., 1653. 22, 421 p.: il. Biblioteca: NSM.

LOREA, Antonio de, fray O.P. El Bienaventurado Toribio Alfonso Mogrovejo, Arzobispo de Lima: istoria de su admirable vida, virtudes, y milagros / que escribió el M. Fr. Antonio de Lorea, de la Orden de Predicadores, y su Cronista. Madrid: Iulian de Paredes, Impressor de Libros, 1679. 7, 253 p.: il.

Biblioteca: NSM.

MEDINA, José Toribio. Bibliografía de Santo Toribio de Mogrovejo, Arzobispo de Lima. (Capítulo incompleto de un libro inédito). *En: García Irigoyen...*, v. 3: p. I-LVIII.

MEDINA, José Toribio. Suplemento a la bibliografía anterior: Manuscritos. *En: García Irigoyen ...*, v. 3: p. LIX-LXXXII.

MONTALVO, Francisco Antonio de. El sol del Nuevo Mundo ideado y compuesto en las Esclarecidas Operaciones del Bienaventurado Toribio, Arzobispo de Lima / Por el Dor. D. Francisco Antonio de Montalvo, Natural de Sevilla, del Orden de S. Antonio de Viena. Roma: Imprenta de Angel Bernavó, 1683. 7, 540, 12 h.: il.

Biblioteca: NSM.

RODRIGUEZ Valencia, V. Santo Toribio de Mogrovejo. (Madrid 1957-58). En esta obra fundamental se encuentra reseñada toda la bibliografía anterior. Cita bibl. de: *Año Cristiano ...*, v. 2: p. 190. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

SANTO Toribio de Mogrovejo. *En: Año Cristiano ...*, v. 2: p. 181-190. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

TORIBIO de Mogrovejo. *En: Galmés, Lorenzo ...*, p. 98-99. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

VILLEGAS, Juan J., S.I. Fiel y evangelizador: santo Toribio de Mogrovejo, Patrono de los Obispos de América Latina. Montevideo: Ediciones Folletos Populares, 1984. 23 p.: (retr.) Colección Sentir en la Iglesia; 6.

Biblioteca: SPS.

Santa Rosa de Lima

(1586-1617)

Beatificación: 12-II-1668

Canonización: 14-VI-1671

Día de celebración: 23-VIII (30-VIII)

El honrado y humilde hogar limeño de Gaspar Flores y María de Oliva, en el cual nació, el 20 de abril de 1586, la niña a quien en el bautismo llamaron Isabel, pero que desde la infancia había de recibir el sobrenombre de Rosa, nos parece, en el gran día del nacimiento de la Santa, un trasunto de Belén y de la humilde gruta en que vino a este mundo el Hijo de Dios. Belén, porque allí nació la primera flor de santidad que perfumó al Nuevo Mundo; Belén, por la pobreza de sus moradores, que pertenecían a la modesta clase media. Belén, por el ambiente bucólico que se respiraba, y aún se respira, en el huerto que

circunda la histórica morada, el humilde aposento, hoy convertido en oratorio, en donde vino al mundo Santa Rosa de Lima.

Además, si en mirada de conjunto se abarca el agitado mundo de aquellos tiempos, si se contempla la tragedia del Occidente cristiano, que con la defección de las naciones protestantes y con la crisis y guerras de religión de las católicas queda dividido en dos bandos que luchan encarnizadamente por la hegemonía; si en el terreno intelectual, moral, disciplinario, se sigue con atención el duelo a muerte de la Reforma y Contrarreforma y se admira la oportunidad con que la Providencia divina saca, por decirlo así, de la nada todo un mundo nuevo, toda una familia de futuras naciones, y pone casi todo su peso del lado de la fe tradicional, inclinando así en favor de ésta la balanza de los destinos: en este cuadro de grandiosidad mundial y de trascendencia histórica incalculable, la pequeña Lima del siglo XVI, perdida en las lejanías del Perú colonial, evoca espontáneamente el recuerdo de Belén, y la estrella que en su cielo se levanta nos aparece como el signo del gran Rey y del advenimiento de tiempos mejores, en que acabará por imponerse la fe católica contra la herejía. “A la Ciudad de los Reyes, como se suele llamar a Lima —dice la bula de canonización, de Clemente X—, no le podía faltar su estrella propia que guiara hacia Cristo, Señor y

Rey de Reyes”: “Civitati Christum Dominum regum dux esset” (a. 1671).

Es una delicia para el historiador católico y para todo cristiano sincero contemplar el despliegue de fuerza que la Iglesia emplea en el mundo recién descubierto para ensanchar las fronteras del reino de Cristo, para consolidar su posesión con el establecimiento de la jerarquía y para ganar, mediante nuevas conquistas en María, la batalla que libraba contra el protestantismo en Europa.

Su misión consiste en ganar el mundo para Cristo mediante un testimonio multiforme. “Seréis mis testigos hasta los confines del mundo” (Act. 1,8). Este multiforme testimonio no faltaba, sino sobreabundaba, en América.

Testimonio de la palabra por boca de los incontables misioneros que se repartían por doquier, con éxito creciente, los campos de la evangelización.

En tiempos de Santa Rosa, más de dos mil habían atravesado el Atlántico y habían recorrido el nuevo continente en todas direcciones, realizando el inaudito portento de convertirlo, en menos de un siglo, de pagano en cristiano.

Testimonio de la sangre vertida con abundancia por tantos mártires de que nos hablan las crónicas de aquellos tiempos, para que con este milagroso riego germinara y fructificara la semilla de la evangelización.

Testimonio de la luz que brilló en la sabiduría de sus concilios, en la institución de sus universidades, en las obras inmortales de cronistas, historiadores y escritores, en las admirables leyes de Indias, en la organización, multiplicación y disposición inteligente de las nuevas sedes episcopales.

Clarísima aurora llena de promesas, que los misionólogos comparan con la que iluminó al mundo romano en la predicación de los apóstoles.

Testimonio de la santidad que alumbró a todo el continente a través de la vida ejemplar de tantos prelados y misioneros enviados a estas tierras por la madre Patria para admiración y edificación de las nuevas cristiandades. Son muchos los nombres que registra la historia, y cada país honra de modo especial a quienes directamente lo santificaron con su presencia y acción; pero no cabe duda que entre todos descuellan, para gloria de la patria de Santa Rosa, Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo, “la mayor lumbrera del episcopado en América”: “totius episcopatus

americani luminare maius”, al decir del concilio plenario de la América Latina, y San Francisco Solano, el taumaturgo y figura misionera de mayor relieve en los tiempos coloniales.

Pero, al finalizar el siglo XVI, algo faltaba a este múltiple y glorioso testimonio, y era que, al lado de los santos oriundos de España y que se habían santificado en América, surgieran santos nacidos en este continente y del todo identificados con él. Y Dios en su infinita bondad otorgó al Nuevo Mundo ese precioso don. Muchos santos y santas ocultos debe haber habido en este privilegiado continente desde los días de su descubrimiento y primera evangelización, puesto que una de las notas de la verdadera Iglesia es el florecimiento de la santidad bajo todos los cielos y todas las latitudes; pero sólo tres han alcanzado hasta ahora el honor de la canonización: el contemporáneo de Santa Rosa, San Felipe de Jesús, originario de la Nueva España y protomártir del Japón, donde murió crucificado y atravesado con triple lanza († 1597); Santa Mariana de Jesús Paredes, llamada “la azucena de Quito” por su pureza angelical unida a una heroica penitencia, y Santa Rosa de Lima, cuyo perfume podemos decir que ha embalsamado al mundo entero al insertarse su fiesta en el calendario universal. El primero es una florecilla rubicunda de la Orden seráfica; la segunda es un retoño de la Compañía de Jesús,

de cuya recia espiritualidad se nutrió, y la tercera es una gloria de la Orden dominicana, de la cual fue terciaria y cuyo espíritu poseyó con plenitud.

Santa Rosa vino al mundo cuando ya tocaba a su ocaso el gran siglo de España, el siglo XVI. Su vida, breve, interior, escondida, carece del movimiento y dramatismo que llama la atención en las vidas de los grandes apóstoles, de los grandes misioneros, de los personajes epónimos que llevan el sobrenombre de “magnos”, y que hacen época en la historia de la Iglesia y del mundo.

Así resume el *Brevario romano* —“pro festo simplicato”— su vida admirable, apegándose con fidelidad a la verdad histórica, según consta en los procesos: “La primera flor de santidad de la América meridional, Santa Rosa, virgen, nacida en Lima de padres cristianos, ya desde la cuna empezó a resplandecer con los indicios de su futura santidad, porque su rostro infantil, tomando la apariencia de una rosa, dio ocasión a que se le diera este nombre. Para no verse obligada por sus padres a contraer matrimonio, cortó ocultamente su bellísima cabellera. Su austeridad de vida fue singular. Tomado el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo, se propuso seguir en su arduo camino a Santa Catalina de Sena. Terriblemente atormentada durante quince años por la aridez

y desolación espiritual, sobrellevó con fortaleza aquellas agonías más amargas que la misma muerte. Gozó con admirable familiaridad de frecuentes apariciones de su ángel custodio, de Santa Catalina de Sena y de la Virgen, Madre de Dios, y mereció escuchar de los labios de Cristo estas palabras: “Rosa de mi corazón, sé mi esposa”. Famosa por sus milagros antes y después de su muerte, el papa Clemente X la colocó en el catálogo de las santas vírgenes”. Hasta aquí el *Brevario romano*.

Pero esta vida humilde y oculta entraña un mensaje de gran trascendencia, que bien podemos calificar de providencial y actualísimo. Providencial para su tiempo y de perenne actualidad, porque contiene la quintaesencia del Evangelio y va directamente contra el espíritu que anima el renacimiento pagano, que es una de las características de los tiempos modernos.

Ateniéndonos a lo principal y considerando la necesidad de los tiempos, señalaremos cuatro renglones en este mensaje realmente completo y ecuménico: amor, oración, pureza y sacrificio.

El mundo de aquel entonces, mundo del Renacimiento y de la Reforma, que exaltaba exageradamente los valores naturales y paganos y subestimaba todo lo sobrenatural, necesitaba, además de anatema fulminado contra sus errores y de la palabra de los

heraldos de la verdad, el lenguaje contundente de los hechos, la doctrina de Cristo vivida en toda su integridad, y esto tuvo en los numerosos santos suscitados por Dios en el siglo XVI y lo vio admirablemente confirmado en aquel retoño del Nuevo Mundo que fue Santa Rosa, alma que desde la más tierna edad supo valorar las realidades sobrenaturales, alma totalmente abrasada en divina caridad, que a los cinco años se consagraba íntegramente al Esposo inmaculado, que para El solo vivía y que mereció al fin de su carrera escuchar de labios de Cristo esta declaración de amor, incomprensible para el mundo: “Rosa de mi corazón, sé tú mi esposa”. Ese amor con el cual nuestra Santa se esforzaba en corresponder a Cristo, y Cristo crucificado, es clave que nos explica el sesgo heroico de su vida: su fuga del mundo sin dejar de vivir en medio de él; su vida eremítica en minúscula celda construída con sus manos; su rompimiento con toda vanidad; el santo furor con que armaba su brazo y flagelaba su carne inocente en anhelo insaciable de asemejarse más y más a su Amado divino; su fina sensibilidad para descubrir la presencia y vestigio de Dios en todas las cosas.

Aún se conserva y se visita con mucha edificación, al lado de su casa, un cuarto que la caridad de la Santa convirtió en pequeño hospital, al cual ella conducía a enfermas encontradas en extrema mise-

ria, y que tenían la dicha de recibir de las manos de nuestra Santa una atención cuya delicadeza y heroísmo rayan en lo increíble. Cosa parecida acontecía tratándose de las necesidades de orden moral, a cuyo remedio acudía solícita nuestra Santa en cuanto de ella dependía, preocupándose por la evangelización y atención espiritual de los indios, de los negros, de los infieles, y, al no poder ocuparse de esto por sí misma, recomendándolo a quienes podían y contribuyendo con limosnas, que ella misma colectaba, al sostenimiento de algún seminarista pobre, como verdadera precursora de la Obra de Vocaciones.

Esta divina caridad, de flama tan seráfica al elevarse hacia Dios y de sentido tan humano al extenderse hacia el prójimo, encendió en el alma de Rosa la luz de la contemplación, y ciertamente en grado eminente. Así lo persuaden sus hechos, sus escritos y el testimonio unánime de quienes la conocieron y trataron, tal como aparece en los procesos y en el amplio estudio de los Bolandistas. Aquel amor a la soledad; aquella asiduidad con que frecuentaba y pasaba largas horas en su celdita de anacoreta, que aún subsiste; aquella fervorosa vida eucarística, tan rara en su tiempo; aquella filial devoción a la Madre de Dios; aquel espíritu de penitencia y amor apasionado a la cruz, son indicios ciertos de la intimidad con Dios y de la elevación habitual en que vivía su

alma. El P. Villalobos asegura en su declaración que “había alcanzado una presencia de Dios tan habitual, que nunca, estando despierta, lo perdía de vista”. El Dr. Castillo, íntimo y autorizado confidente y examinador de la Santa, asegura que desde los cinco años empezó a practicar la oración mental y que, a partir de los doce hasta su muerte, su oración fue la que los autores místicos llaman unitiva. Y, en general, como asevera L. Hansen, O.P., el testimonio de sus directores, los padres de la Orden de Santo Domingo y de los varios padres de la Compañía de Jesús que largamente la conocieron y trataron, es unánime al reconocer los dones extraordinarios de oración con que el Señor la regaló, elevándola hasta los más altos grados de la vida mística.

Es también la divina caridad en que abrasaba aquella alma santa la que explica los dos rasgos que la oración litúrgica de su fiesta señala como característicos de su espiritualidad: la pureza y el sacrificio: “Virginitatis et patientiae decore Indis florescere voluisti”. Porque el amor o encuentra parecidos a los que se aman o los hace tales. Enamorada de Jesús crucificado, Santa Rosa se aplicó con invencible constancia a reproducir en sí misma la imagen del divino Modelo, de quien proféticamente se dice en el Cantar de los Cantares (5,10): “Dilectus meus candidus et rubicundus”: “Mi amado es cándido y rubicundo”.

Es blanco, dicen los sagrados intérpretes, por su pureza y santidad sin límites, y es rojo por su sacrificio de redención.

La contemplación de esa pureza y santidad hizo nacer en Santa Rosa el anhelo de la imitación y la movió a realizarlo en forma extraordinaria. Conserva hasta la muerte su inocencia bautismal; hace a los cinco años voto de virginidad; rechaza sin vacilaciones toda proposición de matrimonio, aun cuando sea su propia madre quien porfiadamente la haga; afea con varias industrias su natural hermosura; corta sin miramientos su blonda cabellera; se niega a aceptar el nombre de Rosa, por parecerle llamativo y peligroso, hasta que la Santísima Virgen completa y santifica ese nombre llamándola Rosa de Santa María; únese a Cristo con el vínculo del matrimonio espiritual, vínculo inefable que transporta a la tierra el misterio de los desposorios inmaculados de la patria eterna, y sigue hasta el fin de su vida las huellas luminosas de aquella Virgen que la toma por suya y le comunica un reflejo de su pureza singular.

Pero, para que la semejanza con Jesús crucificado sea perfecta, Rosa tendrá que ser para El “lirio entre espinas”, y a este fin afligirá su carne inocente con toda suerte de maceraciones: ayunos, vigiliias, cilicios, disciplinas, austeridades, que llenan de asombro y que más son para admirarse que para imitarse.

Configurada así con la divina Víctima durante su vida, sólo faltaba el rasgo supremo de la muerte para que la semejanza fuera perfecta, y la muerte vino, con sus terribles angustias y dolores, a convertirla en un acabado retrato del "Varón de dolores", si bien esta colmada medida de dolor no pudo impedir, ni siquiera a la hora de la agonía, aquel gozo íntimo que la había acompañado durante la vida escondido en la parte superior de su alma, y que se exteriorizó en alguna forma, momentos antes de morir, en el jubiloso canto de amor que al son de la vihuela entonó, por indicación suya, una de sus más fieles discípulas, Luisa de Santa María, que la acompañaba en aquel angustioso trance.

Así consumaba su sacrificio y preludiaba el cántico nuevo de la bienaventuranza la admirable virgen Santa Rosa, exhalando el último suspiro en la fecha que ella misma había anunciado, 24 de agosto de 1617, fiesta de un santo a quien ella honró durante su vida con una devoción especial y sin duda con luz profética, el apóstol San Bartolomé.

La oportunidad del mensaje de la gran Santa limeña con relación a las necesidades de su tiempo, el interés permanente de sus grandes lecciones sobre puntos esenciales de la espiritualidad cristiana, las dotes naturales y sobrenaturales con que Dios la adornó

a fin de que pudiera transmitir al mundo un mensaje de tanta trascendencia, explican la aceptación general y entusiasta del mismo, su rápida difusión a través de las muchas obras escritas sobre la Santa, la extensión de su culto a todo el continente ya desde los tiempos coloniales, y asegura una creciente gloria, una supervivencia real en el provenir a la que justamente ha sido declarada por la Santa Sede Patrona de América e incluida en el catálogo de los santos, cuya fiesta anualmente celebra la Iglesia universal. Traducimos a continuación la expresiva y devota oración litúrgica con que se la invoca en el mundo entero: "¡Oh Dios todopoderoso, fuente de todo bien, que has querido que Santa Rosa floreciera en las Indias con el encanto de su virginidad y paciencia, y para ello la preveniste con el rocío de tu gracia! , concédenos a nosotros tus siervos que, corriendo en pos de sus perfumes suavísimos, merezcamos ser el buen olor de Jesucristo, que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo Dios por todos los siglos. Así sea"³.

3. Félix M. Alvarez, M. Sp. S., En: Año cristiano. Dirigido por L. Echeverría y B. Llorca s.j., Tomo III, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1966, pp. 506-512.

CONOZCAMOS EL AMOR DE CRISTO, QUE EXCEDE TODO CONOCIMIENTO

El Salvador levantó la voz y dijo, con incomparable majestad:

“ ¡Conozcan todos que la gracia sigue a la tribulación. Sepan que sin el peso de las aflicciones no se llega al colmo de la gracia. Comprendan que, conforme al acrecentamiento de los trabajos, se aumenta juntamente la medida de los carismas. Que nadie se engañe: ésta es la única verdadera escala del paraíso, y fuera de la cruz no hay camino por donde se pueda subir al cielo! ”.

Oídas estas palabras, me sobrevino un ímpetu poderoso de ponerme en medio de la plaza para gritar con grandes clamores, diciendo a todas las personas, de cualquier edad, sexo, estado y condición que fuesen:

“Oíd, pueblo; oíd, todo género de gentes: de parte de Cristo y con palabras tomadas de su misma boca, yo os aviso: Que no se adquiere gracia sin padecer aflicciones; hay necesidad de trabajos y más trabajos, para conseguir la participación íntima de la divina naturaleza, la gloria de los hijos de Dios y la perfecta hermosura del alma”.

Este mismo estímulo me impulsaba impetuosamente a predicar la hermosura de la divina gracia, me angustiaba y me hacía sudar y anhelar. Me parecía que ya no podía el alma detenerse en la cárcel del cuerpo, sino que se había de romper la prisión y, libre y sola, con más agilidad, se había de ir por el mundo, dando voces:

“ ¡Oh, si conociesen los mortales qué gran cosa es la gracia, qué hermosa, qué noble, qué preciosa, cuántas riquezas esconde en sí, cuántos tesoros, cuántos júbilos y delicias! Sin duda emplearían toda su diligencia, afanes y desvelos en buscar penas y aflicciones; andarían todos por el mundo en busca de molestias, enfermedades y tormentos, en vez de aventuras, por conseguir el tesoro inestimable de la gracia. Esta es la mercancía y logro último de la constancia en el sufrimiento. Nadie se quejaría de la cruz ni de los trabajos que le caen en suerte, si conociera las balanzas donde se pesan para repartirlos entre los hombres”⁴.

4. De los Escritos de Santa Rosa de Lima, virgen (al médico Castillo: edición L., Gentino, *La Patrona de América*, Madrid 1928, pp. 54-55.

BIBLIOGRAFIA

ALVAREZ, Félix M., Sp. S. Santa Rosa de Lima. *En: Año Cristiano ...*, v. 3: p. 506-512. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

ANGULO, Domingo, O.P. Santa Rosa de Santa María, Estudio Bibliográfico / por el P. Domingo Anguló, O.P. del Instituto Histórico del Perú; prólogo de Carlos Alberto Romero. Lima: Impr. en la casa Sanmarti y Cía, 1917. IX, 249 p.: (retr.) Biblioteca: NFG, SPS.

CATA de Calella, José A., O.F.M.Cap. Vida portentosa de Santa Rosa de Lima / Rdo. P. José Antonio Catá de Calella, religioso capuchino ex-claustrado. Barcelona: Lib. y Tipografía Católica, 187? 400 p. Biblioteca: SPS.

GANDARILLAS, Francisco de B. Recuerdos de Santa Rosa de Lima / por Francisco de B. Gandarillas. Santiago, Chile: Sociedad Bibliográfica, 1905, 80 p.: (retr.) Biblioteca: SPS, OP.

HANSEN, Leonardo, Fr. O.P. Vida admirable de Santa Rosa de Lima: patrona del Nuevo Mundo / escrita en Latín por el P. Fray Leonardo Hansen, traducida al Castellano por el P. Fray Jacinto Parra, religiosos ambos de la Orden de Predicadores y reformada por el Zuavo Pontificio de Sevilla, Caballero de Pío IX. Lima: Centro Católico, 1895. (Vergara: Tip. de El Santísimo Rosario, 1895). XXX, 542, 4 p.: il (retrs.) Biblioteca: SPS, OP.

PREGARDIER, Elisabeth: Rosa de Lima (1586-1617): la crítica de la conquista. *En: Testigos de la fe en América Latina ...*, p. 61-69. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

ROSA DE LIMA. *En: Galmés, Lorenzo ...*, p. 104-105. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

Santa ROSA de Lima. *En: Amado, Manuel, Fr. O.P. ...*, p. 97-98. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

Santa ROSA de Lima. *En: Cepeda, Félix Alejandro, C.M.F. ...*, p. 13-204. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

Santa ROSA de Lima, Patrona de América, de las Indias Orientales y de Filipinas: terciaria secular. *En: Alvarez, Paulino, Fr. O.P. ...*, v.1: p. 695-714. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

VIDA auténtica de Santa Rosa de Lima: Patrona de América, Filipinas e Indias, según la Bula de Canonización expedida por su Santidad el Papa Clemente X, el 12 de Abril de 1671 / traducida del Latín al Castellano por Juan Felix Proaño, Dean de la Catedral de Riobamba, Miembro Honorario del Instituto de Ciencias Ecuatoriano, Doctor en Teología. Lima: Imp. de El Bien Social, 1897. 64 p.: (retr.) Biblioteca: OP.

VIDA de la Gloriosa Santa Rosa de Santa María sacada en Compendio, del Proceso de su Beatificación / traducida del italiano por el Sr. Dr. D. Pedro Antonio Fernández de Córdoba y aumentada por el Padre Capellán del Santuario de la gloriosa Patrona. Lima: Calle de Bravo, 1818. 124 p.: il (retr.) Incluye: Novena a la gloriosísima Virgen Santa Rosa de Santa María, universal patrona de las Indias. Biblioteca: SPS.

WIESSE, María (Myriam). Santa Rosa de Lima. Lima: Librería Francesa y Casa Editorial E. Rosay, 1922. 133 p.: il. Biblioteca: SPS.

San Martín de Porres

(1579 – 1639)

Beatificación: 8-VIII-1837

Canonización: 6-V-1962

Día de celebración: 3-XI

Entre los caballeros llegados a Lima por los años de 1579, fue uno de ellos don Juan de Porres, hidalgo de ilustre familia, sangre limpia, blasones antiguos, hábito de Alcántara, despierto y listo para los negocios de gobierno, apuesto en su porte y buen cristiano. El señor don Juan venía de España a América nombrado gobernador de Panamá. Su estancia en Lima fue corta y de trámite. Durante el tiempo que permaneció en la Ciudad de los Reyes hubo su mala ventura de tropezar con una joven agraciada, mulata de color, venida a Lima desde Panamá, y que vivía honradamente de su trabajo. Tenía su casita en las afueras de Lima. El hidalgo español frecuentaba aquella casita con grave daño de su honor y del honor de aquella joven.

Dos hijos nacieron de aquellos amores clandestinos. Los dos niños se llamaron Martín y Juana. La madre, ayudada del caballero, los crió lo mejor que pudo, educándolos cristianamente, pues era ella fervorosa creyente.

Fue el 9 de diciembre de 1579 cuando vió Martín la luz. No nació negro, sino oscuro de rostro; ni tampoco con rasgos africanos; antes bien, las líneas de su cara se alargaban y henchían con toques de estirpe y ascendencia extremeña o andaluza. Sus hombros eran anchos; sus brazos, fuertes; su frente, levantada; sus ojos, negros; su nariz, más pequeña que grande; sus labios, gruesos en proporciones correctas; su costillar, espeso y membrudo. Fue bautizado Martín en la iglesia de San Sebastián. En dicha iglesia se conserva la gran pila bautismal donde fue regenerado y recibido en la comunión de los santos. En aquella misma pila se bautizó también Santa Rosa de Lima, la flor y rosa dominicana, patrona de todas las Américas. Se conserva igualmente la partida de bautismo de nuestro bienaventurado. Don Juan de Porres venía alguna que otra vez a Lima. No dejó nunca de visitar a Ana Velásquez y a sus propios hijos. Los niños crecían bellos y su madre cuidaba de su salud y de su educación. En Martín se pudo apreciar, desde sus primeros años, un sentido cristiano de amor a sus semejantes. Se cuenta que amaba singularmente a

los pobres y los socorría de sus ahorros. Estos ahorros debían de ser los dineros que su padre le daba cuando los visitaba en Lima. Crecía su caridad con los años y nunca estaba más contento que cuando podía socorrer a alguno de los que llamaban a su puerta. Su madre veía en esto la hermosura de un corazón castellano y el rescoldo del espíritu de la gran nación a la que ella había unido su sangre. Cuenta su historia que, haciendo de recadero de su madre en compras que eran precisas para la sustentación de su casa, distraía algunas cantidades, dándoselas al primer menesteroso que encontraba. Fue el amor a los necesitados la virtud primera que prendió en el corazón de Martín, como un don del cielo; pues todos conocen la ambición que se alberga en el pecho de los niños, que ha de ser sofocada en los comienzos de su aparición si se quiere fomentar la generosidad, que es su contrapeso. Los templos de Lima eran buenos refugios a la piedad devota de sus habitantes, y en el de Santo Domingo se veía diariamente a Ana Velásquez con sus dos hijos asistiendo al culto y empapándose en las ceremonias sagradas. La vista de las imágenes era para los niños un gran placer. Por ellas iban subiendo a la concepción de sus vidas, contemplando los misterios encerrados en ellas. Más que todas, eran los crucifijos y los iconos de la Virgen los que más llamaban su atención. El crucifijo sería el libro de meditación de Martín a lo largo de todos sus años

y donde encontró la senda segura de su caminar a la santidad. Por Cristo al Padre, y por María a Cristo. Es doctrina tomista, Es el secreto de la mística dominicana.

Martín comenzó a ser conocido pronto. Su compostura, su humildad y su amor a los pobres le hicieron célebre, no tanto por lo que daba cuanto por los pocos años que contaba al dar. Hubo día en que se privó de su alimento para dárselo a un hombre de color que lo demandaba. En ocasiones burló la vigilancia de su madre para sustraer algo en la despensa con que llenar el estómago de algún vagabundo. En las escuelas era de los más aprovechados, a la vez que sentía sobre sí devotamente la autoridad de los maestros, a los que profesaba gran admiración y gran respeto. Las muchas horas que pasaba orando le dieron ya el calificativo de "santo". Martín era un "santo". No sabemos si llegó el nombre a sus oídos; pero de llegar, hubo de satisfacerle divinamente, poniendo espuelas en su corazón para hacerse digno de tal calificativo. Renovó sus preces y sus penitencias, no alcanzando en aquellos días sino la edad de siete años. Juana crecía a su lado, si no con virtudes tan distinguidas, con otras que adornaban su condición de mujer. La maestra de los dos hermanos era Ana Velásquez. Las genialidades de su hijo Martín habían desplazado al padre; y fue ahora cuando el hijodalgo

creyó que la ocasión le brindaba la oportunidad de reconocer públicamente a sus hijos y ocuparse directamente de ellos. Así lo hizo. Los tomó consigo, llevándolos a Guayaquil. Ana Velásquez quedó bien acomodada en casa de una familia española de Lima. Martín y Juana fueron instalados en el domicilio de su padre. Este hizo gala de su alcurnia y de su honor lavando una mancha que había echado sobre su prestigio y conciencia. La primera preocupación de don Juan fue el que sus hijos prosiguieran su instrucción. Por si eran molestados en las escuelas públicas de la ciudad marítima de Guayaquil, les contrató un maestro y preceptor que les diera lecciones en casa. Aprovecharon mucho. Martín aprendió perfectamente el castellano, la aritmética, la caligrafía y otras disciplinas a las que le veremos después inclinado y en las que sobresalió mucho. Dos años duró la escolaría de los hermanos. Don Juan recibió un despacho del virrey de Lima en el que se le nombraba gobernador de Panamá. Como la vida en aquellas ciudades del Pacífico corría peligro por la aparición de los piratas ingleses y holandeses, no quiso llevar allá los hijos, y hubo de situarlos de modo que quedaran bien protegidos. A la pequeña Juana la dejó en Guayaquil en casa de su tío Santiago, y a Martín lo llevó a Lima para que continuara sus estudios y se abriera camino.

Uno de los oficios mejor retribuidos en Lima en aquel tiempo era el de "barbero". Por ser en sí mismo humilde no era profesión de hidalgo ni de guerrero.

Quedaba para los artesanos. No significaba el oficio lo que hoy significa rapar barbas. Tenía más alta categoría. El “barbero” extraía dientes y muelas, abría las venas a la sangría, recetaba hierbas y emplastos, aliviaba dolores y neuralgias, rasgaba con el bisturí tumores e hinchazones. Necesitaba el “barbero” conocer medicamentos y tener en su casa y a su disposición flores y extractos de plantas para sus curaciones. En realidad, el “barbero” era un médico “de medicina general”. Martín demostró, desde las primeras lecciones que le diera un viejo albéitar, rara disposición para el oficio. Adelantó en poco tiempo y pudo entenderse con los clientes muy a su gusto. El “barbero” podría ser el mismo tiempo un buen apóstol, y lo era Martín. Mientras derribaba los grandes y largos cabellos de los soldados que venían de sus guerras y echaba abajo las nutridas barbas de los campesinos, enseñaba corrección a los díscolos, buen hablar a los soldados, prudencia a los jóvenes y religiosidad a todos. La barbería de Martín era frecuentada por lo más distinguido de la ciudad de Lima, pues la elegancia y buen tono que allí se respiraba atraía a ella a los caballeros y regidores. No trabajaba el esclavo, sino el ciudadano; no era el mullato el que servía, sino el compadre y el amigo. La barbería no llenaba las ambiciones caritativas de Martín. Atendía a los clientes, hacía apostolado, pero los enfermos no recibían sus cuidados.

Con los conocimientos adquiridos anteriormente tenía Martín una buena base para ampliar sus estudios y prácticas y subir un punto en su profesión. Así lo hizo. Se constituyó ayudante de un buen médico español, y cirujano a la vez, el cual le impuso en el ma-

nejo del bisturí y de cuantos instrumentos eran precisos para intervenciones corrientes. El joven salió tan buen “practicante”, que acaparó la mayor clientela de Lima. Esta clientela la formaban principalmente los pobres y los de pocos dineros. Era lo que el santo joven apetecía, pues los ricos podían pagarse un buen médico y cirujano a la vez o en partes. El gozo de Martín al trabajar en su nueva profesión no tuvo límites. Dejó la barbería o la regentó en días determinados, llamándole más la cirugía. La casa de Martín se vió inundada de clientes menesterosos que buscaban en él al hermano y al profesional. Martín, “practicante”, es el patrono de los de su oficio. La leyenda de Martín nos dice que estudiaba de noche, consumiendo largas horas en el aprendizaje de sus lecciones. Tampoco descuidaba sus ejercicios espirituales. Más de la mitad de la noche la empleaba en oración, haciéndola con tanto dolor, ante un santo Cristo, que sus gemidos se oían en la calle. En la casa donde ahora vivía a pupilo, pues podía muy bien pagar la pensión con lo que ganaba, pudo observar la buena mujer que le atendía que, en las altas horas de la noche, permanecía encendida una vela en el cuarto de Martín. La curiosidad femenina quiso saber la causa y, observando por el agujero de la cerradura, vió a Martín en oración, y en oración tan subida, que su cuerpo se alzaba del suelo algunas cuartas. No lo quería creer la mujer, pero lo tenía tan a la vista, que tuvo que darse por vencida. Corrió la noticia por la ciudad; se admiraron los moradores y Martín entró en el reino del milagro.

El templo de los dominicos de Lima, llamado del Rosario, era el lugar preferido de Martín para sus oraciones y visitas al Santísimo Sacramento. A primera hora de la mañana, rayando el alba, allí estaba oyendo la primera misa. Comulgaba en ella, y después se absorbía en la contemplación de la sagrada Hostia y del regalo con que Jesucristo había querido dejar a los suyos hasta el fin de los siglos. Esta oración matutina se prolongaba horas enteras, hasta que el deber que se había impuesto de curar a los enfermos pobres lo llevaba a sus casas o al Hospital de Espíritu Santo. Su devoción a la Eucaristía fue creciendo en él, de modo que aprovechaba cuantas oportunidades tenía para visitar los templos donde se guardaba. La penitencia era estarse de rodillas sin dejarse vencer del cansancio ni del sueño. No parecía hombre, según eran los trabajos que sorportaba, sino un ser de un mundo espiritual. La lucha mayor que sostuvo en sus penitencias fue el sueño. Se le cerraban los ojos y la cabeza se le venía al suelo. Para vencerlo tomaba las posturas más incómodas y variadas a fin de mantenerse despierto. La afición que Martín tomó a los dominicos fue mucha. Aquellos religiosos desplegaron tan profundo y extenso apostolado que eran la admiración de Lima. Mientras unos regentaban las clases de la Universidad, otros recorrían los suburbios de Lima llevando el apostolado a los trabajadores del campo y a los pobres de las barriadas extremas; muchos salían hacia la montaña a predicar el Evangelio a los remontados y salvajes, y algunos se dedicaban a decorar templos y altares o a escribir obras de teología y filosofía. En aquella iglesia dominicana tenía Martín su director espiritual, al que se confiaba y pedía orientaciones en

su vida espiritual. Bien maduro el juicio y sabiendo toda la libertad que la Orden dispensaba a los hacedores de la caridad, un día llamó al prior de la casa y le confió su secreto. Se alegró el prior de la demanda y le abrió las puertas del convento. Martín ingresó en el convento del Rosario como en casa propia. Conocía todos sus rincones y podía allí ejercer su profesión, lo mismo con los religiosos que con los seglares. La regla de los dominicos se abre a toda actividad donde tenga el primer puesto el amor de Dios y el amor al prójimo. Martín tenía solo quince años. El terciario dominico Martín, por sus conocimientos, por sus aptitudes, fue nombrado barbero de la casa, mostrando una solicitud y un esmero grande porque los religiosos anduvieran limpios y pulcros de cerquillo.

El convento dominicano del Rosario de Lima era así como un mesón por donde pasaban y descansaban los que habían de ir a otros puntos, como a Méjico, Guatemala, Ecuador, Costa Rica, Chile, Buenos Aires... La pobreza del convento de fray Martín llegó a tal punto, que el prior, teniendo algunas deudas contraídas en la fábrica del mismo, vióse atropellado por los acreedores, que le exigieron la cuantía del dinero. No tenía él en casa con qué satisfacerlos, por lo cual tomó uno de los mejores cuadros que los religiosos habían traído de España y fue a venderlo. Por aquel tiempo había judíos en Lima. Otros objetos de valor acompañaban al cuadro. Fray Martín supo el apuro del prior y supo la determinación del mismo de vender todo aquello. Voló al sitio donde se hacía la venta y, tomando al prior aparte, le dijo así: "Ya sé, padre, que tenemos que pagar esa deuda; pero le ruego que no venda el cuadro. Tengo yo otro medio para

el pago; quizá lo acepten mejor; me daré en esclavo al acreedor, y con mi trabajo satisfaré la deuda”. Un día se le vió arrebolado el rostro de modo que no pudo disimular la fiebre. Sentía que la fatiga le rendía y, no obstante, no abandonaba su trabajo. Un religioso le denunció al prior y éste le envió inmediatamente a la cama. Fray Martín pidió al prior la bendición, como es costumbre entre los dominicos, y se retiró a su celda. Fueron a visitarlo algunos religiosos y vieron que no se había desnudado. Estaba en la cama con los zapatos puestos; claro es que no había tocado las sábanas. Nueva denuncia al padre prior. Este, que conocía los quilates de la virtud de fray Martín, dijo a los acusadores: “Hermanos: fray Martín es un gran teólogo y un místico; su teología mística le ha hecho conocer el secreto de unir la mortificación a la obediencia”. De todos modos, tomó el parecer del superior y curó su dolencia.

¿Cómo consideraba fray Martín la pobreza? Como una amiga inseparable y divina que le llevaba a usar vestidos usados, zapatos burdos, sombrero raído, capa con ventanillas abiertas al espacio. En su celda había unas tablas sobre dos hierros que sostenían un jergón de hoja de maíz, dos sábanas toscas, dos adornos y un armario del mismo estilo. Curiosidades, ninguna. Sobre la mesa y en el armario, instrumentos clínicos, almireces para triturar plantas y batir líquidos, gasas de hilo sacadas de algún retazo inservible, bien hervidas; frascos con medicamentos. El armario contenía cuantas plantas podía recoger para sus emplastos y sus bebidas aromáticas y curativas. Para él nada; para los enfermos, todo. De objetos religiosos, tenía

en el testero de su cama una cruz de madera; y en los lienzos laterales, dos estampas: una de la Virgen del Rosario y otra de Santo Domingo. Usaba un rosario al cuello, como todos los dominicos de América, y llevaba otro suspendido de la correa. El rosario para él era el arma sagrada a la que se acogía y en la que confiaba en sus tentaciones y en sus trabajos.

En la curación de las enfermedades, fray Martín disponía de varios recursos, todos ellos eficaces. Era el primero la oración. A sus enfermos graves los encomendaba a Dios y a su Santísima Madre y las curaciones no tardaban en realizarse. El segundo procedimiento era la aplicación de las medicinas usadas ya para las diferentes dolencias. El tercer medio que usaba fray Martín, a petición de los enfermos, era aplicarles su propia mano al sitio del dolor. Las curaciones eran repentinas. El contacto de su mano era eficazísimo y la curación instantánea. El convento de dominicos del Rosario de Lima se había convertido en un hospital; fray Martín iba recogiendo los enfermos callejeros, llevándolos a él. Algunos religiosos mostraban su disgusto por ello, ya que los ayes, los cuidados, la asistencia a los enfermos no solamente ocupaba a fray Martín, sino también a otros religiosos, con daño para la disciplina regular, el buen orden y los deberes de la comunidad. Un día se presentó en el claustro con un enfermo al que llevaba a cuestras. Le entró en su propia celda y le acostó en su misma cama. El enfermo iba hecho una lástima. Lo había encontrado caído en la calle. Vestía andrajos y ardía en una fiebre altísima. Uno de los hermanos de obediencia la comprendió por aquella caridad, no por ir contra dicha

virtud, sino por el trastorno que causaba en el convento. “¿Cómo, hermano Martín, traéis a la clausura enfermos?”. “Los enfermos no tienen jamás clausura”, contestó fray Martín. “¿Queréis decir que traeréis al convento a cuantos enfermos encontréis en las calles?”. La caridad ha roto con todo lo que no sea amor de Dios. Y el amor de Dios tiene paso franco por todos los claustros. Fray Martín regresaba al convento de noche. En una callejuela encontró un hombre herido de gravedad. Lo tomó auestas y entró en el convento con él. Le curó la herida, que era de puñal y muy honda, y le acostó en su cama, con la intención de trasladarlo a casa de su hermana tan pronto como mejorase. El provincial, por el momento, impuso una penitencia a fray Martín por haber faltado a la obediencia. Fray Martín probó su humildad aceptándola y cumpliéndola al pie de la letra. Ahora fue el padre provincial el que solicitó su ciencia. “Hermano fray Martín, no tuve otro remedio que imponeros una penitencia por no haber cumplido mis órdenes”. “Perdone S.P. mi desatino —contestó fray Martín—. Pensaba yo que la santa caridad debía tener todas las puertas abiertas”. “Bien está lo que habéis hecho —dijo el padre provincial—; y desde este momento el convento del Rosario será vuestro segundo hospital. Podéis traer cuantos enfermos queráis a él”.

A dos millas de la ciudad y en un lugar llamado Limatambo, tenía el convento unas tierras que los hermanos trabajaban. Ayudábanlos algunos indios y negros. Convivían todos en una santa hermandad. Estos “encomendados” conventuales, a la vez que enseñaban a los indios el cultivo de la tierra, les enseñaban

los elementos más sencillos de la religión. En Limatambo, fray Martín, con los otros religiosos, abrían surcos para el trigo castellano, y abrían las almas al trigo de la fe y del amor de Dios. Fue idea feliz del padre provincial la de enviar a fray Martín a aquellas tierras, porque no faltaban allí enfermos y necesitados de sus cuidados y arte de curar. El “encomendado” dominico era el hermano del indio; y mantenía la significación primera de la palabra. “Encomendado” era el español o la familia española a la que se asignaban algunos indios para que les instruyeran en todo cuanto un hombre culto, en menesteres de artesanía, debía saber.

En Lima existían “golfos”, no diremos en gran número, pero bastante numerosos. Eran indios en su mayor parte. La vida vagabunda que llevaban le dolía a fray Martín. Pero ¿cómo remediarlos y dónde? El con sus enfermos y sus pobres tenía bastante para llenar todas las horas del día, amén de sus deberes conventuales. Tenía los hospitales llenos: el convento del Rosario y la casa de su hermana. De todos modos, no podía sufrir su corazón que aquellos harapientos continuaran merodeando por la ciudad y ofendiendo a los transeúntes y a los que algo poseían. Pensó y repensó el medio de acometer la empresa. En principio, lo sabía ya: acondicionar un buen local que fuera escuela y albergue. Divulgó el proyecto después de haberlo madurado; habló de él a muchas personas medianamente pudientes. El señor arzobispo, así como el virrey, se mostraron generosos con él, enviándole de antemano algunos dineros. Un comerciante rico y su esposa, llamados don Mateo Pastor y Francisca

Vélez, le ofrecieron una gran cantidad. Fray Martín tenía ya asegurado el éxito en la obra proyectada. Compró unas casas, las adecentó cuanto pudo, distribuyó los departamentos, organizó los trabajos y quedó fundado el Asilo y Escuelas de Huérfanos de Santa Cruz. primer establecimiento de ese género en Lima. Primeramente se recogieron en él niñas solamente. Puso al frente del nuevo Asilo a señoras de buena reputación e instruidas en labores femeninas que mantuvieran el espíritu católico entre las recogidas, a la vez que se educaran convenientemente para ganarse honradamente el pan. Si los resultados prácticos del Asilo fueron tan visibles que toda la ciudad de Lima los podía apreciar directamente, fray Martín pensó en extender su obra a los niños, y así lo hizo. Un nuevo albergue había de levantarse o adecentarse para los niños. Se hizo el milagro como siempre.

¿Por qué a fray Martín no se le ha declarado Patrón de los animales todos? Iba un día camino del convento. En la calle distinguió un perro sangrando por el cuello y a punto de caer. Se dirigió a él, le reprendió dulcemente y le dijo estas palabras: “Pobre viejo; quisiste ser demasiado listo y provocaste la pelea. Te salió mal el caso. Mira ahora el espectáculo que ofreces. Ven conmigo al convento a ver si puedo remendarte”. Fue con él al convento. Nueva admiración para los religiosos. Acostó al perro en una alfombra de paja, le registró la herida y le aplicó sus medicinas, sus unguentos. Una semana entera permaneció el animal en la casa. Al cabo de ella, le despidió con unas palmaditas en el lomo, que él agradeció meneando la cola, y unos buenos consejos para el futuro.

“No vuelvas a las andadas —le dijo—, que ya estás viejo para la lucha”. En los cuadros de fray Martín aparece éste conversando con ratones, gatos, perros y alimañas. Todos le escuchan y todos comen en el mismo plato. Todos eran criaturas de Dios. Pero estas criaturas no siempre obran en armonía con el hombre: se interponen en su camino y destruyen algunas de sus obras más útiles para él. Esto sucedía en el convento de dominicos del Rosario de Lima. Todos los hermanos de obediencia estaban quejosos de los ratones. De cuando en cuando aparecían grandes ratas, blancas de pelo y voraces como el cáncer. El hermano sacristán se aprestó al exterminio, porque era en la sacristía donde causaban más daño. Telas antiguas venidas de España, terciopelos, estameñas, tejidos de hilo y algodón eran pasto de los ratones. Delante de fray Martín manifestó su propósito, y preparaba algunos venenos para darles muerte.

—No haréis eso, hermano, que son criaturas de Dios y ellos, como los demás seres, tienen derecho a vivir. Dios no hizo nada sin un fin determinado. En la creación nada estorba, todo demuestra alguna perfección del Creador.

—¿Pero es que nos vamos a quedar sin ropas en la Iglesia? Venga, hermano Martín, y vea por sus ojos los destrozos que han hecho ya.

—La verdad es que no han estado correctos. No es ese su alimento; pero, hermano, la necesidad les ha precipitado y llevado a lo que nunca debieran tocar.

—¿Y quiere su caridad que no nos armemos contra ellos?

—Hay una solución; llevarlos a otra parte.

—¿Adonde, fray Martín?

—Hay unos terrenos más allá de la casa de mi sobrina, donde se les puede acomodar muy bien.

—¿Os atreveréis a conducirlos allí como si fueran mansos corderos?

—Con la ayuda de Dios lo intentaré.

En aquel momento, por debajo de la tarima sobre la que se abría el cajón de las ropas mejores, apareció un ratoncito embigotado, alargando el hocico y moviendo a uno y otro lado los ojos. Fray Martín le llamó amorosamente.

“Un momento, hermano ratón, y acércate un poco más sin miedo. No sé si tú serás culpable o no de los desperfectos que habéis ocasionado en las ropas de la sacristía. De todos modos, hoy mismo tenéis que salir del convento todos. De manera que llevas el recado a los demás para que sin falta, inmediatamente, os reunáis aquí”. El hermano sacristán quedó atónito. El ratoncito dio una vuelta en redondo con mucha gracia y salió corriendo hacia el interior de la tarima. La orden corrió por todos los rincones del convento. Unos tras otros fueron llegando a la sacristía docenas y docenas de ratones. Fray Martín les echó en cara su

mal comportamiento. El hecho es que nunca volvió a verse un ratón en el convento de dominicos del Rosario. Todos los días, a cualquier hora, fray Martín pasaba por aquel lugar y dejaba grano y pan para sus amiguitos los ratones. Ellos lo celebraban con saltos, rozándole con sus hociquitos los pies.

No fue fray Martín muy aficionado a muchas devociones, pero tenía algunas que no dejaba jamás. Hemos hablado ya de las horas que pasaba ante el Santísimo Sacramento, la devoción con que recibía la sagrada comunión y los éxtasis que padecía en el templo de Santo Domingo. Por derecho propio, después del Rosario. En el vestíbulo del refectorio había una imagen de la Santísima Virgen muy devota y de algún mérito artístico. Fray Martín alzaba los ojos a aquella imagen cuantas veces entraba en el refectorio a tomar el alimento. Recabó para sí el cuidado de la misma, y desde muy temprano, la adornaba con ramos de flores recién cortadas en el huerto conventual. Con las flores encendía algunas velitas que los devotos le donaban. Dícese que la Virgen se le aparecía con frecuencia y conversaba con ella amorosamente. Fue un gran contemplativo. El ángel de la guarda tuvo en su corazón y en sus plegarias un lugar muy distinguido. En aquellas largas y nocturnas excursiones por la ciudad de Lima, sin luz en las calles, el ángel de la guarda guiaba sus pasos, barría ante sus pies los obstáculos que se atravesaban y le conducía por entre las tinieblas al convento. De Santo Domingo de Guzmán tomó fray Martín la costumbre de darse tres disciplinas diarias: la una, por la conversión de los pecadores; la otra, por los agonizantes, y la tercera, por las almas

del purgatorio. Puntualmente fray Martín hizo lo mismo. Si sangrientas eran las disciplinas de Santo Domingo, no lo eran menos las de fray Martín. La tercera que había de tomar fray Martín no era por mano propia, sino por mano ajena. Un indio, un inca de los convertidos por fray Martín y admirador de su virtud, se había prestado a ser el verdugo del bienaventurado. "Todo este rigor es por mis muchos pecados. La penitencia, decía, es el precio del amor. ¿Cómo podré salvarme sin penitencia? ¿Cómo podré expiar mis culpas sin martirizar mi cuerpo?"

Muchos religiosos del convento del Rosario están en cama atacados de viruela. Padecen todas fiebres altísimas y algunos creen llegado el último momento de su vida. En la ciudad los muertos son incontables. El contagio va de casa en casa, en todos los hogares deja un crespón de luto. Entre todos los hermanos figura a la cabeza fray Martín. Lo reclaman los enfermos, en la esperanza de que allí donde los remedios no alcance, ha de alcanzar su virtud milagrosa. Mas el hecho inaudito que pone espanto a todos los religiosos es que fray Martín está a la cabecera de los enfermos a toda hora. ¿Cuánto duerme? ¿Cuándo descansa? ¿Y dónde? Nada se sabe. Pero se conocen dos cosas que la razón no alcanza: que entra en el noviciado estando cerradas las puertas, que se coloca a la cabecera del enfermo, que ruega por él a los pocos instantes de haberlo invocado. Los jóvenes novicios se sorprenden viéndole entrar a deshora en el cuarto. "¿De dónde venís, hermano Martín? ¿Quién os ha llamado?" "Tu necesidad hijo mío. Te oí llamarme y vine a verte. Necesitabas de mí. Vas a tomar esta

medicina". Tiénesse por cierto que se le vio a la vez en distintos lugares ejerciendo su caridad; ayudando a bien morir a un atacado de tifus y curando en el hospital a sus enfermos. Aún más; algunos hombres favorecidos por él en lugares muy distantes lo reconocieron al verlo. Fray Martín poseía otra gracia no menos singular: la invisibilidad. En ocasiones se hacía invisible, sobre todo en los éxtasis. Los que conocían los lugares de sus arrebatos místicos iban a veces a espiarlo por ver el prodigio de levantarse del suelo. Los muchos trabajos, vigiliias, ayunos y quehaceres fueron minando poco a poco la salud de fray Martín. Parecía un espíritu más que un hombre. La fama que de santo tenía corría por todos los hogares. Apenas había uno sólo en Lima adonde él no llevara el regalo de sus medicinas o de sus consuelos. Avenía matrimonios, concertaba enemistades, fallaba pleitos, reconciliaba a hermanos, fomentaba la religión, dirimía contiendas teológicas y daba su parecer acertado en los más difíciles negocios. Era el ángel de Lima.

Corría el año 1639. Fray Martín llevaba días de decaimiento y flojedad. Las fuerzas le abandonaban y una fiebre cilla le encendía un tanto la sangre. Como en la atmósfera, que una nubecilla se crece y se convierte en nube parda y la nube parda se rasga y sobreviene la tormenta y el aguacero torrencial, la fiebre cilla de fray Martín se transformó en una fiebre alta que le obligó a meterse en la cama. Sabía él ya de antemano lo que había de suceder. Tenía la revelación de su muerte. Los padres y hermanos acudieron a su habitación y él les dijo: "He aquí el fin de mi peregrinación sobre la tierra. Moriré de esta enferme-

dad. Ninguna medicina será de provecho”. A los dolores físicos sobrevinieron los ataques del diablo. El enemigo, que durante la vida le había combatido sin cesar, redobló en aquella hora sus ataques y sus tiros. El diablo llegó a aparecésele entre resplandores siniestros de llamas devoradoras. La lucha debió de ser brava, pues fray Martín sudaba hasta empapar toda la ropa de la cama, y en alguna ocasión se le oyó rechinar los dientes en señal de lo rudo de la acometida diabólica y de la valentía con que él la rechazaba. Declaró él que no se encontraba solo en aquella su última hora: que estaban a su lado, con la Virgen Santísima, San José, Santo Domingo, San Vicente Ferrer y Santa Catalina de Alejandría. Fray Martín abrazaba un crucifijo y lo llenaba de besos. Pidió y recibió el viático y la extremaunción derramando lágrimas. Como el Señor en la cruz, encomendaba al Padre su espíritu. Mientras tanto, y según es costumbre y regla, un hermano tomó unas tablas, herradas con argollas en ambas caras, y recorrió todo el convento agitándolas fuertemente. Cuando muere un dominico no se doblan las campanas hasta después de morir. La señal de agonía de un religioso es el sonar de aquellas argollas que levantan de sus asientos a todos los religiosos, y del lecho, si están acostados, comenzando todos a rezar el Credo. Fray Martín, viendo a los religiosos arrodillados ante su cama, les pidió perdón a todos por “los malos ejemplos que les había dado”. En todos los ojos reventaron el llanto las palabras humildes y sinceras del bendito hermano. Entonces, y viendo que el momento feliz de ir a ver y a gozar de Dios se acercaba, pidió fray Martín al prior que entonasen el Credo en alta voz. Así se hizo. Los religiosos, con sin-

gular unción y lentamente, pronunciaron el *Et homo factus est*. Fray Martín cerró los ojos y se durmió en el Señor. Eran las nueve de la noche del día 3 de noviembre de 1639.

Las campanas de la torre del Rosario doblaron a muerto. Un escalofrío corrió por toda la ciudad de Lima. Toda la ciudad sabía que fray Martín estaba gravemente enfermo. El doblar de las campanas anunciaba su fallecimiento. Fueron los primeros en llegar al convento el virrey, conde de Chinchón: el arzobispo de Méjico, don Feliciano de la Vega; el obispo preconizado de Cuzco, don Pedro Ortega; don Juan de Peñaflores, miembro de la Cámara Real, etc. Religiosos de todas las Ordenes se mezclaron con los dominicos para las exequias. Mientras tanto, los fieles, furtivamente, iban cortando trozos al hábito del bienaventurado, hasta el punto que el padre prior se vio en la necesidad de cambiárselo varias veces. El cadáver de fray Martín fue llevado en hombros desde la iglesia al cementerio conventual, que estaba dentro del mismo convento, siendo sus portadores los señores ilustres de referencia anterior. En vista de los milagros y concesión de gracias de fray Martín, se instruyó el proceso de beatificación. El 29 de abril de 1763, el papa Clemente XIV dio un decreto proclamando las virtudes heroicas de fray Martín. El 31 de julio de 1836, el Papa Gregorio XIV publicó el decreto de aprobación y el 8 de agosto de 1837, el mismo Pontífice firmó las cartas de beatificación. El culto a nuestro Beato se ha extendido enormemente por toda la América, Estados Unidos, Irlanda, Inglaterra, Filipinas, España, Indias

Orientales, Méjico, Africa, etc. Y en 1962, el Papa Juan XXIII le canonizaba solemnemente⁵.

MARTIN DE LA CARIDAD

Martín nos demuestra con el ejemplo de su vida que podemos llegar a la salvación y a la santidad por el camino que nos enseñó Cristo Jesús: a saber, si, en primer lugar, amamos a Dios *con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente*; y si, en segundo lugar, *amamos al prójimo como a nosotros mismos*.

El sabía que Cristo Jesús *padeció por nosotros y, cargado con nuestros pecados, subió al leño*, y por esto tuvo un amor especial a Jesús crucificado, de tal modo que, al contemplar sus atroces sufrimientos, no podía evitar el derramar abundantes lágrimas. Tuvo también una singular devoción al santísimo sacramento de la eucaristía, al que dedicaba con frecuencia largas horas de oculta adoración ante el sagrario, deseando nutrirse de él con la máxima frecuencia que le era posible.

Además, san Martín, obedeciendo el mandato del divino Maestro, se ejercitaba intensamente en la caridad para con sus hermanos, caridad que era fruto de

su fe íntegra y de su humildad. Amaba a sus prójimos porque los consideraba verdaderos hijos de Dios y hermanos suyos; y los amaba aún más que a sí mismo, ya que, por su humildad, los tenía a todos por más justos y perfectos que él.

Disculpaba los errores de los demás; perdonaba las más graves injurias, pues estaba convencido que era mucho más lo que merecía por sus pecados; ponía todo su empeño en retornar al buen camino a los pecadores; socorría con amor a los enfermos; procuraba comida, vestido y medicinas a los pobres; en la medida que le era posible, ayudaba a los agricultores y a los negros y mulatos, que, por aquel tiempo, eran tratados como esclavos de la más baja condición, lo que le valió, por parte del pueblo, el apelativo de "Martín de la Caridad".

Este santo varón, que con sus palabras, ejemplos y virtudes impulsó a sus prójimos a una vida de piedad, también ahora goza de un poder admirable para elevar nuestras mentes a las cosas celestiales. No todos, por desgracia, son capaces de comprender estos bienes sobrenaturales, no todos los aprecian como es debido, al contrario, son muchos los que, enredados en sus vicios, los menosprecian, los desdeñan o los olvidan completamente. Ojalá que el ejemplo de Martín enseñe a muchos la dulzura y felicidad que se encuentra en el seguimiento de Jesucristo y en la sumisión a sus divinos mandatos⁶.

5. Antonio García Figar, O.P. en: Año Cristiano, vol. IV, pp. 259-272.

6. De la Homilía del Papa Juan XXIII, en la canonización de San Martín de Porres. En: AAS 54 (1962) 306-309 y Liturgia de las Horas, Tomo IV, pp. 1500-1501.

BIBLIOGRAFIA

DUSSEL, E. San Martín de Porres (1569-1639): mulato, hermano lego al servicio de los enfermos. *En*: Testigos de la fe en América Latina..., p. 74-81. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

EL BEATO Martín de Porres. *En*: Cepeda, Alejandro, C.M.F. ..., p. 205-300. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

GARCIA Figar, Antonio, O. P. San Martín de Porres, dominico. *En*: Año Cristiano..., v. 4: p. 259-272. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

MARAVILLAS de la caridad perfecta en la vida, virtudes y milagros del venerable Fr. Martín de Porres, religioso converso del Orden de Santo Domingo, que passo desta a mexor vida en el Convento del Rosario de Lima. *En*: Manrique, Alonso, Fr. O.P. ..., p. 189-283. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

MARTIN de Porres. *En*: Galmés, Lorenzo..., p. 101-102. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

MEDINA, Bernardo de, Fr. O.P. Vida prodigiosa del venerable Siervo de Dios Fr. Martín de Porres, natural de Lima, de la Tercera Orden de N.P. Santo Domingo / que escribió el P. presentado Fr. Bernardo de Medina, natural de la misma ciudad de los Reyes, Orden de Predicadores, sácala a luz Don Felix de Lucio Espinosa y Malo, doctor en ambos derechos y le dedica al reverendísimo Padre Maestro General de dicha Orden Fr. Iuan Tomás de Rocaverti. Madrid: Domingo García Morrás, Impresor del Estado Eclesiástico de las Coronas de Castilla y León, 1675. 167 p.: il (retrs.). Biblioteca: NSM.

San MARTIN de Porres, terciario conventual. *En*: Alvarez, Paulino, fray O.P. ..., v.1: p. 715-728. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

VALDEZ, José Manuel. Vida admirable del Bienaventurado Fray Martín de Porres: natural de Lima y donado profeso

en el convento del Rosario del Orden de Predicadores de esta ciudad / por el D.D. José Manuel Valdéz, reimpresa por su devoto José Andrés de Neira Valbuena. Lima: Huerta y Cía. Impresores-Editores, 1863. 204 p. Biblioteca: SPS.

VELASCO, Salvador, Fr. O.P. El Beato Martín de Porres o un brote de hispanidad. / Fr. Salvador Velasco, O.P. Madrid: Biblioteca Nueva, 1941. 176 p. Bibliografía: p. 175-176. Biblioteca: SPS.

VELASCO, Salvador. Fr. O.P. San Martín de Porres. / Fr. Salvador Velasco, O.P. Villava, Pamplona (España): Editorial OPE, 1964. 432 p. Colección OPE; 3. Biblioteca: OP.

VENTURA, Joaquín, C.R. Los designios de la Divina Providencia sobre las Américas: panegírico en honor del beato Martín de Porres de la Orden de Predicadores pronunciado en italiano en el último día (31 de mayo de 1838) del triduo que se celebró en Roma por su beatificación en la insigne iglesia de Santa María sobre Minerva de la misma Orden / por el Rmo. P. D. Joaquín Ventura, ex-general de los clérigos regulares Teatinos, traducido al castellano por Fr. D.A. Santiago, Chile: Imprenta de la Opinión, 1843. 4, 47, XII p. Biblioteca: OP.

San Juan Macías

(1585–1645)

Beatificación: 16-IX-1840

Canonización: 28-IX-1975

Día de celebración: 18-IX

Este santo de Dios, lego de la Orden dominicana, nació, en la villa extremeña de Ribera, en febrero de 1585. Sus padres fallecieron dejándole huérfano y sin amparo alguno cuando apenas contaba cuatro años, no sin antes haberle enseñado ya las principales oraciones. No obstante su tierna edad, se ajustó con un labrador para cuidar una piara de ganado de cerda. Un día, dedicado a esta humilde ocupación, se le apareció el evangelista San Juan, que le tomó desde entonces bajo su protección inmediata. En tan memorable oportunidad, el azorado niño experimentó su primer éxtasis y, fuera de sí, mereció contemplar la ciudad celestial. El amparo de San Juan le acompañó durante su vida entera, apartándole de todo mal y guardando su pureza de cualquier lance que la pusiera a riesgo de mancillarla. De esta forma, el Beato Macías, a la hora de su tránsito, pudo gloriarse de que moría virgen, como otro Santo Domingo.

Años más tarde abandonó el oficio del pastoreo, proporcionándose el sustento con el trabajo de sus manos. Buscaba siempre la soledad, como el ambiente más a propósito para la quietud del espíritu.

Pasó luego a Sevilla, y se acomodó, en calidad de dependiente, con un mercader, en cuya compañía se trasladó al Nuevo Mundo. A causa de no saber escribir, despidióle su patrón en Cartagena de Indias, desde donde Macías emprendió viaje por tierra hasta el Perú.

A la edad de treinta y siete años, en enero de 1622, hallándose en Lima, recibió el hábito dominico. Cumplido el año de noviciado, profesó de lego. En esta calidad decidió ofrecer a la comunidad su esfuerzo corporal, ejercicio que no por humilde es menos acepto a la misericordia divina, y por él y en sumisa obediencia han llegado no pocos privilegiados a la cumbre de la perfección. Se le asignó al servicio de la portería del convento de la recoleta de Santa María Magdalena, que tenía la Orden de Santo Domingo de Lima.

Sin menoscabo de las atenciones propias de dicho cargo, dedicaba a la oración cada día seis o siete horas; la noche que no había consagrado a tan recomendable ejercicio por lo menos otras tres o cuatro, le parecía a él desperdiciada. Según propia confesión, cuando esto le ocurría, a la mañana siguiente experimentaba insufrible vergüenza al presentarse ante Dios. Para mayor sacrificio, cumplía estas devociones hincado de rodillas todo el tiempo. De resultas de este esfuerzo, endeble y flaco por su riguroso ascetismo,

le sobrevino una llaga rebelde en una rodilla. Cuando los médicos que le visitaron habían agotado todos los recursos científicos, una noche se le apareció su protector San Juan Evangelista, dejándole milagrosamente limpio de su dolencia.

Distribuía el día sin dejar instante desocupado. Desde el amanecer se ajetreaba atendiendo a los pobres vergonzantes, preparándoles comidas y sirviendo con grande humildad a los que acudían a solicitar socorro en la portería; cuando sobraba algo lo repartía también hincado de rodillas.

Su descanso se limitaba a recostarse de bruces, el rostro apoyado sobre los brazos, arrodillado delante de una imagen de las Reinas de los cielos, en su advocación de Belén, colocada a la cabecera de su cama. Incansable en mortificarse, ceñía permanentemente su cuerpo, ocultos debajo del hábito, con unos ásperos cilicios.

Varón de admirable y ejemplar observancia de la vocación a que había sido llamado, merecedor de memoria y celebridad por muchos títulos, jamás se le pudo notar nada que desdijera de su estado; perfectísimo en todas las virtudes, dulce y contemplativo, hizo vida de extremada austeridad y sobre todo encarnamiento rigurosa. A juicio de su confesor, no incurrió en toda su vida en pecado mortal, ni aún cometió alguno venial de los que se califican de serios y de malicia.

Fue de mediana estatura, el rostro blanco y de facciones menudas, la barba espesa y negra. El retrato que de él se conoce nos muestra un semblante ascético, macerado por la penitencia. Descolló por su integridad de ánimo y paciencia en encarnizados combates con el espíritu infernal, pero nadie le aventajó en el ejercicio de la caridad. Con frecuencia, y cuando escaseaban las provisiones para los necesitados que a él acudían, ayunaba para cederles parte de su ya parva colación, y eso que es fama que la divina Providencia multiplicaba milagrosamente la comida que servía.

Según los autores que han escrito sobre la vida, virtudes y prodigios del Beato Mécas, ateniéndose a la autobiografía que dictó la víspera de su muerte, la Virgen de Belén, a la que profesaba singular devoción, se le presentó varias veces para revelarles lo futuro y reconfortarle en sus penitencias. Otros testigos en su proceso de beatificación deponen que, mientras atendía sus obligaciones en el refectorio, la cocina o la portería, experimentaba raptos extáticos, y en sublime arrobamiento se le veía elevarse del suelo, aureolado por un vivísimo resplandor.

En 1645 enfermó de disentería, y en esta oportunidad su celda fue visitada, una vez más, por los encumbrados personajes de Lima, a cuya cabeza hallábase el virrey, marqués de Mancera. Murió el 17 de septiembre de dicho año, de más de sesenta años de edad.

Concurrieron al entierro del humilde lego el mismo virrey, el arzobispo, todas las comunidades y cor-

poraciones religiosas y civiles limeñas y una muchedumbre, que le aclamaba ya por digno de ser exaltado a los altares. Sus reliquias, así como sus estampas y retratos, se disputaban con gran fervor, pues era notorio que obraban prodigios. Al cabo de un año de su fallecimiento, fue trasladado el cadáver a otra sepultura dentro del mismo convento en que el Beato se había santificado. Se halló entonces el cuerpo incorrupto y exhalando una singular fragancia.

Son innumerables los prodigios que se leen en sus biografías. Curaciones sobrenaturales, apariciones extraordinarias... Daremos lugar aquí a un suceso notable ocurrido después de su muerte, y que, según tradición constante en Lima, merece entero crédito.

En un lugar cercano a la capital del Perú, el Beato, antes de profesar, había cuidado el ganado de un vecino distinguido. En aquel sitio se alzaban varios naranjos, y en uno de ellos, abriendo la corteza, el devoto pastor talló una cruz; al pie de ella rezaba y de ese árbol colgaba un rosario. Quince años después de su fallecimiento, el propietario de aquella arboleda ordenó talarla, y, precisamente el día en que la Iglesia conmemora el triunfo de la santa Cruz, el leñador que ejecutaba la tarea descubrió en el interior de uno de los árboles dos cruces del tamaño de una cuarta. Admiráronse todos, y al punto se improvisó una fervorosa procesión, que condujo las cruces con todo respeto a lugar sagrado.

Los portentos que en vida había obrado el siervo de Dios, la pública voz y fama de sus virtudes y la

devoción general, enfervorizada aún más después de su tránsito ante el creciente número de prodigios que seguía consumando en cuantos acudían a solicitar su intercesión, movieron a sus hermanos de Orden a interesar de las autoridades eclesiásticas la apertura de informaciones fundadas en la virtud, pureza de vida y milagros del lego Macías a fin de ponerlas a los pies del pontífice e impetrar que fuese incluido en el catálogo de los escogidos. Declararon más de 150 testigos, y todos coincidieron en ponderar la virtud santa y ejemplar del caritativo religioso.

La beatificación vino al fin; la proclamó el Papa Gregorio XVI el 16 de septiembre de 1840 y se señaló para su fiesta el 4 de octubre, en que le celebra la Iglesia peruana con toda solemnidad⁷.

¡QUE REGALOS ME HIZO DIOS!

Poco antes de morir nuestro santo contó algo de su vida a su confesor:

“Siendo ya de veinte o más años, pasé de extremadura a Jerez de la Frontera, donde, entrando en un convento de Predicadores a oír misa, que serían las diez del día y habiéndola oído, me llevó San Juan adonde él quiso y sabe, allá muy lejos. Llévome, como otras veces, a ver a Dios, donde vide tantas cosas, que no se pueden declarar; porque el espíritu vido la gloria del Señor. Dos veces me sucedió esto en aquella

7. Guillermo Lohmann Villena, en: *Año Cristiano*, tomo III, págs. 676-679.

iglesia de Predicadores de Jerez de la Frontera, y le tenía terror y miedo de ir allá por la gente que me miraba, en particular los frailes de Santo Domingo de aquel convento, que me pedían que fuese fraile, y no estaba de Dios que yo allá lo fuera”.

“El año de 1619 me embarqué para las Indias y en cuarenta días llegaron los galeones y flota con buen tiempo a Cartagena. Con mi amigo San Juan partí de Cartagena a la Barranca, y luego hallé una canoa y fui a Tenerife, pasé a Mompox y de allí a Ocaña, Pamplona, Tunja, Santa Fe de Bogotá y por el valle de Neiva con flotilla, por temor a los indios de guerra, vinimos a Timaná y de allí a Tocaima y Almaguer, luego a la ciudad de Pasto y al fin a Quito. De Quito, a pie y a mula, llegué a esta ciudad de Lima. De suerte que novecientas leguas que hay de Lima a Cartagena vinimos en cuatro meses y medio. ¡Oh Señor: qué regalos y mercedes me hizo Dios en aquellos campos! San Juan Evangelista me asistía y acompañaba y me llevaba adonde él quería”.

El día 25 de enero del año 1622 hizo su profesión como Dominico:

“Aquella misma noche, dice él mismo, como a las once, estando en nuestra celda rezando, llegaron muchos demonios a oscuras, y me aporrearon y arrastraron; mas me armé contra ellos diciendo: ¡Jesús Salvador, María, José, sean conmigo! Con lo cual me libré de ellos por entonces. Más de doce años me persiguieron casi todas las noches, tratándome muy mal de palabra y de obra; hasta me arrojaban muy alto por el aire”.

“Como mi compañero en la portería, era tan bueno y penitente y tenía tanta caridad con los pobres, con su santo ejemplo comencé yo, pecador, a tener seis y siete horas de oración, de día y de noche, y cierto digo verdad, que me faltaba tiempo y me parecía un cuarto de hora. Vestíame de cilicio y a veces me ponía una cadena al cuerpo, y ayunaba, tratando mal al pobrecito de mi cuerpo. Esto hice veinticuatro años, hasta ahora que salgo de esta miserable vida. Jamás le tuve amistad (al cuerpo); tratélo siempre como a enemigo; dábale muchas y ásperas disciplinas con cordeles y cadenas de hierro. Ahora me pesa y le demando perdón; que, al fin, me ha ayudado a ganar el reino de los cielos”⁸.

8. Paulino Alvarez, Santos, Bienaventurados, Venerables de la Orden de los Predicadores, Vergara, 1920, tomo I, págs. 730-733.

BIBLIOGRAFIA

DECRETO. Duda limense sobre la Beatificación y Canonización del Venerable Siervo de Dios Fray Juan Massias, lego professo de la Orden de los Predicadores, 3 p. Biblioteca: NSM.

JUAN Macías. *En*. Galmés, Lorenzo..., p. 100-102. (Véase en la bibliografía general, al final del texto).

PORTENTOS de la gracia en la Vida, virtudes y milagros del gran Siervo de Dios Fr. Juan Macías, religioso converso del Orden de Santo Domingo, que passo desta a mejor vida en el Ven. Convento de la Madalena, en la ciudad de Lima: à 17. de setiembre 1645. *En*: Manrique, Alonso, Fr. O.P.,..., p. 85-187. (Véase en la bibliografía general, al final del texto).

SACRA Rituum Congregatione. Limana beatificationis et canonizationis Ven. Servi Dei Fr. Jo. Massias. Romae: s.n., 1714. Biblioteca: NSM.

San JUAN Macías. *En*: Alvarez, Paulino, Fr. O.P.,..., v. 1; p. 729-743. (Véase en la bibliografía general, al final del texto).

SEMINARIO, José, Fr. Novena al Beato Juan Macías / compuesta por su devoto capellán el P.M. Fr. José Seminario. Lima: Félix Moreno, 1842. 23 p. Biblioteca: NSM.

VELASCO, Salvador, Fr. O.P. San Juan Macías. Guadalajara (España): Editorial OPE, 197? 324 p.: il (retr.) Colección OPE; 44. Biblioteca: OP.

VITA del Beato Giovanni Massias converso della Provincia di S. Giovanni Battista del Perú dell'Ordine de Predicatori. Roma: Dala Tipografia Salviucci, 1837. VII, 170 p.: (retr.) Dedicata al Regnante Sommo Pontefice Gregorio XVI. Biblioteca: NFG.

San Pedro Claver

(1580-1654)

Beatificación: 21-IX-1851

Canonización: 16-I-1888

Día de celebración: 9-IX

Era por los años 1580-1654, cuando se escribía el Quijote y moría Felipe II, España afianzaba su dominio en las lejanas Indias. Siglo de oro en sus letras, con sus misticismos y sus barroquismos. Conquistadores y piratas, misioneros y santos cruzaban el Atlántico y se hablaba castellano en el mayor Imperio de este siglo. Todo era mayúsculo en aquel mundo, con sus pecados y sus virtudes. En Cartagena de Indias hervía un mundo de blancos y negros, compradores de “piezas de ébano”, condenados a servidumbre perpetua sin esperanzas de redención. Quedaban atrás los tiempos de León X y Alejandro VI con sus alegrías renacentistas. El mapa europeo, dividido en dos grandes zonas, protestantes y católicos, rota la unidad religiosa. Celo ardiente por la salvación de las almas en peligro ante los pecados de aquella sociedad esclavizadora de negros especialmente.

Pero había nacido ya en Verdú (Gerona) el Santo que redimirá la raza negra, al comenzar el verano de 1580. Y cuando el 26 de junio será bautizado el hijo de la humilde masía, se llamará Juan Pedro, descendiente de una familia en la que, si no faltaba el pan, tampoco sobran dineros. Y comenzó aquella vida silenciosa, taciturna, como seguirá siempre. Pronto sintió las primeras voces de una vocación, que será "llamada" en su día a las heroicidades de una alta santidad.

A los 22 años, en aquella Barcelona de las sardanas y romerías, a donde vienen a parar las riquezas del Mediterráneo, en su colegio jesuítico, mientras estudia gramática y retórica, oye en el secreto de su corazón una voz que le invita a la vida religiosa. Anteriormente, tras su iniciación en los estudios, había recibido la tonsura, como iniciación en la cléricatura. Le fue conferida, en la Parroquia misma de Verdú, por el Obispo de Vich, don Pedro Jaime, el 8 de diciembre de 1595.

Mientras estudiaba en Barcelona conoció sin duda el Colegio de los Jesuitas, fundado por Francisco de Borja: en él debió de ingresar hacia 1601: y de él pasó al noviciado jesuítico de Tarragona, donde fue recibido el 7 de agosto de 1602: en el Hospital de Santa Cruz empieza a tener los primeros contactos con los enfermos miserables, aquel que un día, pasados muchos, será el apóstol de los negros en el lazareto de Cartagena de Indias.

En Palma de Mallorca, la Isla de la calma, en 1605 dos jesuitas hablan de las cosas de Dios. El uno es indocto en letras, tiene 80 años; el otro, con sus 25 años, va a comenzar sus estudios de filosofía. El anciano, el segoviano Alonso Rodríguez, va a resultar el consejero espiritual del joven clérigo. El es viejo y no puede embarcarse para aquellas Indias lejanas de que se habla tanto, y siempre con muchas interjecciones, de sus riquezas y de las gentes de muchos colores. Mientras tanto, el joven sueña en aquellas lejanías, tan "callado y retirado", pidiendo un puesto en las naves que de Sevilla parten a Ultramar. Es que, días tras día, el portero santo, el segoviano, ha venido esculpiendo en el joven una estatua de santidad de talla más que natural con una ascética dura, seca, como la tierra de su Castilla. Afortunadamente, en aquellos días Claver necesitaba de quien le dirigiera en su vida con mano segura: combatida su alma como estaba entre dudas, si aceptar el sacerdocio o elegir el humilde estado de hermano en la Compañía de Jesús. Pero las dudas seguirían martirizándole años adelante, hasta que en Santa Fe de Bogotá otro hombre, el P. Alonso de Sandoval, buen conocedor del hombre negro, le marcará su ruta sacerdotal. ¿Celos de las almas, humildad, complejo de inferioridad? Tales debieron de ser los capítulos de largas consideraciones, que fatigaron el alma de Claver estos meses dedicados al estudio de la Teología en la capital bogotana.

Aquella su bronquitis crónica se agudizaba más y más en las alturas de 2.585 metros sobre el nivel del mar. Entonces los Superiores le envían al colegio incipiente de Tunja, a 22 leguas de la Capital del Virrei-

nato: tierra ascética, introversa, de serena dureza; ciudad levítica, colina de penitencia para las almas contritas de encomenderos; con sus calles amontonadas, estrechas y mal empedradas; con sus templos de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín; con sus monasterios femeninos de Santa Clara la Real y de la Concepción en las cercanías de la Iglesia de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Un año envuelto en este silencio, de recuerdo feliz para Claver, quien poco antes de su muerte regalará a este colegio los apuntes de su antiguo maestro Alonso Rodríguez. Hasta que a final de 1614, o principios del siguiente, Claver desanda el camino de Bogotá: de nuevo por Honda, río del Magdalena, Mompo, llega a Cartagena: la mano de Dios le ha fijado allí su asiento definitivo.

El 21 de diciembre de 1615 recibe el subdiaconado en la Catedral de Cartagena; al año siguiente, el 23 de febrero, el diaconado, y por fin, el 19 de marzo, el sacerdocio de manos del dominico Fray Pedro de la Vega. Claver tenía en este momento 35 años; fue el primer jesuita ordenado en esta ciudad, la que en adelante será "su ciudad". Escogió para su primera Misa el altar de la Virgen del Milagro: la celebró asistido por algunos de sus hermanos de religión y por algunos negros que catequizaba el P. Sandoval.

Tras una carrera brillantemente concluida, le quedaba por estudiar la difícil carrera del apostolado práctico con los negros. El 3 de abril de 1622 ratifica su entrega definitiva en la Compañía con la profesión solemne: ese día, *Dominica in Albis*, al firmar el documento oficial de su entrega, firmará junto a su nombre: "*Pedro Claver, esclavo de los negros para*

siempre". Que no se trataba de una corazonada, lo habían de atestiguar sus cuarenta años de sacrificio continuo entre sus negros.

Sin duda, al tocar, años atrás, el puerto de esta Cartagena, debió de herir los ojos de Claver la vista de aquella "mancha" negra de carne humana africana. En los años silenciosos de Bogotá y Tunja hubo de recordar más de una vez aquel cuadro. La mancha negra continuaba espesándose más y más a cada llegada de navíos negreros: el teatro de Claver será en adelante el de los bodegones que llegan repletos con su mercancía de cuerpos putrefactos, sentinas de miserias y carnes malolientes corrompidas durante la travesía. Al adentrarse en aquellos antros del dolor, el héroe siente que le flaquean las fuerzas, el hedor insufrible le echa para atrás, los ojos retroceden ante la vista de aquella humanidad lacerada. Habla de él y no le entienden: ni entiende él a los que le hablan, son de procedencias varias: del Senegal, Guinea, Gambia, Sierra Leona, han sido embarcados en Cacheu o Cabo Verde, en Santo Tomé: son los yolof, mandingas, felups, biafras, quienes ante el hombre blanco sienten revivir sus viejos odios contra el europeo que los cazó como a fieras. En sus largas noches recuerdan que han sido pesados como viles mercancías: si han sido decentemente alimentados, se trataba de que subiera su precio en el mercado de Cartagena. Sólo ríen los niños, los que han nacido en alta mar, ignorantes de su suerte futura: ponen una nota de triste alegría en la playa caliente del Mar Caribe.

La sociedad de Cartagena vive entre tanto su vida de cada día, dividida entre misas que comienzan a las cinco de la mañana para las esclavas viejas, misas breves; otras más solemnes, a las ocho de la mañana, cantadas frecuentemente a son de órgano, para las señoras. Terminado el sacro rito, comentábanse en el atrio de las Iglesias los pequeños sucesos de la ciudad, sobre todo el arribo de las naves de España, que importan la correspondencia, artículos de lujo, percales y terciopelos, galones dorados cada día más caros: los varones entre tanto comentan los incidentes de la vida pública, las alarmas de los piratas, el cambio de personal administrativo, las llegadas de los navíos negreros, los precios de los hombres esclavos y los pequeños o grandes escándalos de una sociedad en la que todo se sabe y todo se ignora.

Terminado el día, comenzaba la larga noche colonial que agrupaba a la familia haciendo sentir como más querido su hogar: mientras se oían los pasos de algún transeúnte por la calle oscura en estas horas de queda; se apagaban todos los ruidos de la ciudad, se rezaba el rosario con varios Padrenuestros por los difuntos de la familia...

Así llegaba la hora de la cena, consistente en un pocillo de chocolate con pan y queso criollo; terminaba con una guayaba o hicacos. Después era ya hora de acostar a los niños en sus camas; quedaban solos los mayores, que trataban de sus asuntos serios: hasta que, al sonar las nueve o las diez, y cerradas las puertas con trancas de madera, o con cerradura de hierro, caía sobre la casa el gran silencio. La ronda municipal se encargaba de la tranquilidad pública.

Pasada la noche nacería el nuevo día, idéntico al anterior. Los hombres se entregarán a sus trabajos oficiales o privados, mal retribuidos según unos: lautamente pagados, según otros. Las señoras con la ayuda de las hijas mayores, o de las esclavas, cuidarán del aseo de la casa, del remiendo de la ropa, del arreglo del mobiliario más o menos lujoso, según las posibilidades de la familia; sin olvidar el cuidado del clásico tinajero "momposino", que conservaría fresca el agua con su barra de azufre, en precaución de que no se maleara la sangre de algún niño, que, sofocado por el calor, bebiese aquella agua fresca. Entre tanto, la abuela o una tía solterona, cuidaba desde su mecedora de los trabajos de las criadas.

Así vivía aquella Cartagena de 6.000 habitantes, próxima a la residencia de Claver, donde éste se alojó por 40 años, junto al mar. Allí escuchaba confesiones y lamentos en el confesionario situado junto a la puerta: desde las cinco de la mañana hasta las ocho, sin contar los horarios extraordinarios que cubrían desde las ocho de la noche hasta las once del siguiente día: una cuaresma confesó hasta 4.000 penitentes.

A este trabajo localizado, han de sumarse otros ministerios por calles y plazas, por las armazones, por los caminos y hospitales: o el de acompañar al cadalso a los condenados a muerte; o el de conversar con protestantes, que, capturados con sus barcos, llegaban más o menos arrepentidos; con sentido humano bien distante del criterio de entonces; como cuando le presentaron al Arcediano de Londres "*viejo venerable, muy modesto y de buenos respetos y cortesías*", por

quien brindó Claver: pero terminó conquistándoselo para el catolicismo.

Por abril tomaba sus “vacaciones”, recorriendo los contornos de la ciudad, reservándose el derecho de usar las chozas de los indios, moradas de murciélagos y ratas, durmiendo sobre el suelo, regalándose con hierbas y maíz: si alguna gallina se hacía llegar a sus manos, pronto iría a parar al lazareto de los negros. En este plan de correrías llegó al río Sunúa en 1650.

Ya enfermo hubo de retirarse a Cartagena, para no salir más de ella. Aquí le ocuparán con cargos nada lustrosos de vicesuperior y maestro de novicios de hermanos, cargos humildes aún dentro de la humilde Cartagena. Aquí se abre un capítulo “humillante” para Claver. Dentro de los jesuitas se mandan cada tres años informes oficiales a Roma de todos los miembros de cada casa. De Claver se dirá:

En 1616: ingenio por debajo de la mediocridad; prudencia, escasa; aprovechamiento en letras, exiguo; complexión natural, colérico; talento para ministerios, apto para confesiones y el trato con los indios.

En 1642: ingenio, mediocre; juicio, mediocre; prudencia, exigua; adelantamiento en letras, bueno; complexión natural, muy melancólico.

En 1649: ingenio, bueno; juicio, mediocre; prudencia y experiencia de las cosas, nulo; aprovechamiento, bueno; carácter, melancólico; ministerios, insigne en el trato con los etíopes; aprovechamiento espiritual, óptimo.

En 1651: ingenio, bueno; juicio, mediocre; prudencia, exigua; experiencia de la vida y de las cosas, mediocre; adelantamiento en las letras, bueno; complexión natural, sanguíneo; talento para los ministerios, bueno; adelantamiento espiritual, óptimo.

No todo es malo o negativo, se valora su aptitud para los ministerios humildes. Se comprueba su adelantamiento en letras. Su vida espiritual compensa con mucho los informes sobre su prudencia y experiencia de la vida (puntos muy discutibles en esa vida consagrada a una existencia entre los negros con éxito positivo y reconocido).

Se le acusaba de abusar de sus intérpretes a expensas del Colegio; de retener en su poder depósitos de dinero, sin precisar si era con facultad de los Superiores locales.

Todo esto llega a Roma; como de Roma vuelve lo que a Roma va, el General Vitelleschi, aun reconociendo y apoyando los méritos de Claver, avisa a los Superiores de Bogotá: “*Mucha razón es que alentemos y ayudemos en todo cuanto se pudiere al P. Pedro Claver, que trabaja mucho y con gran fruto en el ministerio con los morenos. Pero también es menester que V. R. (el Provincial) le modere la demasiada superioridad, que según dicen, tiene sobre ellos. Avisanme que les azota en su aposento, y aun se cree que por su mano. V.R. remedie cualquier falta que en esto hubiere*”. El General se alarma ante los dineros que Claver pudiere tener en su poder para los casos ocurrientes; y los “bojes de vino”, que el apóstol usara para levantar la moral de aquellos esclavos que llegaban exhaustos en los navíos negreros, siempre para ga-

nar la confianza de hombres miserables desconfiados ante el blanco. También aquí ahora tropezamos con las inevitables limitaciones humanas para interpretar estas figuras gigantescas de la santidad.

Atacado por la peste y una parálisis agitante, reducido a la impotencia, aún se arrastrará a su hospital de San Lázaro, cuando oye que ha llegado un barco negrero: apoyado en su bastón se hace llevar a su última conquista, instruye a los recién llegados, los bautiza. Y se despide de aquel su puerto de Cartagena. En el Colegio, diezmado por la peste, no hay quien pueda atenderle; se le confía a los cuidados de un negro de Biafra: mientras Claver le educa para intérprete, el esclavo no le atiende demasiado. También ahora Claver se calla. En este silencio llega a su fin en este mundo: *“entre la una y las dos de la mañana dio su alma a Dios, sin hacer movimiento alguno, con la misma tranquilidad con que había vivido, a ocho de setiembre (1654) día de la Natividad de Nuestra Señora”*⁹

El 15 de enero de 1888 de nuevo se encontrarán Alonso Rodríguez y Pedro Claver, ahora en la gloria de Bernini, en el Vaticano, cuando León XIII canoniza a los dos amigos de Montesióu.

NO QUEDO PERSONA EN LA CIUDAD, QUE NO VINIESE A VENERARLE

El Rector del Colegio de Cartagena nos describe las Exequias solemnes y la conmoción de toda la ciudad por la muerte del Santo en 1654:

9. Antonio de Egaña, S.J., en: MANRESA, *Espiritualidad Ignaciana*, Vol. 52, Núm. 203 (abril-junio 1980), pp. 1-6.

“Luego que amaneció dí aviso al R. Padre Prior de San Agustín de la muerte de el P. Pedro Claver; y al instante mandó doblar sus campanas; y aunque le hice avisar, que el entierro no había de ser hasta la tarde, no le sufrió el corazón aguardar tanto sin manifestar el amor grande que nos tiene este religiosísimo Convento; y así vino a las ocho toda la Comunidad, y cantaron al difunto un solemne responso en su aposento, a donde teníamos el cuerpo; y luego cantaron una Misa de cuerpo presente. Alborotóse la ciudad con un ruido nunca visto, haciéndose lenguas alabando al difunto. Los Negros de la ciudad y del contorno, a donde fue la nueva de lo que pasaba, vinieron a pendón herido, a besarle la mano y a tocar sus rosarios; para lo cual no bastaban cuatro ni seis personas. Luego mandó hacer aquella Señora penitenta suya (D. Isabel de Urbina) una caja de cedro forrada en tela blanca muy rica, guarnecida con pasamanos de oro, y claveteada con tachuelas doradas, aldabones y cerraduras asimismo dorados, para poner el cuerpo de su amado Padre. Otras personas principales quisieron, que corriese por su cuenta la dicha caja, entre las cuales hubo piadosa contienda; pero como previno esta señora, no se le pudo negar la ejecución de su intento. Don Pedro Duque de Estrada, Contador de su Majestad de la Casa Real, envió toda la cera necesaria, para que el cuerpo estuviese con la decencia conveniente.

Llegó la nueva de la muerte del P. Claver al Gobernador de esta ciudad D. Pedro Zapata, y que el entierro había de ser a la tarde: juntó en Cabildo a los Regidores, y les propuso, que era justo se encargase la ciudad del entierro de un varón tan señalado, y que

tanto había hecho en servicio y provecho de todos: no faltó voto a su intento, y acordaron, que se hiciese con todo el aparato conveniente, para lo cual señalaron dos Comisarios Regidores; los cuales vinieron a mí, y me pidieron tuviese por bien lo que había acordado el Cabildo, y que se dilatase el entierro para el día siguiente; y que hiciese bajar el cuerpo a la iglesia, para que todos le viesen y venerasen; y que no le enterrase en el suelo, sino en lugar honorífico distinto de los demás; y que nombrase Predicador para las honras que se le habían de hacer. Todo se le concedió, con agradecimiento a la honra que hacían al difunto y a la Compañía.

Luego acudió innumerable clerecía, que cercaron el cuerpo del difunto, y tuvieron bien que hacer en tocar los rosarios de la gente que concurrió, y desahogar el aposento para dar lugar a los muchos que venían. La Hermandad de los sacerdotes de San Pedro envió su ataúd de terciopelo negro para poner su cuerpo en la iglesia, y todos los paños de terciopelo para adorno del túmulo, y devotos de fuera enviaron una palma bien aderezada, para ponérsela en las manos; pero no se permitió por entonces, por no salir de nuestro uso ordinario.

Fue innumerable el gentío que se juntó por la tarde de señores principales. Negros y Negras, y todo género de gente, que no cabían en nuestra iglesia, y estaban llenas las calles. Bajóse el cuerpo a la iglesia en hombros de las personas más ilustres de la ciudad, alumbrándole con sus luces todas las naciones y linajes de gente que hay aquí. Fue necesario para entrar

en la iglesia sacarle por la portería, para dar vado a la gente; la cual así como entró, se abalanzó a besarle las manos y a tocarle sus rosarios, con tal ímpetu y priesa, que todo lo hacían pedazos, sin haber fuerza que los pudiese detener. Rompió por todos D. Pedro de Estrada con algunos clérigos, y le pusieron la palma entre el brazo izquierdo y el pecho. A esta sazón llegó el reverendo P. Comendador de la Merced con todo su convento, y haciendo lugar por medio de la apretura, llegaron al cuerpo, aunque con dificultad, y le cantaron un responso con mucha solemnidad; acción de estima por ser en día de su mayor fiesta, en que era fuerza hacer falta a su casa por honrar la nuestra. Luego entró el General de los galeones, el marqués de Montealegre con toda la Caballería de España, y le fueron besando la mano hincados de rodillas, y tocando sus rosarios; y el tropel de la gente fue tan grande, que no pudiendo los de casa darle vado, para que no se ahogasen, nos fue forzoso valernos de muchos clérigos, y religiosos de San Agustín y la Merced.

Luego vino D. Matías Suárez de Melo, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad, Provisor y Vicario General del obispado; y con mucha devoción hincado de rodillas le besó las manos, y dio su rosario a uno de la Compañía para que se le tocase; lo mismo hicieron los clérigos y oficiales de su Audiencia, que le venían acompañando. No se vaciaba la iglesia de la mucha gente que entraba y salía; y cerca del anochecer, fue tal el concurso, y las olas de innumerables Negros y Negras, y personas del pueblo y la comarca, que embistieron sobre el cuerpo; que se temió no lo hiciesen pedazos, según era el tropel y vehemencia

para tocarle y verle. Estaban las calles y plazas de gente, que se hundían. Cercaron el cuerpo los de casa y algunos piadosos hombres; y se tomó por partido apartar las manos del cáliz, y tenderlas en forma de cruz, para que pudiesen besarlas sin acercarse tanto al cuerpo. Las manos estaban tan blandas y tratables, que iban a donde querían llevarlas: ponfanselas encima de la cabeza y en los ojos, y en las partes a donde tenían alguna enfermedad, con esperanza de alcanzar salud por su medio. Todo era tocarle rosarios y coronas y medidas de seda, listones, lienzos, pañuelos y cuanto tenían para guardarlo por reliquias. Humedecióse un poco el rostro, y luego llovieron lienzos, y holandas y paños preciosos para enjugarle; procurando todos a porfía llevar algo de aquel sudor por reliquia muy preciosa. Iba entrando la noche; y vista la porfía de la gente, y que por momentos iba creciendo, se tomó por arbitrio, que viniese la guarda de la ciudad a defender el cuerpo. Envióla el Gobernador: entraron con violencia, haciendo campo por la multitud, y con ellos entraron seis religiosos de S. Agustín, trayendo por cabeza al Superior; con cuyo favor pudieron respirar los nuestros, que estaban rendidos de batallar con todo el pueblo. Quisieron cubrir al Padre con un paño de terciopelo, para tenerle más seguro: pero fue tal el alarido de la gente que se hubo de quedar descubierta; y fue tal la porfía, que no obstante la guarda de los soldados y religiosos que lo cercaban, le quitaron el bonete y las calzas y las uñas de los pies; y aunque le defendían con hachas encendidas, se metían por las llamas a tomar alguna reliquia en la forma que podían. De esta suerte estuvo toda la noche más frecuentada la iglesia, que si fuera Jueves Santo,

a ver y tocar el cuerpo del santo Padre, que este nombre le daban todos, llamándole a boca llena, el Santo, el Santo.

En amaneciendo, volvió el mismo tropel, como si no le hubieran visto el día antes; de suerte que sanos y enfermos, chicos y grandes, no quedó persona en la ciudad ni en las estancias, que no viniese a venerarle. A las ocho de la mañana vino la Comunidad de San Juan de Dios, muy devota del Padre, y le cantaron una misa con su vigilia y un responso con mucha solemnidad. Luego vino la Comunidad plena de San Agustín con todos sus religiosos; y a las nueve vino la ciudad en forma con sus maceros delante, alcaldes ordinarios y todo el Cabildo pleno con el Gobernador, y su teniente general; y como fueron entrando, se fueron llegando al cuerpo y le besaron los pies, hincadas las rodillas en tierra, con mucha veneración, y tocando los rosarios a las manos. Hizo el oficio la Comunidad de San Agustín, cuyo Prior dijo la misa, y predicó el R. Padre M. Fr. Miguel Bretón de la Orden de Nuestra Señora de La Merced, tomando por tema: *Qui crediderit, etiam si mortuus fuerit, vivet*. Honró mucho a la Compañía, diciendo del glorioso empleo de acudir a la salvación de las almas, cuando los de las otras religiones están alabando a Dios en el Coro. Alabó mucho al difunto sobre el morir vírgen; dijo mucho de sus rigurosas penitencias, y de su celo de almas, con grandísima satisfacción del auditorio. Acabado el sermón, se empezó el entierro y la porfía entre los que asistían sobre quién había de llevar el cuerpo, porque todos deseaban ponerle sobre sus hombros. Finalmente le tomaron el Gobernador y los alcaldes y

algunos caballeros de la armada de los más ilustres, y los clérigos y religiosos, que pudieron hacer parte. Al sacarle del ataúd para ponerle en la caja, arremetió la gente desalada, como quien perdía las esperanzas de sus reliquias, y le cortaron la sotana y la alba, y asían de los pies y de los dedos para cortárselos, sin poder resistirlo las guardas. Tomaron la casulla de brocado que tenía encima, y la hicieron mil pedazos; y viendo el tropel de la gente, se tomó por arbitrio que el hermano sacristán sacase la almohada en que había muerto, y la repartiese al pueblo en lugar distante, para que acudiendo allá diesen lugar al entierro: pero en saliendo a la iglesia embistieron con él con tal fuerza, que por poco le ahogaran; arrebatáronle la almohada y hiciéronla añicos, teniéndose por dichoso el que podía alcanzar un pelo de ella. El sacristán se subió al púlpito, huyendo del tropel que le pedía reliquias; y desde allí echó gran suma de cédulas de confesión, que el bendito Padre tenía hechas y firmadas de su nombre para los que confesaba. Entretenida la chusma en coger estas cédulas se pudo enterrar el cuerpo. Pusiéronle y cerráronle en su caja con asistencia del Gobernador y alcaldes y el secretario del Ayuntamiento; y depositáronle al lado de la Epístola del altar del santo Cristo, en un hueco, que se levantó interinamente de citara. Con esto se dio fin al entierro, pero no a la porfía del pueblo que hasta hoy insta y clama, pidiendo reliquias del Padre Pedro Claver a quien tiene por Santo.

Lunes 14 de setiembre hizo la misma ciudad unas muy lucidas honras al Padre con muy ostentoso túmulo en que puso sus armas: asistió en forma de Ciu-

dad: trajo la música de la Catedral, y grande ofrenda. Cantó la Misa el Rector del Colegio; predicó el R. Padre Fray Josef de la Concepción, Agustino descalzo: honró mucho al difunto y asistieron muchos religiosos y eclesiásticos, a todos los cuales repartió cera la Ciudad liberalísimamente.

Y no contento con esto el Gobernador D. Pedro Zapata para mostrar el amor y estima que tenía del Padre Claver, le hizo otro día honras por cuenta con el mismo aparato y magnificencia, que las había hecho la Ciudad. Cantó la Misa el Provisor, Vicario General del Obispado; y predicó el M.R.P. Fr. Josef Pacheco, Provincial que ha sido de San Agustín y honró mucho al difunto. Trató de las persecuciones que se movían contra la Compañía en este tiempo y dijo: *'que Dios se había llevado a aquel santo Padre, para que no viese los castigos, que quería enviar sobre aquella ciudad'*: a que aplaudió todo el auditorio, que fue lucidísimo, concurriendo toda la nobleza así de España y Galeones, como de la ciudad, y de la clerecia y religiones.

Los Negros también hicieron su papel en estas honras, haciéndole unas al Padre todas las Naciones, muy lucidas de túmulo, cera, música y sermón que predicó el Dr. Gregorio Bellin, Tesorero de la Santa Iglesia de Popayán. Excedió a todos en alabanzas del P. Claver, y probó con muchos lugares de la Escritura, que la emoción tan grande que había habido y lo mucho que Dios le había honrado fue por el ministerio de los Negros. Asistió toda la nobleza de la Armada, y de la ciudad con su Gobernador. Repartieron a todos

cera, no quedando inferiores a los primeros; y salieron en forma de comunidad con cirios en las manos, cada cabeza de Nación con los más principales de ella, mostrándose agradecidos, a quien tanto bien les había hecho. Muchas cosas han sucedido, al parecer milagrosas, que han venido a referir personas de toda satisfacción, pero no se refieren por no alargar más esta carta. Será Dios servido de que algún día salga más cumplida y dilatada su Vida, de que hay bastantísima materia¹⁰

BIBLIOGRAFIA

FERNANDEZ, P. Vida del apóstol de los negros, San Pedro Claver/P. Fernández, P. Sola, S.J. Barcelona: Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, 1888. 621 p.: il (retr.). Catalogado por la cubierta.
Biblioteca: SPS.

FLEURIAU, Bertran Gabriel, S.J. Compendio de la apostólica y penitente vida del venerable P. Pedro Claver de la Compañía de Jesús: Apóstol de Cartagena y de las Indias Occidentales / escrito en francés por el P. Bertran Gabriel Fleuriau, de la misma Compañía, traducido y aumentado con algunos documentos interesantes por un sacerdote de esta capital. Barcelona: Imprenta de los Herederos de la viuda Pla, 1851. 204 p.: il (retr.)
Biblioteca: SI

MEJIA, Manuel. San Pedro Claver de la Compañía de Jesús: reseña histórica de su vida y de su culto en Cartagena / Manuel Mejía. Cartagena, Colombia: Tip. Mogollón, 1918. 124 p.: il (retrs).
Biblioteca: SI

ODI, Longaro, S.J. Vida del gran Siervo de Dios el V.P. Pedro Claver, de la Compañía de Jesús: llamado el Apóstol de los Negros / sacada de los procesos auténticos formados para su canonización por el P. Longaro Odi, de la dicha Compañía, y traducida del idioma italiano al español por un sacerdote de la misma. Madrid: Imprenta y fundición de D. Eusebio Aguado, 1851. 254 p.
Biblioteca: SI.

PEDRO Claver. En: Galmés, Lorenzo..., p. 103-104. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

PICON-SALAS, Mariano. Pedro Claver, el santo de los clavos. México: Fondo de Cultura Económica, 1949. 210 p.: il. Bibliografía: p. 207-208. Estampas y viñetas de Alberto Beltrán.
Biblioteca: SI

PUIG, Ignacio, S.J. San Pedro Claver, S.I.: apóstol de los negros: en el tercer centenario de su muerte, 1654-1954 / Ig-

10. Tomado de: Juan Marfa Sola, S.J., Vida del Apóstol de los negros San Pedro Claver, pp. 444-451.

naio Puig, S.J. Barcelona: Imprenta Revista Ibérica, 1954. 69 p.: il (retr.)
Biblioteca: SI

STEHLE, Emil L. San Pedro Claver (1580-1654): esclavo de los esclavos. *En*: Testigos de la fe en América Latina..., p. 88-92. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

VALTIERRA, Angel, S.J. El esclavo de los esclavos: San Pedro Claver, S.J.: tercer centenario de su muerte (1654-1954) / Angel Valtierra, S.J. 2a. ed. Bogotá: Antares, 1954. 125 p.: il (retr.)
Biblioteca: SI

VALTIERRA, Angel, S.J. San Pedro Claver: el santo que libertó una raza / Angel Valtierra, S.J., prólogo de Eduardo Lemaitre. Nueva edición. Cartagena, Colombia: Departamento de Publicaciones, Santuario de San Pedro Claver, 1964. 315 p.: il (retr., fots.)
Biblioteca: SI

VALTIERRA, Angel, S.J. San Pedro Claver. *En*: Año Cristiano..., v. 3: p. 605-615. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

VIDA de San Pedro Claver, de la Compañía de Jesús: apóstol de los negros / por un socio del Apostolado de la Prensa. Madrid: Apostolado de la Prensa, 1924, 235 p.: il.
Biblioteca: SI.

San Francisco Solano

(1549 – 1610)

Beatificación: 25-I-1675

Canonización: 27-XII-1726

Día de celebración: 24 (14)-VII

De los tres santos canonizados que con su presencia santificaron estas tierras de América, San Luis Beltrán, San Pedro Claver y San Francisco Solano, este último es el que con más razón merece el título de apóstol de este Nuevo Mundo tanto por la extensión de su labor misional como por las huellas que dejó de su paso. San Luis Beltrán no hizo sino abordar a las casas insalubres y deshabitadas de Santa Marta, evangelizó a las tribus errantes de los bordes del Magdalena y a los pocos años volvióse a España. San Pedro Claver se encerró dentro de los muros de Cartagena, y allí vivió hasta su muerte, hecho esclavo de los esclavos. Solano, en cambio, recorrió gran parte del Perú de entonces y ha dejado recuerdos de su tránsito en cinco repúblicas de este continente.

Había nacido el 10 de marzo de 1549 en la pequeña ciudad de Montilla, en la Andalucía, del matrimo-

nio de Mateo Sánchez Solano y Ana Jiménez Hidalgo. Sus padres eran acomodados, y, cuando el niño estuvo en edad de estudiar, lo entregaron a los jesuitas, que tenían entonces un colegio en el lugar. Allí aprendió las letras humanas y allí también sintió despertarse su vocación. A los veinte años, en plena adolescencia, decide vestir el sayal franciscano, y acude al convento de San Lorenzo, en las afueras, donde el guardián, Fr. Francisco de Angulo, le abre las puertas de aquel cenobio, en donde va a poner los fundamentos de su futura santidad. Dios, en efecto, le había escogido para santo. Por entonces los franciscanos habían sentido renovarse su fervor y anhelaban imitar más de cerca a Jesucristo siguiendo las huellas del Pobrecito de Asís. Solano, desde los primeros días de su vida religiosa, sintió en su corazón arder esta llama, y se determinó a abrazarse estrechamente con Cristo, siguiendo desnudo al desnudo Jesús. Hizo su profesión el 25 de abril de 1570, y verdaderamente renunció a todo para vivir unido a su modelo. Unos dos años más tarde dejaba Montilla y se trasladaba al convento de Nuestra Señora de Loreto, en las proximidades de Sevilla, donde alternó el estudio de las ciencias sagradas con la oración y la penitencia. Escogió para vivienda la celda más pequeña e incómoda del convento, bien próxima al coro, en donde pasaba buena parte de su tiempo.

Allí recibió la unción sacerdotal, y un 4 de octubre cantó su primera misa en la capilla de la Virgen, hallándose presente su padre, que muy poco después dejaba este mundo. Como tenía buena voz y era muy aficionado a la música, arte que podemos decir culti-

vó toda su vida, le nombraron vicario de coro y predicador. La muerte de su progenitor y la ceguera de que adoleció su madre le obligaron a volver a Montilla, pero transformado en otro hombre. De su breve estancia en su ciudad natal quedó indeleble recuerdo. Aquel joven franciscano “*no hermoso de rostro, moreno y enjuto*”, como nos lo describe uno de sus contemporáneos, se atrajo las miradas de todos por el espíritu con que hablaba y la santidad que emanaba de todo su ser. Aún se cuenta que hizo varias curaciones; pero el más evidente indicio de su ascendiente sobrenatural nos lo da el hecho de haber pedido la marquesa de Priego, la señora del lugar, un hábito de Fray Francisco para que le sirviese de mortaja.

Tan sólidas eran ya sus virtudes, que los superiores de la Orden le enviaron a Arrizafa, en las cercanías de Córdoba, a fin de que en esa recolección ejerciese el cargo de maestro de novicios. Nadie mejor que él para servir de guía a quienes aspiraban realizar íntegramente el ideal del fraile menor. Tres años vivió en este convento, y en 1581 pasa a San Francisco del Monte, monasterio escondido entre los breñales de la Sierra Morena. En aquella soledad su espíritu se expande y se une más estrechamente a Dios. No olvida, sin embargo, a sus hermanos, y, cuando la peste diezma a los vecinos de Montoro, acude solícito a ayudar a los enfermos a bien morir y a curar a los atacados del mal. Le acompaña un buen hermano lego, Fr. Buenaventura, que al fin sucumbe también a los rigores de la peste, y Solano continúa asistiendo a sus hermanos dolientes en la iglesia de San Sebastian, transformada en hospital, donde aún se conserva un cuadro que recuerda su caridad.

Se le nombra guardián del convento, y a los tres años se le envía al convento de San Luis de la Zubia, en la vega de Granada. Aquí termina su labor en España, porque en 1588 solicita pasar a América en compañía del P. Comisario, Fr. Baltasar Navarro, que ha venido en busca de misioneros. Ciérrase entonces la primera etapa de su vida; la segunda le verá en las apartadas regiones del Tucumán convertido en misionero de indios hasta el año 1602, en que se le ordena volver al Perú, donde entabla la estricta observancia de los recoletos y donde fallece en 1610. Estas tres etapas en que podemos dividir su vida son bien marcadas y cada una de ellas tiene su carácter peculiar. En España ha alternado el estudio de la perfección religiosa con el de las ciencias, y los cargos de gobierno con el ministerio apostólico, pero esto último lo hace sólo a intervalos y no de una manera metódica y continua. Es la etapa de preparación, y en la cual se macizan sus virtudes. Cuando tome la carabela que le ha de conducir a Tierra Firme, ya Solano es un santo, es el varón de Dios, que lo pisotea todo para unirse a su Señor.

El 3 de marzo de 1589 pasaba la barra de Sanlúcar la flota que conducía al nuevo virrey del Perú, D. García Hurtado de Mendoza. En una de las naves, oculto a las miradas de todos, viajaba nuestro héroe acompañado por un regular grupo de hermanos suyos que pasaba a América a conquistar para Cristo muchas almas. Con viento favorable llegaban a Cartagena el 7 de mayo, y, tras unos días de espera en aquel puerto, pasaban a Portobelo, y de aquí a Panamá, adonde debió de llegar Solano a fines del mes de junio de 1589. La falta de embarcaciones le obligó a

permanecer en aquel mortífero clima, donde perdieron la vida dos de los franciscanos que venían en su compañía. Después de cuatro meses lograron hallar una nave que los condujese al Perú, pero tan descuadernada, que unos cuantos golpes de mar, como luego veremos, bastaron para dar al través con ella. Solano, en compañía del P. Fr. Diego de Pineda y de Fr. Francisco de Torres, tomó pasaje a su bordo, y la embarcación levó anclas en el puerto de Perico y se dio a la vela para El Callao.

La navegación desde Panamá hasta aquel puerto se hacía difícil, así por tener que vencer la corriente marina que baña aquellas costas como por la falta de viento, sobre todo en esta época del año. Así sucedió entonces, y en la vecindad de la isla de la Gorgona, frente a las costas de la actual Colombia, aquella frágil nave vino a zozobrar. En un batel lograron llegar a tierra algunos de los pasajeros y tripulantes, pero Solano permaneció sereno en los restos flotantes de la nave, alentando a los naufragos y auxiliándolos en aquel caso extremo. Cuando el batel volvió en su busca, fue el último en acogerse a él, y lo hizo lanzándose al mar después de arrollar el hábito a la cintura. Una vez en la playa, y cubierto tan sólo con la túnica, fue en busca del hábito que había perdido, y lo halló en la arena. San Francisco, como él decía, le había dado aquel hábito, y él también se lo había de devolver.

Por más de dos meses hubieron de permanecer los naufragos en la costa desprovistos de todo auxilio. Uno de los compañeros de Solano había perecido en el naufragio; el otro, cansado de esperar, decidió salir en el batel con otros compañeros en busca de

sinuosa hasta Salta, y más abajo a las llanuras del Tucumán. Solano hubo de arrostrar esta jornada caminando unas veces a pie, otras en pobres cabalgaduras de sus compañeros, aliviaba sus males y les daba cuanto caía en sus manos y podría servir para su sustento. Parece que en más de una ocasión su pesca tuvo todos los contornos de milagrosa. El Señor escuchaba a su siervo. Al fin arribó el socorro tan ansiado. A últimos de diciembre, una nave recogió a los naufragos y los condujo al puerto de Pafta, al norte del Perú. De aquí continuó Solano su camino por tierra hasta llegar a la Ciudad de los Reyes, Lima. Cruzó aquella costa desierta, interrumpida, a veces, por los valles que riegan los ríos que bajan de la cordillera, y en 1590 entraba en la capital de virreinato, donde ya le había precedido el virrey D. García y en donde por aquel tiempo gobernaba aquella iglesia un esclarecido prelado, Santo Toribio de Mogrovejo.

Solano ardía en deseos de pasar a las misiones a que estaba destinado. Fray Baltasar, que le había traído consigo, atendió a sus ruegos, y con otros ocho religiosos emprendió el camino que conducía a Tucumán. La distancia era enorme. Basta fijar los ojos en un mapa de América para darse cuenta del inmenso espacio que había de recorrer. Pero a esta dificultad se añadía otra mayor: la de la aspereza y rigor de la tierra. Había que transmontar los Andes y, luego de cruzarlos, llegar hasta el Cuzco, para tomar después el camino que conduce a El Callao, esto es, a la meseta frígida y desnuda casi de vegetación que domina la actual Bolivia y se prolonga casi hasta los confines del norte argentino. Aquí comenzaba la bajada abrupta y

socorro. Tenían que alimentarse de peces, mariscos y hierbas silvestres, y no sin trabajo los encontraban. Solano, olvidado de sí, procuraba levantar el ánimo ras, y sufriendo todas las consecuencias de la falta de abrigo y de las rigideces del clima. Si por allí habían pasado los conquistadores y capitanes en busca de Eldorado y del rico cerro de Potosí, ¿iban a mostrarse menos animosos los discípulos de Cristo, los conquistadores de las almas?

En noviembre de 1590, según la carta del comisario Fr. Baltasar Navarro a Su Majestad, llega la expedición al Tucumán (carta fechada en Santiago del Estero el 26 de enero de 1591). En todo aquel territorio no había por aquel tiempo sino dos obispados, el del Tucumán y el del Río de La Plata. El primero era tan pobre, decía su obispo, Fr. Fernando Trejo, en 1601, que su catedral carecía de ornamentos decentes y no tenía cómo poder levantar el seminario. Los franciscanos, dominicos y mercedarios habían penetrado en la región años hacía, pero su número era muy escaso. Tras ellos vinieron los padres de la Compañía de Jesús, pocos también. En 1610 la Orden de Santo Domingo sólo tenía un convento en Córdoba; los franciscanos tenían seis: en Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Rioja, Talavera y Salta; pero en el que más, había seis o siete frailes, y en el que menos, dos o tres; los mercedarios tenían también seis casas, en las mismas ciudades, pero su número era menor; finalmente, la Compañía sólo tenía domicilios en Córdoba y en Tucumán, aunque en el primero los religiosos pasaban de veinte. Si esto sucedía en 1610, ya podremos calcular lo que sería en 1591, o sea unos veinte

años antes, en el momento en que Solano arriba a esas tierras.

Muy escasa es la documentación que poseemos sobre sus actividades apostólicas en el norte argentino. Casi todos sus biógrafos, aún en la época moderna, no han hecho otra cosa sino inspirarse, no siempre con fidelidad, en las declaraciones de los procesos. Por fortuna, éstos se llevaron a cabo cuando aún vivían muchos que habían conocido y tratado al Santo, y de allí que su testimonio sea de calidad. Fray Francisco permaneció en el Tucumán sólo once años, de 1591 a 1602, primero como misionero y doctrinero de Socotonio y la Magdalena, y a partir de 1595, como custodio o viceprovincial de todos los conventos del Tucumán y del Paraguay, dependientes de la provincia del Perú.

La labor del misionero era ardua. No sólo había que vencer la resistencia del indígena, receloso siempre de los españoles, de quienes había recibido y recibía muchas vejaciones, sino, además, romper con las dificultades de la lengua y las que oponía la misma naturaleza en un país cruzado por montes y ríos y en su mayor parte deshabitado. La caridad y mansedumbre de Solano y la pobreza de su hábito le ganó el corazón de los indios; se aplicó al estudio de su lengua, y Dios ayudó sus esfuerzos. Se dice que poseyó el don de lenguas; pero no está de más advertir que por las declaraciones de quienes le trataron, el capitán Andrés García de Valdés le enseñó la tonocote, y uno de sus compañeros confiesa que tardó cuatro meses en aprender otra de las lenguas indígenas. Sin embargo, en su caso se renovó el milagro del día de Pentecostés,

porque, hablando en una sola lengua, sus oyentes le entendían como si les hablara en la propia.

El Santo se impuso a aquellas mentes casi infantiles, y el secreto de sus éxitos estuvo en su perfecta unión con Dios. Hay un hecho que aparece referido por uno de los testigos de los procesos, el cura de la Nueva Rioja, D. Manuel Núñez Maestro, pero sus biógrafos lo han desfigurado y hasta lo han hecho inverosímil. El Jueves Santo del año 1593, Solano se encuentra en la población, que apenas lleva dos años de fundada. Ha venido invitado por el cura. Cuarenta y cinco caciques con su respectivo séquito se dan cita en el mismo lugar, y éste número de indios alarma al teniente de gobernador, quien aconseja a los vecinos preparar las armas. En la noche, como era lo uso de España y de muchas ciudades del Perú, va en la procesión un grupo de disciplinantes, desnudos medio cuerpo arriba, azotando sus espaldas. Los indios no salen de su asombro. Solano aprovecha la ocasión para hablarles del Redentor y de sus sufrimientos por nosotros; les cautiva, y le piden que los instruya en los misterios de la fe. Algunos dieron en decir que los bautizó a poco a todos y que su número llegaría a 9.000. El cura Núñez no dice esto. Sus palabras textuales son: "*los retuvo a todos hasta que fueron bautizados*".

Solano no podía desconocer lo que habían ordenado sobre el particular los concilios limenses de 1567 y 1584. En el Tucumán se conocían esas prescripciones, y en 1597 las hacía suyas el sínodo celebrado en Santiago del Estero por el obispo Trejo. Tampoco nos parece verosímil que fueran 9.000 los

bautizados. El cura Núñez dice solamente que el número de indios llegaría a 9.000, pero es más que probable que en ese número incluía los de la región o los que estaban sujetos a los caciques que hicieron su aparición en la Rioja. Aun reduciendo el hecho a sus debidas proporciones, la acción del apóstol campea y sobresale. Tampoco creemos, como algunos afirman, que su actividad se extendiera al Gran Chaco y a otras regiones alejadas del Tucumán. No hay fundamento para asegurarlo. Santiago del Estero, la desaparecida Esteco, la Rioja y Córdoba fueron el teatro de sus hazañas. En todos estos lugares dejó las huellas de su paso y testimonios evidentes de su santidad. Cíntanse las fuentes de Talavera o Esteco y la de la Nueva Rioja. En ambas brotó el agua al conjuro de Solano. De la primera apenas cabe dudar, pues cuando en 1617 pasó por allí el visitador del Tucumán, D. Francisco de Alfaro, todos le señalaron la fuente del P. Solano que allí brotaba copiosamente.

En el año 1601, los superiores le llaman al Perú. Querían servirse de él para la nueva recolección de Nuestra Señora de los Angeles, que estaba a punto de fundarse en Lima. Obediente a la voz de Dios, emprende el largo camino que le separa de aquella ciudad. Su humildad no acepta el cargo de guardián y queda como vicario. No mucho después, el comisario Fr. Juan Venido le envía a la ciudad de Trujillo en calidad de guardián. Esta vez no puede rehuir el cargo. En 1604 vuelve nuevamente a la recoleta de Lima, y en diciembre del siguiente año, abandonando su retiro y con un crucifijo en la mano, sale por calles y plazas exhortando a todos a hacer penitencia de sus pe-

cados y amenazando a los reacios con los castigos de Dios. La vista de aquel fraile, espejo de la penitencia; el ardor de su mirada y el fuego de sus palabras conmueve a sus oyentes. Le siguen hasta la Plaza Mayor, y allí el gentío se hace cada vez más numeroso. Resuenan por los aires las voces de perdón y por toda la ciudad cunde la voz de un inminente castigo del cielo. Recientes están los ejemplos de Arica y Arequipa, asoladas por un terremoto, de modo que aquella noche hubo que dejar abiertas las iglesias por el gran concurso de gente que pedía a gritos confesión.

La ciudad pasó la noche en alarma. Hasta Rosa, la virgen incomparable, azota su cuerpo sin piedad, pidiendo a Dios por los pecadores. El virrey, conde de Monterrey, manda al siguiente día hacer una averiguación del hecho. Ordena, de acuerdo con el P. Comisario, que un tribunal examine e inquiera del predicador lo que ha dicho y las causas que le han movido a decirlo. Solano se presenta sereno, y, como ha obrado por divino impulso, no hace sino exponer la verdad. Sin embargo, recibió una admonición a fin de que en adelante no perturbara la tranquilidad de los habitantes.

En lo sucesivo su vida es más del cielo que de la tierra. Sus fuerzas van decayendo visiblemente, y por esta causa se le traslada al convento de Jesús, de Lima, donde tras breve enfermedad, causada más por las privaciones y trabajos que por el desgaste natural del organismo, fallece el día de San Buenaventura, 14 de julio de 1610, cuando se elevaba la hostia en la misa mayor. Su entierro tuvo contornos apoteósicos. El virrey, marqués de Montesclaros, y el arzobispo, Lobo Guerrero, son los primeros en conducir el féretro a la

Iglesia, donde la guardia de alabarderos apenas puede contener a la multitud. Predica sus virtudes el provincial de la Compañía, Juan Sebastián de la Farra, y se le da sepultura en la cripta de la Iglesia, donde más tarde se levantará una capilla. El mismo año de su muerte, a 23 de julio de 1610, se empezaron las informaciones sobre su vida y virtudes, las cuales dieron por resultado el que la santidad de Clemente X lo beatificara en el año 1675 y Benedicto XIII lo proclamase santo en 1726¹¹.

DECLARAMOS SER SANTO...

El texto de la bula de canonización nos traslada al año 1726. Tocó este acto al Papa Benedicto XIII.

“Con alegría y solicitud, se afana nuestro espíritu en dar a conocer la gloria de los fieles servidores de Dios sobre la tierra, para incrementar el culto divino e inflamar en el amor de Dios los corazones de los tibios, a fin de elevarlos a la práctica de la verdadera piedad, por medio de ejemplos edificantes; pues, tenemos expreso mandato de alabar a Dios en sus santos.

Por eso, informados de las virtudes heroicas e insignes milagros que han exaltado el nombre del bienaventurado Siervo de Dios *Francisco Solano*, religioso de la Observancia de San Francisco, hemos creído proporcionar un gran socorro espiritual a todos los pueblos que no están confiados, inscribiéndolo en el

Canon de los Santos confesores, con las solemnidades acostumbradas por la Santa Iglesia Romana, en este día consagrado en honor del bienaventurado San Juan, apóstol y evangelista.

El Beato *Francisco Solano* nació en Montilla, pueblo de España, en Andalucía, diócesis de Córdoba, ilustre por el gran número de sus mártires, el 10 de marzo de 1549; él fue también mártir voluntario. Vástago de padres nobles y piadosos, le educaron en el santo temor de Dios y en la práctica de todas las virtudes dignas del hombre cristiano. Tan inflamado estaba en el culto de dichas virtudes, que desde la adolescencia ingresó en la Orden de Menores, llamada de la Regular Observancia, en donde brilló por la más profunda humildad, como por las austeridades de la más severa disciplina. Ocupado noche y día en los ejercicios de piedad y de continúa penitencia, imitando en la mortificación a los dos grandes patriarcas de la vida monástica, Benito y Francisco, revolcándose como ellos entre las punzantes espinas, para domar su cuerpo y apagar los ardores de la concupiscencia.

Consagrado al santo ministerio de la predicación, puso en ella el sacro fuego que ardía en su espíritu, la práctica admirable de su santa vida, el buen olor de acrisoladas virtudes, especialmente de la santa caridad, como medios más eficaces para convertir las almas. Su celo le llevó a practicar en grado heroico esta virtud, preocupándose también de las dolencias corporales, según lo puso en práctica lamiendo las úlceras de un niño, con lo cual repentinamente recuperó la salud el pequeñuelo enfermo.

11. Rubén Vargas Ugarte, S.J. en: Año Cristiano, Madrid, BAC, 1966. Vol. III, pp. 113-120.

La peste que azotó a Andalucía brindó ocasión propicia a su caridad. Se pudo admirar al siervo de Dios todo consagrado a la atención de los apestados más abandonados y carentes de auxilios espirituales y corporales, sin temor alguno a la muerte. El los servía, consolaba y alentaba, exponiendo su propia vida para librarlos de la muerte. Sufrió también el contagio; pero el favor divino lo salvó, y de inmediato, respirando cristiana alegría volvió a su ministerio de enfermero, y continuó en él hasta que terminó el terrible flagelo.

Habiéndose difundido por doquier la fama de santidad de Solano, este varón humildísimo, que buscaba no su propia gloria sino sólo la de Dios, pensó seriamente en la forma de substraerse a todo aplauso. Por lo cual, deseando ardientemente sufrir el martirio por amor de Cristo, suplicó de los superiores la gracia y la bendición para ir a buscarle en el Africa, adonde pretendió pasar con el fin de predicar la palabra divina a los infieles. Más, no habiéndolo conseguido, pidió y obtuvo licencia para ir a predicar la fe cristiana en las Indias Occidentales, en compañía de otros misioneros, desafiando impertérrito los gravísimos peligros de mar y tierra con tal de salvar almas. No sin señalados prodigios arribó a las tierras en que el Señor le tenía destinada una gran viña para que la cultivara. No economizó trabajos, desvelos ni fatigas para arrebatar de las fauces del dragón infernal las descarriadas ovejas y llevarlas al soberano Pastor. Cargando como propias las miserias ajenas, abrasado en el amor de Dios y del prójimo, mereció ser agraciado con el don de lenguas y predicó la fe de Cristo con palabra persuasiva, a la que Dios comunicó tan extraordinaria convicción,

que los salvajes, deponiendo su natural fiereza, acudían presurosos a escucharlo, de suerte que instruyó y bautizó a una innumerable multitud.

En tal forma supo conquistarse tan alto aprecio y veneración de los indios, que conseguía de ellos realizar complacidos, lo que otros no obtuvieron de ellos mediante el miedo o el rigor.

La fuerza y eficacia de su palabra se pudo admirar especialmente un día de Jueves Santo, cuando, mientras los cristianos hallábanse reunidos para celebrar piadosamente la Pasión de Cristo, varios millares de infieles se coaligaron para atacarlos y exterminarlos. El Santo, sólo, con sólo la palabra de Dios, se presentó ante ellos, hablándoles en su propio idioma, a aquellos bárbaros de tantas y tan diversas lenguas, logrando no sólo persuadirlos, como los persuadió, a deponer las armas y proceder en paz, sino también convirtiendo a más de nueve mil de ellos a la fe de Cristo.

Por este y otros hechos portentosos, divulgada la fama de santidad de Francisco, su humildad se sintió mortificada. Procuró asegurarla huyendo y ocultándose cuanto pudo para evitar los aplausos. Sólo obedeciendo el mandato de los superiores, continuó ejerciendo su oficio de misionero, hasta que fue enviado a Lima, ciudad principal y cabeza del mundo americano. Allí, cual otro Jonás, predicó penitencia en la gran ciudad, a la cual amenazó con ruina completa, si sus habitantes no hacían sincera penitencia. Tan eficaz fue su exhortación, que todos, sin tardanza, lloraron con sincero arrepentimiento sus pecados.

Entre tanto, agobiado por los ímprobos trabajos soportados por la gloria de Dios, conoció que se aproximaba el fin de su vida. Y habiendo recibido los santos Sacramentos de la Iglesia, puestos los brazos en cruz, fijos su corazón y su espíritu en Dios, recitando fervorosas plegarias, expiró el 14 de julio de 1610, día de San Buenaventura, doctor de la Iglesia, a cuyo patrocinio desde hacía mucho tiempo se había acogido. Su deceso fue en el Convento del Santísimo Nombre de Jesús de Lima. El alma santísima de Francisco Solano voló al cielo; sus venerables despojos, antes renegridos por los trabajos y la penitencia, se tornaron blancos y hermosos, respirando suavísimo olor. Concurrieron a venerarle los pueblos, disputándose entre sí cortarle pedazos del hábito para conservar como una reliquia. Los pueblos viéronse obligados en seguida a pregonar las virtudes y milagros de Solano, los cuales aprobados por esta Santa Sede, fue solemnemente beatificado por Nuestro predecesor el Papa Clemente X, el día 25 de enero de 1675 (Nono Kalendas Februari).

Después, empero, vistos y examinados en nuestra presencia por nuestros Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, y en reunión plenaria de patriarcas, arzobispos y obispos, y expuestos en Nuestra presencia por los Notarios Apostólicos de la Santa Sede, habiendo precedido las súplicas y ruegos de los Reyes y Príncipes cristianos, como de toda la Orden de los Frailes Menores, para que inscribiésemos al bienaventurado *Francisco Solano* en el Cánón de los Santos Confesores no Pontífices; después de haber señalado día solemne para realizar obra de tal magni-

tud y solicitado el auxilio de Dios Omnipotente, mediante oraciones, ayunos y limosnas; y finalmente cumplidas con toda diligencia las disposiciones que por Constituciones de los Romanos Pontífices Nuestros predecesores y de la Santa Madre Iglesia, deben, previamente, preceder; en este día consagrado a Dios en honor de San Juan, apóstol y evangelista, en unión de nuestros venerables Hermanos, los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, de arzobispos y obispos, con asistencia del clero y pueblo, suplicando todos a Dios en la Basílica del Príncipe de los Apóstoles, adonde concurrimos, y repetidas las súplicas por tres veces por Nuestro Venerable Hermano Lorenzo, llamado Obispo Cardenal Tusculano Corsino, de la Santa Romana Iglesia, para que se inscriba en el Cánón de los Santos Confesores al Varón de Dios *Francisco Solano*; después de recitadas las santas oraciones e invocada humildemente la gracia del Espíritu Santo, a honra y gloria de la Santa e Individua Trinidad, exaltación de la santa Fe Católica e incremento del nombre cristiano, con autoridad de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, de la Nuestra, con el unánime consejo y aprobación de Nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, Patriarcas, Arzobispos y Obispos, que con Nos plenariamente han concurrido y se hallan presentes en la Basílica Vaticana, al bienaventurado *Francisco Solano*, hispano, de la Orden de Religiosos Menores llamados de la Observancia, de cuya excelente santidad, ardiente fe y demás virtudes y milagros plenamente constaba y consta, en compañía de los bienaventurados varones Confesores no Pontífices,

Peregrino Lascioso a Forolivio, de la Orden de los Hermanos Siervos de la Bienaventurada Virgen María, y Juan de la Cruz, de los Frailes Descalzos de la Orden de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo; declaramos ser Santo y, decretamos y ordenamos que sea escrito en el Cánón de los Confesores no Pontífices, en cuanto por el temor de las presentes lo determinamos, definimos, decretamos y ordenamos que, como a verdadero *Santo*, le honren y veneren todos los fieles de Cristo, estableciendo que en toda la Iglesia se puedan erigir en su honor templos y altares en que se ofrezca a Dios el incruento sacrificio de la misa; y todos los años, el día 14 de julio, en que voló su alma a la patria celestial, se pueda celebrar su natalicio con rito solemne del Confesor no Pontífice.

Además, con la misma autoridad concedemos a todos los fieles cristianos que, contritos y confesados, en el mismo día solemne de su natalicio concurriesen cada año a venerar las sagradas reliquias del bienaventurado *Francisco Solano*, un año y cuarentena de indulgencias; y a los que en la octava de la misma festividad realizaren tales obras, les concedemos misericordiosamente en el Señor, indulgencia de cuarenta días de perdón de las penitencias, de cualquier modo impuestas por sus culpas.

Por último, rendidas gracias a Dios de que se haya dignado ilustrar a su Iglesia con este tan insigne y nuevo Luminar, cantada la solemne oración en honor de los Santos *Francisco Solano*, Peregrino Lascioso y Juan de la Cruz, en el altar mayor sobre la Confesión del Príncipe de los Apóstoles, celebramos el santo

sacrificio de la Misa, con conmemoración del mismo Santo y de los demás expresados, concediendo a todos los fieles cristianos allí presentes *indulgencia plenaria* de todos sus pecados.

Es muy justo que, por tan peculiar y extraordinario beneficio que nos ha sido concedido, bendigamos y glorifiquemos a Dios, Padre y Autor de todos los bienes, a Quien sean dados honor y gloria por todos los siglos, rogándole con continuas súplicas, que por la intercesión de su esclarecido Siervo *San Francisco Solano*, aparte su indignación de nuestros pecados, nos muestre la benignidad de su misericordia, y haga sentir su santo temor sobre los pueblos que no le conocen, para que se convenzan que no hay otro Dios sino el nuestro.

Por lo demás, por cuanto sería difícil hacer llegar estas Nuestras Letras a cada uno de los lugares donde fuere necesario, es Nuestra voluntad que a sus impresos y traslados, firmados por algún Notario público, y munidos con el sello de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica, en todas partes se les preste la misma fe que se les daría a las presentes, si fuesen exhibidas y presentadas.

A ningún hombre, en manera alguna, le sea lícito quebrantar esta página de Nuestra definición, escrito y relación de Nuestro mandato, establecido u ordenado; mas, si alguno presumiere temerariamente oponerse a él, sepa que incurrirá en la indignación de Dios Todopoderoso y de sus bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en el año de la Encarnación del Señor de 1726, en el día del 27 de diciembre. Año Tercero de Nuestro Pontificado”.

“Yo, Benedicto, Obispo de la Iglesia Universal”¹².

BIBLIOGRAFIA

CORDOVA, Diego de, Fr. Relación de la Causa de la Beatificación, y Canonización del Venerable Padre Fray Francisco Solano de la Orden de N.P.S. Francisco de la Regular Observancia, y el estado, que al presente tiene en la Curia Romana / Por el P. Fr. Diego de Córdoba, Cronista de su Religión en el Perú. S. 1., s.n., 16 ? 8 p.
Biblioteca: NFG.

DUSSEL, Enrique. Francisco Solano (1549-1610): pionero de la misión desde el Perú a Argentina. *En*: Testigos de la fe en América Latina..., p. 56-60. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

FRANCISCO Solano. *En*: Galmés, Lorenzo..., p. 99. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

HIRAL, Angel, O.F.M. Vida de San Francisco Solano: apóstol de América del Sur (1549-1610) / Angel Hiral, O.F.M.; traducción de Fernando Vetterlein, C.S.S.R. Buenos Aires: Editorial Difusión, 1945. 231, 6 p.: il (retrs.)
Biblioteca Los Grandes Ejemplos; 51.
Biblioteca: SPS.

IZAGUIRRE, Bernardino, Fray O.F.M. Historia de San Francisco Solano / por el Padre Fray Bernardino Izaguirre O.F.M. Lector General de la Orden en Sagrada Teología. Tournaï (Bélgica): Sociedad de San Juan Evangelista, 1908. 466 p. il. Biblioteca: NSM.

NOVENA del gloriosísimo San Francisco Solano: Patrono y Protector de Lima y de los Mares del Sur. Lima: Imprenta del Universo, de C. Prince, 1885. 24 p.
Biblioteca: NSM.

RECIO, A. Ensayo bibliográfico sobre San Francisco Solano. *Archivo Ibero-Americano*. 29 (9): 473-532, 1949. Cita bibl. de: Aldea Vaquero, Quintán..., v. 4: p. 2498. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

RODRIGUEZ Guillén, Pedro, Fr. El sol y año feliz del Perú San Francisco Solano, apóstol y patrón universal de dicho

¹² Tomado de: Fray Antonio Santa Clara Córdoba, O.F.M., Buenos Aires, Ed. Pobiet, 1949, pp. 382-390.

Reyno: hijo de la ilustre, y santa Provincia de los doce apóstoles / de que hace relación en esta Regia Corte de Madrid el Reverendo Padre Fr. Pedro Rodríguez Guillén, lector jubilado del Número, Ex-Secretario de la sobredicha Provincia, y actual Custodio de ella, convocado al Capítulo General: y consagra a la Catholica, Sacra, y Real Magestad del Rey Nuestro Señor Don Felipe Quinto, que Dios guarde, y prospere. Madrid: En la Imprenta de la Causa de la V.M. de Agreda, año de 1735. 46, 396 p.: il (retr.).
Biblioteca: NFG.

SANCHEZ de Feria y Morales, Bartholomé. Compendio de la vida, virtudes y milagros del apóstol del Perú San Francisco Solano, del Sagrado Orden de San Francisco, y Patrono de la Ciudad de Montilla: con notas, y reflexiones críticas, sobre los principales sucesos de la Historia / Escriviola el Doct. Don Bartholomé Sánchez de Feria y Morales, Colegial Theologo, que fue en el de San Pelagio de Córdoba... y Familiar del Santo Oficio de la Inquisición de Córdoba. Madrid: Imprenta de Miguel Escrivano, 1762. 24, 244 p.
Biblioteca: NSM.

SANTA CLARA Córdoba, Antonio, Fr. O.F.M. El apóstol misionero San Francisco Solano / por Fray Antonio Santa Clara Córdoba, O.F.M., cronista de la Provincia Franciscana del Rfo de la Plata. Buenos Aires: Editorial Poblet. 1949. 476 p.: il (retrs.).
Biblioteca: SPS.

VARGAS Ugarte, Rubén, S.I. San Francisco Solano. En: Año Cristiano..., v. 3: p. 113-120. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

San Luis Beltrán

(1526-1581)

Beatificación: 18-VII-1608

Canonización: 12-IV-1671

Día de celebración: 9-X

El año pasado, la iglesia colombiana celebraba los 400 años del nacimiento de San Pedro Claver. Este año, los 400 de la muerte de San Luis Beltrán. De este modo se realiza en la iglesia militante aquella misteriosa comunión de los santos que, a distancia de siglos y de situaciones culturales e históricas, anuda la vida de la Iglesia como una formidable y mística unidad prolongadora de la acción del Señor. Ambos pertenecen a la España católica del siglo XVI, a la patria espiritual de la gran reforma católica. A los dos anima un mismo impulso misionero, a los dos estimula constantemente el amor de Cristo y la pasión por el valor del hombre. Cuando San Luis Beltrán moría en su patria valenciana, Claver apenas tenía un año de edad. Los dos, en su juventud, se habían familiarizado con el azul Mediterráneo; los dos, durante muchos años, habían de contemplar la majestad del Caribe. San Luis

Beltrán había de enfrentarse a los encomenderos, San Pedro Claver a los negreros. El uno tendría que mear extrañas lenguas indígenas, el otro extraños idiomas africanos. Los biógrafos de Beltrán y de Claver anotan su austeridad de vida, su temperamento propenso a cierta melancolía, como encerrados en un silencio espiritual incapaz de prorrumper en gritos de entusiasmo: Beltrán y Claver condividían un mismo sentimiento de pesadumbre porque eran testigos de los atrevimientos de la crueldad humana que bloqueaba todo esfuerzo evangélico. Ambos, igualmente, poseían un sentimiento análogo de optimismo frente a las pobres creaturas de Dios, indios y negros, atropellados y despreciados por el orgullo y la crueldad, cuyas disposiciones espirituales para el evangelio solamente eran capaces de intuir los grandes santos, los excelentes misioneros y los buenos cristianos. Porque también buenos españoles vinieron a las Indias.

En Valencia, antigua capital de un reino fértil y marítimo, nació San Luis Beltrán el 1 de enero de 1526. España vivía un momento sensacional de su historia: se consolidaba su prestigio y su realidad de primera potencia internacional. Unificada desde hacía 40 años, "tierra de cantos y de santos", ahora se volcaba en una de las más épicas aventuras de la historia humana, atrevidas empresas militares, surgían inhumanas demostraciones de crueldad; con la arbitrariedad sin límites, aparecía la majestad del derecho impuesto por la corona; con la rapiña y el libertinaje, entraban también la organización y la ley.

La Iglesia española no podía estar mejor preparada en ese momento, como la afirmará más tarde San Carlos Borromeo, para la desconcertante tarea evangelizadora. Sus teólogos y sus santos darán la pauta en el Concilio de Trento; sus obispos se entregarán con pasión a la reforma de la península, sus misioneros llevarán el nombre de Cristo a oriente y a occidente.

Cuando San Luis Beltrán nacía, cumplía precisamente 20 años San Francisco Javier y 8 Santa Teresa de Jesús; el padre Las Casas meditaba encerrado en un convento de Las Antillas sobre el tremendo caso de conciencia que significaba para los españoles la empresa de Indias; el padre Francisco de Vitoria maduraba sus reflexiones que 10 años más tarde conmovían a toda España y Rodrigo de Bastidas se preparaba a fundar una ciudad que más tarde constituiría también campo de apostolado del santo valenciano.

Los padres de Luis se llamaban Juan Luis Beltrán y Juan Angela Exarch. El ambiente familiar era de profunda piedad. Coincidentalmente, el niño fue bautizado en la parroquia de San Esteban, donde había sido también bautizado el taumaturgo y predicador dominico San Vicente Ferrer. En esa misma iglesia descansaría su cuerpo, hasta que las hordas comunistas la incendiaran en 1936. En la vida juvenil de Beltrán se presentan las mismas constantes que aparecen en las de otros santos de la iglesia. Los santos tienen también vocación de juglares, como San Francisco de Asís o Santa Teresa de Jesús. Por eso, a los 15 años escapó de la casa paterna y peregrinó a Santiago de Compostela, en búsqueda de luz para hacer

una opción en su vida. Un designio de singular afecto divino suele planear sobre la vida de algunos santos; se muestran extremadamente delicados y no quieren provocar sufrimientos inútiles. Por eso Luis Beltrán, antes de su ingenua fuga, dejó escrita una carta a sus padres en la que explicaba cuáles eran sus intenciones, y, por lo demás, les suplicaba que pagaran en su nombre algunas pequeñas deudas contraídas.

Otro tanto había de ocurrir con la andariega Santa Teresa de Jesús: escapó de su casa para buscar, sin saber cómo ni dónde, el martirio a manos de los moros. Los santos tienen en verdad temperamento de aventureros. El afecto paterno se interpuso en la famosa peregrinación y así algunos amigos de la familia alcanzaron al muchacho y lo trajeron de nuevo a su casa. Sólo que su padre se cuidó muy bien de convencer al prior de los dominicos de Valencia de no recibir en su convento al piadoso joven. Pero la providencia quería que fuese precisamente dominico. Era la orden que en aquellos años se batía con profetas como Las Casas, y con teólogos como Vitoria, en defensa de los derechos humanos. Hacerse dominico en aquellos tiempos equivalía o a ser teólogo insigne como Cayetano, Soto, Cano, o a ser santo misionero como el obispo Julián Garcés en México, o Pedro de Córdoba y Antonio Montesino en Las Antillas, o, un poco más tarde, humilde frailecito como San Juan Macías o el poético San Martín de Porres. La gran escuela teológica de San Esteban de Salamanca estaba allí para problematizar la conciencia de reyes, obispos, capitanes y encomenderos en el gran drama del tiempo, la conquista de América.

San Luis Beltrán, pues, resolvió hacerse dominico, aunque no gustara a sus padres. El 26 de agosto de 1544, tomó el hábito de la orden, profesó al año siguiente y en 1547 se ordenó de sacerdote. Aquí encontramos otra disposición de la divina providencia: los santos aparecen en la iglesia como constelaciones, para emplear la bella fórmula del teólogo contemporáneo Urs von Balthasar; porque lo ordenó Santo Tomás de Villanueva que debía marchar al concilio de Trento. Más aún: Beltrán fue destinado al convento de Llombay en cuya erección había tomado parte importante el duque de Gandía, San Francisco de Borja, futuro general de la recién fundada Compañía de Jesús. La iglesia española había entrado ya, con mucha anticipación a lo que tendría que hacer forzosamente la iglesia, en estado de reforma. La "reforma" era una obsesión de los más nobles espíritus eclesiásticos españoles: desde el siglo anterior, fray Hernando de Talavera, fray Diego de Deza, y en el siglo XVI, "el siglo heroico", fray Francisco de Cisneros se habían entregado con pasión a la reparación de la propia casa. Por ello, la iglesia española estaba, como la que más, preparada a defender la fe y a dilatarla. Es el siglo de San Ignacio y de San Juan de la Cruz. Todas estas circunstancias tenían que influir en el joven religioso dominico, especialmente el ejemplo apostólico del santo obispo de Valencia.

La provincia dominicana de Valencia contó igualmente para su mejor fortuna con un religioso extraordinario: fray Rafael Castells, hombre de oración y de austeridad y propugnador intrépido de la reforma de su orden en Valencia. Los reformadores auténticos

son siempre valientes y creativos. Así era la madre Teresa de Jesús, que no titubearía en entrevistarse con Felipe II para verse apoyada en su empresa de renovación espiritual. Castells tampoco dudó en acudir al mismo emperador Carlos V para sentirse secundado en sus proyectos. Pero para que una reforma sea eficaz necesita, además de los objetivos concretos, el equipo de los reformadores. Allí estaba Luis Beltrán, muy joven todavía, de sólo 23 años, para maestro de novicios. Un maestro de novicios suele imaginarse, aún en nuestros días, como grave religioso entrado en años, con la experiencia de las canas y de las tradiciones. Dios se complace, a veces, en hacer las cosas al revés. San Carlos Borromeo andaba por los veintitantos cuando ya era arzobispo de Milán. Lo que cuenta es la edad espiritual, y normalmente los santos maduran pronto. Existe también en la psicología de los santos una reacción natural contra la comodidad y el bienestar. No son masoquistas, valoran esta bella creación de Dios, pero saben que, santos y todo, también ellos, como San Pablo, *“sienten en su carne una ley de pecado que contraría a los planes de Dios”*. Por ello los santos aman la penitencia, la austeridad, la privación.

Esta disposición espiritual que se hacía efectiva en el joven religioso era una preparación de la divina providencia. Dentro de algunos años le esperaban los grandes ayunos, las hambrunas, el trópico, el calor y los mosquitos: sin saberlo, estaba templando las armas para el buen combate que daría en nuestra Nueva Granada.

Fugazmente frecuentó el célebre colegio de San Esteban de Salamanca, que todavía conservaba el recuerdo de aquel “portento de la naturaleza”, fray Francisco de Vitoria, quien con sus célebres Relecciones de Indias, había desencadenado una tormenta en la conciencia y en el pensamiento español. San Esteban era, por lo demás, un vivero de misioneros, y en Salamanca también se habían reunido inquietos frailes dominicos, así como en Valladolid, para dar su valiente dictámen al monarca acerca de lo que pensaban que se había de hacer en la evangelización auténtica de las infinitas gentes del nuevo mundo.

Un día, sonó la hora del llamamiento de Dios al campo inmediato del apostolado. Conoció en Valencia a un indio disfrazado de fraile y con documentos falsos. Indios habían venido a España con Colón y con los conquistadores de regreso. Se los veía en la corte del emperador y causaban admiración y curiosidad en las ciudades por donde transitaba la casa imperial. Para San Luis Beltrán, aquel indio equivalió a lo que el macedonio que apareció en sueños a San Pablo: *“Pasa a Macedonia y ayúdanos”*. La vocación misionera había florecido. Una incontenible ansia misionera brotó en su espíritu, que en los grandes corazones católicos iba acompañada del deseo del martirio. Cuántos santos frailes franciscanos, dominicos, agustinos, mercedarios, estaban desembarcando en el nuevo mundo para conseguir la gloria del martirio. Era el preludio de la edad barroca, era la respuesta católica de la Iglesia a la visión negativa y pesimista de Lutero o de Calvino.

Pasar a las Indias era aventura, no turismo. Muchas veces equivalía al viaje sin retorno. Muchos nunca llegaron a su destino; entre los misioneros jesuitas que partieron, algo más tarde que Beltrán, al Brasil, 40 perecieron cerca de las Canarias, asesinados por los calvinistas. Otra barcada de frailes dominicos, 12 por lo menos, se habían extraviado en las costas de La Florida y habían desaparecido para siempre. Allí mismo un grupo de franciscanos había sido asaeteado por los indios antes de desembarcar. Un poco glacialmente, el misionero jesuita padre Acosta prevenía a los entusiastas candidatos al martirio, que no se hiciesen demasiadas ilusiones, porque los indios de América estaban muy lejos de pensar en sacrificar víctimas a la divinidad y sólo apetecían carne blanca y el trofeo de una cabellera rubia.

Pero estas eran consideraciones sociológicas. Había que pasar al nuevo mundo y allí dejar alma y vida por Dios.

1562. San Luis Beltrán partió de Valencia, a pie, sin dinero, con un hatillo a las espaldas hacia Sevilla. Sevilla era el puerto de embarque. La salida de los misioneros era toda una liturgia. Juntábanse los divinos aventureros en la catedral, y, oída la misa, desfilaron por la ciudad hacia el puerto. Todos cantaban las letanías de los santos. Cuántos de entre ellos un día verían sus nombres insertos en la misma letanía. La multitud católica se agolpaba en las calles para despedirlos. Lloraban y cantaban, a veces aplaudían, contemplando el cortejo, no de aventureros o capitanes, sino de heraldos del evangelio. Al subir a la nave, se pronunciaba un sermón: se encarecía el gran beneficio que recibían de Dios Nuestro Señor por haberlos

escogido para tan sublime tarea. Partía el barco. Y luego venía la travesía, incierta, peligrosa. Podían ser las tempestades, o, peor aún, los piratas ingleses que odiaban a muerte a los religiosos españoles. “*Es el barco una prisión muy estrecha, y por meses todo es vómito y piojos*”, escribía años antes el primer obispo de México y gran misionero, el franciscano fray Juan de Zumárraga.

La travesía fue bonancible. Llegó Beltrán a Cartagena para encontrar, no la ciudad actual de turismo, con sus liviandades de noviembre y sus hoteles de recreo y sus playas de veraneo. Era entonces un conglomerado de pobres chozas pajizas, con una catedral de adobe. El convento dominico, de tapia, bahareque y paja, albergaba a 30 frailes. Los encontró entusiastas y fervorosos, como convenía a hombres de frontera dispuestos a jugarse la vida en cualquier expedición entre los indios. Y así empezó a ser misionero de la Nueva Granada. Siete años recorrer “selvas asperísimas con osos, tigres y grandes culebras”. Tendría que habérselas con indios bravos y con encomenderos inmisericordes. Tendría que anunciar el evangelio a tribus salvajes y embravecidas por la provocación de los españoles que continuamente los hostilizaban. Tendría que hablar... ¿valenciano?, ¿español?, ¿latín? Dios sabe cómo se hacía entender. Varias veces atravesó el imponente Magdalena, transitó por los bordes peligrosos de la Ciénaga de Zapatosa, trasnochó en media selva mientras rugían las borrascas. Es entonces cuando en torno de su vida se teje la bella leyenda maravillosa que suele acompañar la existencia incomparable de los Santos. A él le entendían los

indios, cada cual en su lengua; frente a él hufan o se amansaban los tigres; él pasaba los ríos caminando sobre sus aguas. Se le atribuyeron resurrecciones de muertos y luchas con el demonio. Dejemos estar la leyenda como leyenda: ciertamente ella traduce el estupor de españoles y de indios frente a aquella personalidad extraordinaria. Lo que sí está fuera de duda es que dos veces escapó a los efectos del veneno. Indios y españoles, cada quien por razones diversas, quisieron suprimirlo. El santo no murió, pero los efectos de las pócimas letales se dejaron sentir: perdió gran parte del cabello y se atrofiaron sus uñas. Tubará, Tenerife, Santa Marta, Valledupar, Rioacha lo vieron pasar y repasar, siempre ansioso, siempre indomable, siempre resuelto: era misionero del evangelio, y el misionero no se concede reposo.

La lucha con los encomenderos tenía que presentarse necesariamente. Vio con sus ojos lo que ya había escuchado en España. Cierta día, el encomendero sacó a palos a los indios de la pobre iglesia en donde el fraile humilde les enseñaba el destino de todo hombre: ser y llamarse hijos de Dios. El único comentario del santo, así en esta ocasión, como cuando en Varanao contempló la crueldad de los encomenderos: “*Dios librará a esos miserables indios de una grande calamidad, porque en breve tiempo morirá uno de sus perseguidores*”. La calamidad llegó, en efecto, a los pocos días. Su hermano en religión, Bartolomé de Las Casas, los había llamado “*satánicos, malditos, infernales, mahométicos encomenderos*”. Por eso, en cierta ocasión, almorzando con ellos, y echándoles en cara su extremada crueldad, se cuenta que, no pudien-

do sufrir más tanta obcecación, se puso en pie, tomó una torta de maíz que le habían servido y apretándola fuertemente, la hizo chorrear sangre. “*Esta es la sangre, dijo, que vosotros coméis y chupáis de esos miserables indios*”. Leyenda o realidad, retrata la actitud intransigente y profética de muchos misioneros. Desde España, el padre Las Casas le escribía que se cuidase de absolver a esos tiranos. La situación va a constituir un caso de conciencia para su alma.

La literatura misional de aquellos tiempos, así como la legislación de los concilios indianos, supone y exige en el misionero una castidad inmaculada. Es el carisma sobrehumano que asombra a los indios e infunde respeto en los conquistadores. Indios y encomenderos trataron de vengarse de San Luis Beltrán poniéndolo en la ocasión a través de indias hermosas y atrevidas. Dios vela por los suyos y Beltrán resplandeció aún más por su virtud. En otra ocasión lo calumniaron diciendo que un mesticito que jugaba por ahí era su hijo. Rogáronle sus buenos amigos que se defendiese y el santo se limitó a dejar tiempo al tiempo. La calumnia fue descubierta. Amó a sus indios con todo el corazón. Había oído que “*algunas naciones caribes se comían vivos a los predicadores*”, y aunque el martirio no llegaba, Beltrán lo suplía con una vida de increíble austeridad. Nubarrones de mosquitos se abatían sobre su carne como diminutos vampiros; no se tomaba el trabajo de espantarlos.

Su fama se conservaba y se había acrecentado en España. También en la Nueva Granada. Al siglo siguiente, el célebre escritor y obispo de Santa Marta,

Lucas Fernández de Piedrahíta, escribía que la costa, y sobre todo Santa Marta, Tenerife, Cartagena, estaban impregnadas de su recuerdo. El primer presidente de la audiencia de Santa Fe, Venero de Leiva, obtuvo que se le nombrara prior del convento capitalino. Se le ordenó venir: *“Yo no vine a las Indias a ser prior —fue su comentario— y estimo más la conversión de un indio que cuantos honores y puestos tiene la iglesia de Dios”*. Pero hubo de embarcarse para Santa Fe. Dejaba evangelizados y bautizados a más de 15.000 indios. Subiendo río arriba, después de Mompox, le alcanzó una carta: era orden superior que le mandaba regresar a España.

Resulta un poco enigmática esta decisión. El padre Mesanza, en su comentario a la Historia del padre Zamora escribe que tal decisión no nació de él. Es cierto que su conciencia estaba profundamente perturbada frente al caso de los encomenderos y que el padre Las Casas, verosímilmente, había contribuido a problematizarlo. Pero también la necesidad de tener en la provincia de Valencia a un santo, movió al general de la orden a reclamar de nuevo su presencia. En 1569, regresó a su patria valenciana. Murió en brazos de otro santo y arzobispo de la ciudad, San Juan de Ribera.

El alma mística de San Luis Beltrán conoció horas de oscuridad y noche interior. Propendía un poco a la dureza consigo y con los demás. Lo mismo se cuenta de San Pedro Claver. Dios modela a sus santos como quiere. A él, como a Santa Bernardita Soubirous (to-

dos los santos tan gemelos espiritualmente), no les estaba prometido el reposo en esta vida. Cuenta San Luis Beltrán que en cierta ocasión una voz interior le había dicho: *“Vive aún en la tiniebla, ya llegará el tiempo en que se te dé contemplar una gran luz”*. Maestro insigne de vida espiritual, fue consultado por Santa Teresa de Jesús en sus planes de reforma. Los dos grandes santos murieron con pocos días de diferencia. Era *“de gran cuerpo, rostro flaco y largo, las mejillas levantadas, la nariz afilada y corva”*, nos dice uno de sus biógrafos. Su retrato se encuentra en Santa María Sopra Minerva de Roma, donde descansa también la grande mística y doctora dominicana, Catalina de Siena; hay otro retrato en Nápoles, y es bello el que dejó Zurbarán, conservado en el museo provincial de Sevilla: sostiene en la mano izquierda una cazuela de la que sale una serpiente venenosa, mientras él con la derecha traza la señal de la cruz. En el convento de Santo Domingo de Bogotá se conserva un espléndido cuadro de Gregorio Vásquez Ceballos que evoca la leyenda del ataque de un noble español, cuyo arcabuz se convierte en crucifijo en el momento de agredir al impávido fraile.

En 1690 fue declarado patrono de este Nuevo Reino de Granada. Sigue y siga siendo el gran patrono de la iglesia y de la patria colombiana¹³.

13. Eduardo Cárdenas en: Emil L. Stehle, *Testigos de la fe en América Latina*, Estella, Verbo Divino, 1982, pp. 35-42).

CON LA ORACION CONSIGUIO TODO

Seleccionamos unos trozos de la bula de canonización haciendo eco al aprecio que se le brindó al santo en el año 1671:

“Llegó al puerto de Cartagena (de Indias) y allí habitó en el convento de San José de su Orden, desde donde enviado a diferentes pueblos predicó el Evangelio a los habitantes de Tubara, Cipacoa, Pelvato, Mompox, Sierra de Santa Marta, Tuncara, Tenerife y otros, obrando en ellos muchas maravillas.

Con la oración consiguió de Dios que, predicando en su lengua nativa, le entendiesen los indios. Padeció en este apostólico ministerio hambre, sed, fríos, calores, caminando siempre a pie, aunque muchas veces enfermo. Fue a menudo observado en los viajes que, retirándose del camino, se disciplinaba. Muchas veces se encontraba con tigres y otras fieras, las cuales, amansadas por él con la señal de la cruz, no hacían daño. Predicando la Cuaresma en Cartagena, ablandaba los corazones más duros y no dejaba a los oyentes hasta que estuviesen compungidos y llorando amargamente. Sus palabras no olían a espíritu de hombre, sino de ángel. Llenábanle por esto de oprobios y contumelios los carnales, y alegrábase él de padecer tales cosas por el nombre de Jesús.

Enviado a Tubará para enseñar a aquellas gentes el conocimiento de Dios y bautizarlas, con oraciones, ayunos, disciplinas y otras mortificaciones consiguió de Dios para todos aquellos infieles la gracia de la

conversión. Descubrió allí a un demonio que con hábito mentido le disuadía de estos trabajos, y le compelió a irse dando aullidos. Procuró que se quemasen los oratorios de los ídolos. Reprendió con severidad a cierto adúltero, aunque poderoso y embestido por él furiosamente con armas, cayó en tierra la saeta sin tocarle. A un sacerdote viejo de los ídolos, que había convertido y se hallaba cercano a la muerte, con la señal de la cruz le libró de las acometidas de los demonios. Supo que había naufragado uno, llamado Rafael Francés, al cual después de haber nadado un día y dos noches implorando el patrocinio de la Virgen del Rosario, le recibió salvo en la playa, donde le esperaba con los socorros de alimento y vestido.

Viéronle los indios elevado de tierra en éxtasis, por lo cual fue muy venerado y amargamente llorado cuando se fue. Su habitación fue convertida en oratorio, al cual concurren indios y españoles, y a su intercesión se atribuye la conservación de aquellas gentes en la fe.

Cosas semejantes hizo en Cipacoa y Pelvato; con la oración consiguió las deseadas lluvias; pasó como quiso el río Conoga, intransitable por los torrentes, haciendo sobre él la señal de la cruz; y lloviendo a su alrededor e invocando a la Beatísima Virgen del Rosario, no le tocaban las aguas ni a él ni a sus compañeros. Bautizó en la falda del monte de Santa Marta cerca de quince mil indios. No lejos de allí bebió un eficazísimo veneno que le dio un sacerdote de los ídolos y después de cinco días lo vomitó arrojando pequeñas serpientes, con espanto de los circunstantes.

Con la señal de la cruz ahuyentaba a los demonios que se aparecían visibles a aquellas gentes. En Mompox fueron vistos los santos doctores Ambrosio y Tomás de Aquino que le acompañaban. En la isla de Santo Tomás, viniendo furiosos a matarle los gentiles, los esperó y con la eficacia de la divina palabra los amansó y convirtió a doscientos. Abrazando el tronco de un árbol, maravillosamente imprimió en la corteza una hermosa figura de la cruz, y con este prodigio convirtió a uno de los principales de la tierra y a otros muchos”¹⁴.

14. Tomado de Fr. Paulino Alvarez, Santos Bienaventurados, Venerables de la Orden de los Predicadores, Vergara 1920, Vol. I, pp. 669-670).

BIBLIOGRAFIA

CARDENAS, Eduardo. San Luis Beltrán (1526-1582): el eco de la predicación de un santo en nuestras tierras. *En*: Testigos de la fe en América Latina..., p. 35-42. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

FAURE, Jean-André, O.P. Vie de Saint Louis Bertrand: religieux de l'Ordre des Frères Prêcheurs, Beatifié par Paul V le 29 Juillet 1608 et canonisé par N.S.P. le Pape Clément X le 12 Avril 1671 / par le R.P. Jean-André Fauré, Provincial de la Province Toulousaine du même Ordre. Nouvelle édition. Paris: Sagnier et Bray, Libraires, 1852. (Typographie Ve Dieulafoy, 1852). XVI, 296 p.: (retr.).
Biblioteca: OP.

GALDUF Blasco, Vicente, O.P. San Luis Beltrán, O.P. *En*: Año Cristiano..., v. 4: p. 63-67. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

San LUIS Beltran. *En*: Amado, Manuel, Fr. O.P., p. 107-108. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

San LUIS Beltrán, Apóstol de las Indias. *En*: Alvarez, Paulino, Fr. O.P., v. 1: p. 659-682. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

VIDA y martirio del Beato Luis Beltrán. *En*: Morán, José María, Fr. O.P., p. 121-127. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

Beato José de Anchieta

(1534 – 1597)

Beatificación: 22-VII-1980

Una de las principales autopistas del Brasil es la “Vía Anchieta”, que desciende desde Sao Paulo hacia el puerto de Santos. Anchieta da en Brasil nombre a calles, plazas, escuelas y ciudades. Anchieta es sobre todo la figura religiosa más destacada en la historia de Brasil, así como una significativa personalidad en la formación cívica de nuestra nación. Anchieta, a quien siglos enteros han venerado como taumaturgo, a quien se han atribuido hechos notables y milagrosos, es en el panteón de quienes se distinguieron por sus virtudes reconocidas por la iglesia el *venerable padre José de Anchieta*. No es, por tanto, un santo canonizado. Su beatificación es una gran esperanza que tiene mucha gente en el Brasil.

José de Anchieta es un hombre del siglo XVI. En él confluyen varias características de esta época que tan profundos rasgos marcó en la civilización occidental.

Anchieta nació el 19 de marzo de 1534 en San Cristóbal de la Laguna, principal ciudad de la isla de Tenerife, una de las Canarias. Este archipiélago se encuentra en el océano Atlántico, frente a la costa africana y no lejos de ella, a la altura de lo que hoy es Marruecos. Su padre, Juan López de Anchieta, era natural del país vasco español. Su madre, Mencía Díaz de Clavijo y Llarena, nacida en la isla, era de ascendientes castellanos y nuevos cristianos. Así, pues, Anchieta, de origen español, se convertirá luego en un hombre significativo para la iglesia de Portugal y ejercerá sus funciones en Brasil, hasta el punto de ser considerado como una personalidad indisociable de la formación histórica de este país del "nuevo mundo". En su persona, Anchieta reúne la presencia de las dos naciones ibéricas que dominan gran parte de los hechos históricos del siglo XVI en occidente, Portugal y España, y uno de los jóvenes países que surge en las Américas como resultado de las aventuras del descubrimiento al que se lanzaron España y Portugal en aquella época.

El renacimiento, que floreció sobre todo en Italia, señaló también su presencia en Portugal. Como París en Francia y Salamanca en España, Coimbra fue en Portugal el catalizador de la cultura humanística que señala el renacimiento en Europa. En 1548, el rey de Portugal, don Juan III, reorganizó el colegio de artes en la universidad de Coimbra, convocando a los humanistas de los diversos puntos de Europa.

José de Anchieta entra por entonces en su adolescencia. De acuerdo con la tradición de tantas familias de aquel tiempo, sus talentos manifiestos de inteligencia y de virtud lo convierten, entre sus once hermanos, en el candidato natural para la vida de estudios. En compañía de su hermano mayor, que ha de estudiar derecho eclesiástico en Coimbra, Anchieta parte para la península para seguir el curso de letras.

El año del nacimiento de Anchieta, 1534, es también el año en que madura la organización de un primer núcleo de hombres atraídos por Ignacio de Loyola y sus compañeros en la universidad de París. En la fiesta de la asunción, 15 de agosto, pronuncian en Montmartre los votos religiosos y de consagración al servicio de Dios y de la Iglesia. En 1540, el Papa Paulo III aprueba la Compañía de Jesús como orden religiosa. Cuando Anchieta llega a Coimbra en 1548, habría crecido el grupo inicial de Ignacio y había emprendido una presencia activa en diversos países de Europa, pero fue sobre todo su misión evangelizadora en las regiones recién descubiertas por las carabelas ibéricas lo que convirtió a los jesuitas en fuente de inspiración y de llamada para la juventud más generosa de la época.

Al acabar el curso de humanidades en 1551 en Coimbra, Anchieta entra en la Compañía de Jesús, a la que había conocido a través de los estudiantes jesuitas, sus amigos y condiscípulos. La provincia de los jesuitas en Portugal, a la que se afiliaba, fue la primera

provincia de la orden, constituida por el mismo fundador San Ignacio de Loyola hacía sólo 5 años.

Mientras que los jesuitas españoles se repartían por diversos puntos de América Latina, los jesuitas portugueses concentraban su acción en Brasil, en la India, especialmente en Goa, y en el Extremo Oriente, a partir de Macao. Ya en 1549, cuando Portugal envió a Brasil a su primer gobernador general, llegaron con él algunos jesuitas. A través de sucesivas expediciones, la misión jesuita del Brasil vio aumentar sus contingentes. Los jesuitas desempeñarían un papel tan importante en los dos primeros siglos de colonización (1550 a 1750), que uno de los grandes historiadores brasileños, Capistrano de Abreu, decía que era imposible escribir la historia del Brasil en este período sin conocer antes en la misma época la historia de la Compañía de Jesús en este país. Así, pues, es en este marco donde hemos de situar la figura de Anchieta para comprender su alcance y su significado.

Se perciben dos focos de tensión en la acción misionera de la iglesia en general y de los jesuitas en particular durante los dos siglos que siguieron al descubrimiento de nuevas tierras y poblaciones por los cristianos del occidente europeo, en la segunda mitad del siglo XVI.

El primero es la confrontación de las culturas y su repercusión en el proceso de evangelización. La iglesia de hoy, sobre todo después de la *Fidei donum*

(1957) de Pío XII y principalmente tras el decreto *Ad gentes* del Concilio Vaticano II, se ha vuelto sensible al problema. Pero no ocurría lo mismo con la cristiandad mediterránea del renacimiento. La conciencia de su hegemonía cultural, tan difundida en los centros occidentales de decisión, iba unida a la certeza de la necesaria hegemonía católica, sobre todo de un cristianismo con el ropaje exclusivo de su expresión occidental y particularmente latina.

Pronto se vieron desautorizados los esfuerzos pioneros de algunos grandes misioneros como Ricci, de Nobili, San Juan de Brito y de otros que intentaron la evangelización de China y de la India a partir de sus propios valores culturales y dentro de sus respectivas tradiciones. De esta forma, el sello universal que caracterizó a la semilla evangélica lanzada por Jesucristo se perdió en los límites estrechos de un enfoque exclusivamente occidental.

De este foco de tensión eran más conscientes los misioneros que tenían que enfrentarse con las grandes culturas milenarias, apoyadas en la estructura no menos milenaria de sociedades tradicionales políticamente organizadas como la India, China y el Japón. Pero fue prácticamente inexistente la conciencia de esta tensión en los misioneros que vinieron a América. Aquí se encontraron con sociedades tradicionales de cuño tribal, diseminadas como unidades de población casi autónomas a lo largo de extensos territorios (indios) o, en algunos casos muy contados, con socie-

dades arcaicas de alto nivel de organización, pero de fecha relativamente reciente e incapaces de enfrentarse con la fuerza de la potencia colonizadora. Así, las expediciones colonizadoras, especialmente españolas, basadas en la conciencia hegemónica al mismo tiempo cultural y religiosa, motivaron la extinción de las civilizaciones azteca (México) e incaica (Perú), que preexistían a la llegada de los españoles. En Brasil, los colonizadores portugueses no se encontraron con un fenómeno análogo; no había aquí civilizaciones sedimentadas como las de los aztecas o los incas; predominaban los núcleos tribales de indígenas, ricos en expresión simbólica en sus rasgos culturales, pero poco significativos en su fragmentada estructura de organización política para constituir un problema de poder a los ojos del colonizador.

Por otra parte, se manifestó en el Brasil, más allá del primer foco de tensión que acabamos de mencionar, otro foco de conflicto: el mismo derecho a sobrevivir, el reconocimiento y el respeto de las poblaciones indígenas. Este problema procede de los tiempos de la colonia, pero se extiende a toda la historia del Brasil. Asoma incluso en la actualidad, con mucha más fuerza, cuando el proceso de modernización del país, que abre caminos y ocupa industrialmente las tierras por donde viven las poblaciones indígenas, constituye para ellas una tremenda amenaza en su propia vida y en su cultura.

Estos dos focos nos ayudarán a situar y a comprender la persona y las realizaciones de Anchieta, dentro del marco más amplio de la misión de los jesuitas en el Brasil.

Anchieta llegó al Brasil, celebrado entonces en las cartas de los jesuitas por su excelente clima, debido a la salud bastante débil que había manifestado durante los primeros años de su noviciado en Portugal. Aquí Anchieta mejoró y vivió 44 años de su vida en una actividad extraordinaria y heroica.

Sin los recursos modernos de la lingüística y de la antropología, estudió a fondo la principal familia de las tribus indígenas, los tupi, y escribió sus primeras obras insignes: *la Gramática de lingoa mais usada na costa do Brasil*, *el primer Vocabulário (Diccionario)*, los *Diálogos da Fé*, para hacer posible el conocimiento de los indios, la comunicación con ellos y su evangelización. Además, redactó varios opúsculos escritos todos ellos en lengua tupi.

Anchieta promovió igualmente, como instrumento pedagógico y evangelizador tanto por los indios como para los portugueses colonizadores, el teatro popular, en una fusión original de coreografía y rituales indígenas y de autos al estilo de Gil Vicente. Se conservan doce piezas suyas, mayores y menores, de las que las más célebres son *la Pregação universal*, los Autos de S. Laurencio, Guaraparim y de la Vida de *Vitória ou de S. Maurício*.

Anchieta creó y propagó la canción popular de fondo religioso, escribiendo textos de inspiración brasileña para músicas que le llegaban de Portugal. Estas canciones, redactadas en tupi y en portugués y algunas en español, se cantaban tanto en las aldeas indígenas como en las plazas y calles de las incipientes aglomeraciones rurales o en los campos y fincas del Brasil. Algunas de ellas se han propagado en el folclore nacional y las han asimilado posteriormente en parte las poblaciones africanas que llegaron un siglo más tarde. Todavía hoy se pueden oír algunas en el interior del país, sobre todo en el marco de las fiestas de Congados, Florias de Reis, etc., que tematizan religiosamente los profundos anhelos de un pueblo sencillo.

También Anchieta promovió la fundación de varias aldeas indígenas, principalmente en las regiones de Sao Paulo y Espírito Santo, a través de las cuales los nativos consiguieron ponerse al abrigo de las presiones destructivas de no pocos colonizadores. Anchieta se distinguió a lo largo de su vida como un defensor de las libertades indígenas. Su sensibilidad en este punto se traduce perfectamente en los rasgos que destaca en el carácter del tercer gobernador general del Brasil, Mem de Sá, protector de las aldeas indígenas. De gestis Mendi de Saa es el título del poema heroico que sobre él compuso Anchieta en 1560-1561. Son 3.000 versos hexámetros latinos que cantan diversos aspectos de los hechos de aquel que ha sido considerado como el mejor de los gobernadores generales.

Poco tiempo después, en 1563, cuando Anchieta era todavía estudiante y no había sido ordenado sacerdote, acompañó al padre Manuel de Nóbrega a Iperuí, más allá de los tamoios. Nóbrega, provincial entonces de los jesuitas, es otra figura que se agiganta en el horizonte histórico y religioso del Brasil, aunque no lo haya rodeado la conciencia popular de las generaciones posteriores con la misma aureola que disfrutó Anchieta. El profundo conocimiento del idioma indígena hacía de Anchieta un instrumento importante en los procesos de pacificación entre los portugueses y los indios. En Iperuí, Anchieta se quedó como rehén entre los tamoios, indios enemigos de los portugueses y confederados con los franceses que ocupan parte del litoral de Guanabara, mientras Nóbrega volvía a negociar con los portugueses. Solo y expuesto a la convivencia diaria con la tribu, en donde eran muy distintas las normas de comportamiento, Anchieta hizo voto a la Virgen María de escribir su vida en verso, si le preservaba de todas las faltas contra la castidad. De aquí surgió otro gran poema latino, los casi 3.000 dísticos *De beata Virgine Dei Matre Maria*. Los compuso mentalmente y se los aprendió de memoria caminando por los campos de Ipreuí. Una vez liberado, cuando volvió a la aldea de Sao Vicente, transcribió aquellos versos, que nos dan una idea de la calidad de su formación humanística y mucho más aún de la profundidad de su fe y de su vivencia religiosa.

Durante 10 años promovió la catequesis de los indios tupis y tapujis en la región de Sao Paulo y

Sao Vicente, comenzando la gramática y el diccionario de los *maromirins*. El fue quien envió más tarde a los primeros misioneros del Paraguay, a petición del obispo portugués de Tucumán, don Francisco de Vitoria. Al marchar, aquellos pioneros se llevaron consigo, como precioso instrumento de trabajo, los escritos tupis de Anchieta, que les servirían también en algunas partes de aquella región.

Su trato directo con los indios le abrió el camino para el conocimiento de los secretos medicinales de muchas hierbas y plantas usadas por ellos como remedio para las enfermedades. La abundante farmacopea doméstica y popular brasileña, basada en el uso de infusiones y de raíces que luego se difundió por todo el Brasil, tiene aquí sus orígenes. Anchieta unía al uso de estos recursos naturales su fuerza espiritual de intercesión, la solicitud constante por el bien de los indios, de los pobres y de los humildes. Aquello le valió rápidamente fama de taumaturgo y de santo, que se conservó fielmente en la memoria de las generaciones, sobre todo de las regiones en donde vivió.

Anchieta está ligado íntimamente a la fundación de las dos mayores metrópolis brasileñas, Sao Paulo y Río de Janeiro. El fue el primer profesor de latín en el colegio de Piratininga (1554), hoy Sao Paulo, cuya fundación aseguró en las crisis de los primeros años hasta que fue elevada a la categoría de ciudad por el gobernador Mem de Sá, en lugar de S. André de

Borda do Campo (1560). El gobierno de la ciudad de Sao Paulo devolvió a los jesuitas en 1978 los terrenos llamados "páteo deo Colégio" con su iglesia, en pleno corazón de la metrópoli, en un gesto significativo de reconocimiento de la vinculación de la orden a los orígenes de la ciudad.

En 1565, Anchieta acompañó y asistió a Estácio de Sá, sobrino del gobernador general Mem de Sá, en la fundación de Río de Janeiro, junto al promontorio del Páo de Acucar (1 de marzo de 1565).

Desde allí siguió hacia Bahía, donde completó sus estudios de teología que había comenzado en Piratininga bajo la dirección del padre Luis de Grá. Lo ordenó sacerdote don Pedro Leitáo, segundo obispo de Brasil y antiguo condiscípulo suyo en Coimbra. Al regresar a Río de Janeiro, asistió a la derrota de los franceses y de los tamoios, aliados suyos. Presenció la nueva fundación de la ciudad en el Morro do Castelo (20 enero 1567) por Mem de Sá y la muerte de Estácio de Sá

Anchieta fue luego superior de los jesuitas de Sao Paulo y Sao Vicente durante 10 años. Posteriormente, como provincial (1577), visitó muchas veces durante los 10 años de ejercicio de este cargo todas las obras, residencias y misiones de los jesuitas, desde Olinda, al nordeste del Brasil, hasta Sao Vicente, en la costa sur de Sao Paulo. Se hizo célebre su conocimiento profundo de nuestros mares de los diversos

accidentes geográficos y de los riesgos inherentes a las travesías, ciencia en la que superaba a no pocos navegantes de profesión. Por otro lado, la reciente urbanización de muchas costas del Brasil actual, especialmente en las de Sao Paulo, de Río de Janeiro y de Espírito Santo, se ha hecho en torno a los antiguos reductos de los jesuitas, que se distinguieron por el acierto en localizar los mejores sitios en razón del clima, de los vientos y otros factores naturales, entre ellos la belleza panorámica.

Si Anchieta fue, como dijimos anteriormente, un pionero de la aculturación en muchos aspectos, rindió también, sin embargo, tributo al espíritu de su tiempo, compartiendo la convicción de que la hegemonía de cultura y de religión tenía que extenderse en sus características históricas a estos nuevos pueblos, así como al número cada vez mayor de colonizadores y de sus hijos, nacidos ya estos últimos en el Brasil.

En este aspecto se distinguió también entre los colonos y los soldados como sacerdote celoso y buen predicador, conservándose todavía el texto de dos sermones suyos. En esta misma línea, según el modelo europeo de los jesuitas, se fueron configurando los colegios, con programas marcadamente humanistas. Anchieta fomentó los estudios hasta el mismo nivel superior. Transplantó a la incipiente colonia los mismos actos y ceremonias que se usaban en la universidad de Coimbra. Concedía mucho valor, como ins-

trumental pedagógico, a la danza, a la música y a la poesía.

Se distinguió por sus cartas, que constituyen otros tantos documentos muy valiosos para la historia del Brasil. Suyas son las mejores relaciones sobre la fundación y el desarrollo de Sao Paulo y de Río de Janeiro, el armisticio de Iperuí, así como la *Informacao do Brasil e de suas capitancias y la Informacao dos Colegios*.

Vivió sus 10 últimos años, en gran parte, en la capitanía del estado de Espírito Santo, como superior de la casa de Vitória o como misionero de las aldeas indígenas. Fue el tiempo más fecundo de sus autos teatrales y de sus escritos históricos, llamados *Apontamentos*, que desgraciadamente se han perdido en su mayor parte.

Murió en la aldea de Reritiba, hoy ciudad de Anchieta, en el estado de Espírito Santo, el 9 de junio de 1597. Llorado muchos días por los indios, su cuerpo fue llevado por los indígenas hasta Vitória, a muchos kilómetros de distancia. Allí se celebró un solemne funeral, en el que el administrador Simões de Pereira lo exaltó como *Apóstol del Brasil*, nombre con que se le recuerda entre los mayores evangelizadores de esta Tierra de Santa Cruz (antiguo nombre de Brasil)¹⁵.

15. Marcello de Carvalho Azevedo, SJ., en: E. Stehle, Testigos de la fe en América Latina. Estella, Ed. Verbo Divino 1982 págs 43-50.

MADRE DE DIOS MUY HERMOSA

De las múltiples obras lingüísticas, catequísticas, teatrales y poéticas del P. José de Anchieta presentamos un poema en tupí, dialécto del guaraní, con su traducción al castellano:

*Tupasý porangeté
orapáb oromanómo
oré moingobé jepé
nde membýra moñyrómo.*

*inongatuábo,
oré rarómo,
oré ánga pysyrómo.*

*Ejorí, oré resé
nde memýra mongetábo,
toroekatú taujé,
añánga rausú peábo,*

*Imomoséma,
imomoxýábo,
jangaipába momburuábo.*

*Nde porangatú rausúpa,
tekaiba oromombó,
nde resé memé orikó,
nde robá repiakatúpa,*

*nde rapekóbo,
nde su, nde súpa,
oré ybýime nde rerúpa.*

*Morausuberekosára,
oroé pabé endebó,
jori, nde porausubára
mojaojaóka orébo,*

*oré rausúpa,
oré mbopebo,
oré ánga resapébo.*

*Emojerekuáb orébo
Jesu, nde membý poránga
teikatú oré ánga
serobyá sausubetébo*

*imombeguábo,
aré arébo,
indibé nde moetébo.*

*Madre de Dios muy hermosa,
confórtanos
en nuestra muerte,
haciendo manso a tu Hijo.*

*y compasivo;
defiéndenos,
salva nuestra alma.*

*Ven, y por nosotros
ruega a tu Hijo.
para que, sin demora,
rechazando las tentaciones,*

*apartándonos del mal,
aborreciéndolo,
maldiciendo la impiedad.*

*Amando tu virtud
renunciamos al vicio
y en ti vivimos
aspirando tu mirar,*

*buscándote,
imitándote,
grabándote en el corazón.*

*¡Oh tú que eres compasiva!
suplicamos al unísono,
ven y tu favor
concédenos,*

*amándonos,
inspirándonos,
iluminando nuestro espíritu.*

*Haz para nosotros benigno
a Jesús, tu Hijo hermoso,
y que nuestra alma creyente
lo ame mucho*

*y proclame
eternamente
glorificándote con él.*

Extraído de Poesías de Anchieta-Comissao IV Centenarico-X Sao Paulo 1954. Aquí de la Revista Acción (Asunción) XXI/46 (1980), que presenta el poema en tupí con una traducción al portugués hecha por la Dra. María de Lourdes de Paula Martins, del Museu Paulista. Por primera vez ofrecemos una traducción al castellano.

BIBLIOGRAFIA

AZEVEDO, Marcello de Carvalho, S.J. José de Anchieta (1534-1597): apóstol del Brasil. *En: Testigos de la fe en América Latina ...*, p. 43-50. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).
Biblioteca: SPS.

BEATIFICACION de los Siervos de Dios: Pedro de Betancur, apóstol de Guatemala; José de Anchieta, apóstol en Brasil; Francisco de Montmorency-Laval; María de la Encarnación Guyart; Catalina Tekakwitha; Domingo 22 de junio en la Basílica Vaticana. *L'Osservatore Romano*, 12 (25): 379, 22 de junio, 1980.
Biblioteca: FT, SPS.

CARDOSO, Armando, S.I. Bibliografía Anchieta reciente. Escritos poéticos do Beato Anchieta. *Archivum Historicum Societatis Iesu*, 5 (100): 257-263, Jul.- Dec. 1981.
Biblioteca: FT, SPS.

FUENTES y de Valbuena, Patricio de, R.P. Carmelita Teresiano. El Beato Padre José de Anchieta, S.J. (1534-1597): poeta épico latino, apóstol del Brasil.

Contiene: 1a. pte. Biografía y Bibliografía anchieta. 2a pte. Antología Anchieta. *Perficit. Publicación mensual de Estudios Clásicos. Textos y Estudios*. 10 (121-127): 1-200, Enero-Julio, 1979.
Biblioteca: FT, SPS.

GOMES, Abelardo de Paula. El padre José de Anchieta en la literatura brasileña. *Acción*, 12 (46): 14-21, 1980.
Biblioteca: SELADOC, SPS.

JUAN Pablo II proclama Beatos a José de Anchieta, Pedro de Betancur, María de la Encarnación Guyart, Francisco de Montmorency-Laval y Catalina Tekakwitha. *L'Osserva-*

tore Romano, 12 (26): 381-382, 29 de junio, 1980.
Biblioteca: FT, SPS.

JUSTE, Ramón, S.J. El jesuita José de Anchieta visto por un jesuita de hoy. *Acción*, 12 (46): 3-7, 1980.
Biblioteca: SELADOC, SPS.

KELLY, James, S.J. El espíritu evangelizador de Anchieta: un parangón con San Pablo. *Acción*, 12 (46): 8-13, 1980.
Biblioteca: SELADOC, SPS.

KIPPER, J. Balduino, S.J. Carta do Beato Padre José de Anchieta S.J. a um Neopresbítero: identificação das passanges bíblicas e breves comentários. *Perspectiva Teológica*, 12 (27-28): 157-214, Maio-Dezembro, 1980.
Biblioteca: SELADOC, SPS.

MATEOS, Francisco, S.J. Sobre ascendencia del P. Anchieta. *Razón y Fe*, 155: 359-372, 1957.
Biblioteca: FT, SPS.

Santa Mariana de Jesús

(1618 - 1645)

Beatificación: 20-XI-1853

Canonización: 29-VII-1950

Día de celebración: 26-V

En el documento final de la Tercera Asamblea General de los obispos latinoamericanos, celebrada el año 1979 en Puebla, su nombre no aparece en la lista de los santos que se distinguieron en la evangelización del continente, pero santa Mariana de Jesús pertenece sin duda al grupo de aquellas personas que en los albores del “nuevo mundo” vivieron el evangelio en toda su plenitud y fueron sus verdaderos testigos. Y a la hora de destacar la trascendencia del espíritu de sacrificio y de plegaria de muchas mujeres cristianas en la evangelización de Latinoamérica, el ejemplo de Mariana de Jesús reviste capital importancia (Cf. Puebla I,7 y 9).

La leyenda popular le aplicó el apelativo de “Azucena de Quito”. El gobierno ecuatoriano, con ocasión de su 30 aniversario, la declaró “heroína nacional”. Pero en el recuerdo de sus paisanos conti-

núa siendo la gran penitente. Sus propias palabras nos revelan algo del secreto de su vida: *“Yo soy jesuita, hija de la Compañía de Jesús”*.

Para comprender el sentido de aquella vida y el mensaje de santa Mariana de Jesús, debemos trasladarnos a la época en que le tocó vivir.

Mariana de Paredes nació el año 1618 en Quito, la actual capital de Ecuador. Aún no había pasado un siglo desde la conquista de aquella ciudad por los españoles. En 1531, encontró en Cajamarca su muerte el rey inca Atahualpa después de haber pagado como precio de rescate una gran sala repleta de oro; y el año 1534, uno de los conquistadores más importantes de la época, Belalcázar, fundó allí el virreinato español de Quito. En 1546, se erigió en esta ciudad el primer obispado del Ecuador, y los primeros siete obispos que lo regentaron han pasado a la historia por haber defendido los derechos de los indios.

Era la época de la colonización. El padre de Mariana fue un capitán español de Toledo: don Jerónimo Zenel de Paredes. La madre había nacido en Quito, pero procedía de la nobleza española.

Eran tiempos duros y ásperos. Los hombres estaban dispuestos a hacer grandes sacrificios para amasar una fortuna, para alcanzar la gloria o para servir a un ideal. La gente contemplaba los espectáculos de tortura con la misma indiferencia con que veía a los fla-

gelantes de una procesión. El sufrimiento físico se consideraba cosa de poca monta.

Fue una época de fe extraordinariamente viva. Quito se distinguía de modo especial por su vida religiosa. La liturgia se celebraba con gran esplendor y el pueblo acudía en masa a escuchar la palabra de célebres predicadores. La ciudad sostenía importantes obras sociales: hospitales y organizaciones asistenciales, fruto del amor al prójimo. Hermosas iglesias y conventos daban realce a la capital. Se habían establecido ya cinco órdenes religiosas masculinas y tres femeninas, pero las crónicas relatan también que se admitían en los monasterios a personas que carecían de toda vocación para la vida de oración y de ascesis. En los conventos se vivía a veces en plan mundano y con pleno confort. Allí se nadaba en la abundancia, mientras en la calle muchos mendigos hambrientos pedían pan y trabajo. La relajación moral era también evidente en muchas familias nobles.

En estas circunstancias vino al mundo Mariana de Paredes. Huérfana de padre y madre a los 6 años, quedó confiada a su hermana mayor, Jerónima, y a su esposo, don Cosme de Caso. Aprendió a leer y escribir, música y trabajos manuales en compañía de sus primas con profesores particulares, como correspondía a una familia aristocrática.

La severa sencillez de aquella casa y la profunda piedad cristiana de su hermana favoreció grandemente el desarrollo espiritual de aquella niña.

Desde su más tierna infancia le impresionó hondamente la celebración de la semana santa. Se esforzó en imitar de modo heroico a Jesús paciente, haciendo penitencia y dejándose flagelar por sus amigos.

Doña Jerónima, que observaba atentamente su conducta, llevó un día a la niña a la iglesia de la Compañía de Jesús y la presentó al padre Juan Camacho, que desempeñó un importante papel en la evolución espiritual de Mariana.

Sorprendido de la inteligencia que demostraba para la comprensión de los misterios divinos, el padre llegó a la convicción de que no podía demorar más la administración de la eucaristía a aquella criatura. Mariana hizo su primera comunión a los 7 años de edad, algo insólito en aquellos tiempos. Aquel mismo día hizo voto de virginidad y poco después pronunció los votos de pobreza y de obediencia.

A los 7 años, había entregado totalmente su vida a Dios y se esforzó en vivir de acuerdo con su consagración religiosa. Quería ser misionera, y un día convenció a sus primas para que fueran con ella a una región alejada de Ecuador a predicar el evangelio a los indios. Pero el plan fue descubierto y Mariana no pudo realizar sus sueños. En otra ocasión, las niñas planearon marchar a un santuario cercano de la Virgen con el fin de establecerse allí y llevar vida eremítica. Pero en el camino les salió al paso un toro enfurecido y, llenas de pavor, decidieron volver a casa. Estas

aventuras infantiles movieron a doña Jerónima a pedir para su hermana el ingreso en un monasterio. Las religiosas se mostraron dispuestas a admitir a la solicitante, pero hacía falta el consentimiento del padre espiritual, que se hallaba ausente aquel día. Así Mariana tuvo tiempo para reflexionar más, y en la oración vio con claridad que Cristo no la llamaba al claustro, sino a vivir consagrada en medio del mundo. Por este camino la orientó también el jesuita padre Antonio Monsalvo, que dirigía su alma en aquellos años.

A la edad de 12 años, dejó la casa de sus padres adoptivos y volvió a la mansión familiar, contigua a aquellos. Renunció a la parte de la herencia que le tocaba y pasó a depender para su sustento diario de la buena voluntad de su cuñado. Su habitación estaba provista sólo de los objetos más imprescindibles. Sus únicos adornos eran la cruz y los instrumentos de penitencia: azotes, cadenas y cilicios, junto con las imágenes de Jesús y María y un esqueleto al que vistió con el hábito de San Francisco.

Desde aquel momento, Mariana de Jesús comenzó a vivir como hija de la Compañía de Jesús. Y en efecto, los años sucesivos estuvieron marcados por el sello de la espiritualidad ignaciana. San Ignacio de Loyola era su santo preferido y ella le consideraba como su padre. Quería, como él, seguir a Jesús pobre y humilde, *“amar y abrazar lo que Cristo amó y abrazó, despreciar y desechar lo que el mundo ama y*

ansía... buscar la suprema renuncia en el Señor y la mayor mortificación posible" (Regla, 11 y 12).

Pero también mantuvo estrechas relaciones con San Francisco Javier y con San Francisco de Asís. Su lectura más frecuente eran las obras de Santa Teresa de Avila, que habían llegado ya al Ecuador hacia el año 1600, y no por azar. Cinco hermanos de Teresa de Jesús formaron parte de los conquistadores del Ecuador.

La vida cotidiana de Mariana transcurría dentro de los cauces de una regla que se orientaba en los ejercicios ignacianos. Dedicaba seis horas a la meditación; confesaba y comulgaba diariamente en la iglesia de los jesuitas, donde cobraba fuerzas para seguir al "varón de dolores" en su camino hacia el calvario. Los azotes y las torturas eran frecuentes y regulares, y con frecuencia quedaba exhausta y ensangrentada. Sólo 4 horas dedicaba al sueño, cuando todavía era una niña. A causa de esas penitencias y de la gran pérdida de sangre, sufría violentos accesos de fiebre. La sed era la penitencia que más torturaba a Mariana; pero ella no se permitía ningún alivio en este punto, a fin de asemejarse más y más a Cristo, su Señor.

Los biógrafos apenas hacen referencia alguna a la oposición que encontró este género de vida en el ambiente que rodeaba a la santa. Aun en aquellos tiempos duros, la gente no comprendía con facilidad su

estilo de vida. La penitencia de Mariana venía a ser una protesta contra todo lo que ocurría en los conventos y en la sociedad de Quito, llamando la atención sobre la necesidad de una conversión. Mariana no perseveraba en aquella vida de austeridad únicamente para santificarse, sino antes que nada por motivos sociales. Mariana sentía deseos de entregar su vida para salvar a sus paisanos. Quería ser abogada ante Dios y expiar los pecados de su época: intercesora y víctima al mismo tiempo.

Mariana no se sentía ajena al mundo. Las horas libres que le quedaban entre la meditación y los ejercicios penitenciales las pasaba en el seno de su familia y con sus amigas, conversando y cantando con el acompañamiento de una guitarra. Todos disfrutaban con su presencia y su conversación, porque irradiaba a su alrededor, paz y alegría.

Pero la mayor parte del tiempo lo dedicaba a obras de caridad: aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para remediar las necesidades humanas, repartiendo pan entre los mendigos, visitando a los enfermos y consolando a las familias desoladas por el castigo o la cárcel que padecía alguno de sus miembros. Muchas personas le pedían consejo y acudían a ella para encomendarse a sus oraciones. Gozaba de especial capacidad para resolver los problemas conyugales.

Mariana de Jesús fue una excelente catequista. Reunía diariamente a los niños, en especial niños indios cuyos padres estaban al servicio de las familias distinguidas, y les anunciaba el mensaje de Cristo con un método peculiar inspirado en el amor; muchas veces, como acto preparatorio, saciaba su hambre corporal.

Pero al mismo tiempo rogaba de corazón a Dios que su hermano Jerónimo, que había entrado en la Orden Franciscana, no fuera nombrado párroco de indios, porque temía que este ministerio pusiera en peligro su salvación eterna. Los sacerdotes que trabajaban entre los indios tenían fama por aquel entonces de buscar más amontonar riquezas que anunciar el evangelio.

Mariana no tuvo nunca ocasión de anunciar el evangelio a grandes multitudes, como había soñado de niña; pero, mediante el diálogo con las clases altas y con los pobres de Quito, y con el testimonio vivo de su vida, que muchas jóvenes comenzaron a imitar, contribuía muy eficazmente a la obra de evangelización.

Con el año 1645, cuando Mariana alcanzó los 26 de vida, llegó la culminación de su obra en la Tierra. La próxima ciudad de Riobamba fue destruida por un fuerte terremoto. Los temblores de tierra llegaron hasta Quito, donde cundió la alarma ante la po-

sibilidad de que se registrara una catástrofe similar. No se produjo el terremoto, pero en cambio la peste asoló a gran parte de la población. Esta circunstancia constituyó para la ciudad una llamada a la conversión. Las iglesias se llenaban de bote a bote y los predicadores clamaban de los púlpitos, instando al arrepentimiento y a una vida de entrega a Dios. Impresionada por uno de estos sermones, Mariana levantó su voz durante el acto religioso y ofreció su vida por la curación de sus paisanos. Dios aceptó su sacrificio. Aquel mismo día cayó enferma y murió 8 semanas después, tras una terrible agonía en la que le asistieron tres de sus padres espirituales.

De acuerdo con sus deseos, fue inhumada en la iglesia de la Compañía de Jesús y un gran gentío de la ciudad y del campo, junto con las autoridades eclesiásticas y civiles, le dieron la última despedida.

Aunque ya a los 26 años de su muerte comenzaron a recogerse las primeras informaciones sobre su vida y testimonios sobre sus virtudes y santidad para introducir en Roma el proceso de canonización, sólo en 1850 fue beatificada por Pío IX, y 100 años después Mariana de Jesús fue agregada por Pío XII al coro de los santos canonizados, cuando ya el pueblo ecuatoriano llevaba mucho tiempo considerándola como santa y honrándola con el dulce apelativo de "Azucena de Quito". Cuenta la leyenda que, pocos días después de su muerte, brotó una azucena en el

jardín de su casa paterna, regado con su sangre, sin que nadie la hubiera plantado¹⁶.

PARA QUE TODA MARIANA SEA AGRADABLE A LOS OJOS DE MI DIOS Y SEÑOR

Al entrar al templo, decía Mariana la siguiente oración: “Yo Mariana, ruego humildemente a vuestra celestial hermosura, santísimo ángel de mi guarda, que me llevéis con el espíritu y pensamiento a la corte del cielo y me alcancéis de los ángeles más principales, que me den audiencia. Haciendo cuenta que dejo las cosas terrenas y levantándome sobre todas ellas, me pongo en presencia de los cortesanos, del cielo; represento mis deseos, que todos son de la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. Pido primero con toda reverencia a los serafines ardentísima caridad, a los querubines sabiduría, a los tronos humildad, a las dominaciones mortificación de cuerpo y sentidos, a las potestades victorias de tentaciones; a las virtudes aprovechamiento en todo género de virtud, a los principados sujeción, a los arcángeles pureza de cuerpo y mente, a los ángeles obediencia. Pido a los patriarcas fe, a los profetas esperanza, a los apóstoles caridad, a los mártires fortaleza, a los pontífices solicitud, a los doctores sabiduría, a los confesores obediencia, a las

¹⁶ Alexandra Toepsch, en: E. Stehle, Testigos de la fe en América Latina, Estella, Verbo Divino, 1982, pp. 82-87.

virgenes pureza, para que toda Mariana sea agradable a los ojos de mi Dios y señor”.

De la seria mortificación en la vida de la santa da testimonio una distribución del horario del día inspirada en las reglas de San Ignacio:

“A las cuatro me levantaré, haré disciplina, pondréme de rodillas, daré gracias a Dios, repasaré por la memoria los puntos de la meditación de la pasión de Cristo. De cuatro a cinco y media oración mental. De cinco y media a seis examinarla; pondréme los cilicios, rezaré las horas hasta nona, haré examen general y particular, iré a la iglesia. De seis y media a siete me confesaré. De siete a ocho el tiempo de una misa prepararé el aposento de mi corazón para recibir a mi esposo. Después que le haya recibido, el tiempo de una misa daré gracias a mi Padre eterno por haberme dado su hijo, y se lo volveré a ofrecer, y en recompensa le pediré muchas mercedes. De ocho a nueve sacaré ánimas del purgatorio, y ganaré indulgencias por ellas. De nueve a diez rezaré los quince misterios de la corona de la madre de Dios. De diez, el tiempo de una misa me encomendaré a mis santos devotos, y los domingos y fiestas hasta las once. Después comeré, si tuviere necesidad. A las dos rezaré vísperas y haré examen general y particular. De dos a cinco ejercicios de manos y levantar mi corazón a Dios; haré muchos actos de su amor. De cinco a seis lección espiritual y rezar completas. De seis a nueve oración mental, y tendré cuidado de no perder de vista a Dios. De nueve

a diez saldré de mi aposento por un jarro de agua, y tomaré algún alivio moderado y decente. De diez a doce oración mental. De doce a una lección en algún libro de vida de santos y rezaré maitines. De una a cuatro dormiré, los viernes en mi cruz, las demás noches en mi escalera: antes de acostarme tendré disciplina. Los lunes, miércoles y viernes de los advientos y cuaresmas la oración desde las diez a las doce la tendré en cruz. Los viernes garbanzos en los pies, y me pondré una corona de cardas y seis cilicios de cardas; ayunaré sin comer toda la semana. Los domingos comeré una onza de pan, y todos los días comenzaré con la gracia de Dios"¹⁷.

17 Jacinto Morán de Butrón, *Vida de la B. Mariana de Jesús de Paredes y Flores*, Madrid 1854, págs. 101-102.

BIBLIOGRAFIA

AMIGO Jansen, Gustavo, S.I. Santa Mariana de Jesús de Paredes. *En: Año Cristiano ...*, v. 2: p. 451-455. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

BEATA Mariana de Jesús Paredes. *En: Cepeda, Alejandro, C.M.F. ...*, p. 419-512. (Véase en la bibliografía general, al final del texto).

BRUCHEZ, Augusto, C.S.S.R. La Azucena de Quito o la Beata Mariana de Jesús Paredes y Flores / Vida publicada por el Rev. Padre Augusto Bruchez, Redentorista. Friburgo de Brisgovia (Alemania): B. Herder, 1908. XI, 320, p.: (retr.). Biblioteca: NSM.

CASTRO, Henrique María, Presbítero. Historia abreviada de la Beata Mariana de Jesús Paredes y Flores / por Henrique María Castro, Presbítero Venezolano; escrita sobre la del P. Jacinto Morán de Butrón, de la Compañía de Jesús, después de haber sido variada en la forma y corregida en el lenguaje por otro padre de la misma Compañía. Londres: s.n., 1877. 216 p. Biblioteca: NSM, SPS.

COMPENDIO de la vida y novena devota de la Bienaventurada Mariana de Jesús, Tercera del Hábito descubierto del Real y Militar Orden de nuestra Señora de la Merced, Redención de Cutivos. Puebla: en la oficina del Real Seminario Palafoxiano, 1785. 76 p.: (retr.).

Biblioteca: NSM.

ESPINOSA Polit, Aurelio, S.I. Santa Mariana de Jesús, Hija de la Compañía de Jesús: estudio histórico-ascético de su espiritualidad / por el Padre Aurelio Espinosa Polit, S.I. Quito: La Prensa Católica, 1956, 410 p.

Biblioteca: SPS.

GIJON y León, Tomás de. Compendio histórico de la prodigiosa vida, virtudes y milagros de la Venerable Sierva

de Dios Mariana de Jesús Flores y Paredes, conocida con el justo renombre de la Azucena de Quito / Tomas de Gijón y León. Madrid: s.n., 1754. 60, 218 p.

Biblioteca: NSM.

JOUANEN, José. S.I. Vida de la Bienaventurada Mariana de Jesús: llamada la Azucena de Quito / José Jouanen, S.I. 3a. ed. Quito: Editorial Ecuatoriana, 1941, 412 p.: (retr). Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

Biblioteca: SI.

LARREA, Carlos Manuel. Las biografías de Santa Mariana de Jesús. (251 fichas bibliográficas). Quito, 1970.

Cita bibl. de: Villasis ..., p. 385.

MARIANA de Jesús de Paredes. *En*: Galmés, Lorenzo ..., p. 105-106. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

MORAN de Butrón, Jacinto, S.I. La Azucena de Quito, que brotó en el florido campo de la Iglesia, en las Indias Occidentales: la venerable virgen Mariana de Jesús, Flores, y Paredes, admirable en virtudes, milagros y profecías. / Sale a la luz reducida a compendio de su original, que compuso el Padre Iacinto Morán de Butrón de la Compañía de Iesus en aquella Provincia, Lima: Joseph de Contreras Impresor Real, 1702. 60 h. Biblioteca: NSM.

MORAN de Butrón, Jacinto, S.I. Vida de la Beata Mariana de Jesús de Paredes y Flores, conocida vulgarmente bajo el nombre de La Azucena de Quito / escrita por el P. Jacinto Morán de Butrón de la Compañía de Jesús, variada ahora en la forma y corregida en el estilo y lenguaje por un sacerdote de la misma Compañía. Madrid: Impr. de San Francisco de Sales, 1896. 472 p.: il (retr.).

Biblioteca: SPS.

TOEPSCH, Alexandra. Santa Mariana de Jesús (1618-1645): el seguimiento de Cristo en el Ecuador. *En*: Testigos

de la fe en América Latina ..., p. 82-87. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

VILLASIS Terán, Enrique M. Santa Mariana de Jesús: Azucena de Quito. / Enrique M. Villasis Terán. 4a. ed. corregida y ampliada. Quito. Editorial Don Bosco, 1975. 460 p.: il (retrs.) Bibliografía: p. 383-388.

Biblioteca: SPS.

Roque González de Santa Cruz

(1576 - 1628)

Beatificación: 28-I-1934

Memoria: 17-XI

La Asunción del Paraguay, fundado en 1537, era un villorrio cuando nació en su seno Roque González de Santa Cruz, hijo de Bartolomé González de Villa-verde y de María de Santa Cruz. La Asunción era entonces gobernada por un gobernante caprichoso y atrabiliario como Juan Ortiz de Zárate. Su muerte coincidió, en lo que respecta al año, con el nacimiento de Roque González: 1576. Cuando niño conoció éste a Juan de Garay (1578 - 1583) y fue durante el primer gobierno de Hernandarias (1597 - 1599) cuando hizo los estudios de teología y recibió las órdenes sagradas, en el potrero de esos años. Fue durante su segundo gobierno (1602-1609) cuando el gran Hermandarias contrajo nupcias con una hermana del presbítero González de Santa Cruz. Tal vez por sus solos méritos, tal vez por sus vinculaciones con tan gran mandatario, apenas ordenado se le nombró cura de la catedral de la Asunción, y ejerció este cargo durante los obispos de Martín Ignacio de Loyola y Reginaldo de Li-

zárraga, pero tenía sus complacencias en tratar con los indígenas vecinos de la ciudad. Su conocimiento cabal del idioma guaraní le permitía hablarles y platicarles sin intérprete y sin las dificultades que impiden a tantos el expresarse en idioma que no sea el suyo. Monseñor Lizárraga pensaba hacerle vicario general de la diócesis, cuando el presbítero González de Santa Cruz le comunicó su determinación de ingresar en la Compañía de Jesús, como en efecto ingresó en 1609.

El hecho de que los jesuitas establecidos en la Asunción, lejos de morar sosegadamente en esa ciudad, emprendieran constantes giras a las zonas ocupadas por los indígenas infieles, y el saber que Hernandarias planeaba con ellos un avance misionero de grandes proporciones y un nuevo método de formar pueblos o reducciones estables, fue, según parece, lo que le movió a dar este paso. Es posible que haya hecho algunos meses de noviciado en la Asunción, pero no consta; sólo sabemos que cuando, a fines de ese año de 1609, se formaron los tres grupos de misioneros que debían emprender la nueva conquista, el padre Roque González con el padre Vicente Griffi fue enviado a los guaycurúes, indios que tenían su *habitat* frente a la Asunción, río por medio. Los misioneros que fueron destinados al Gairá y los que partieron al Paraná, tuvieron éxito, pero González fracasó. Nada pudo hacer con los rebeldes y nómadas guaycurúes. En parte, tal vez, se debió el fracaso a haberse inundado con las crecidas del Paraná las tierras que

ocupaban aquellos indígenas y haberse visto así aminorada la acción de los misioneros.

Fue entonces destinado al Paraná, donde el padre Marcial de Lorenzana había comenzado la labor espiritual con gran aceptación de los guaraníes que moraban sobre las márgenes de ese río y al poniente del mismo, entre los 27° y los 28° de latitud sur. Entre 1611 y 1615 trabajó en San Ignacio Guazú, población al sudeste del actual Paraguay, y con tal aceptación por parte de los indígenas, que llegaron a tenerle tanta admiración como afecto y cariño. Fundó después las dos reducciones de Santa Ana y de Itapúa (1615), pero cedió la primera de ellas, que estaba frente a Itatí, pero en el Paraguay, a los padres franciscanos, quienes consideraban esa zona como perteneciente a sus misiones. Durante tres años trabajó infatigablemente en la segunda de esas localidades, y fue párroco y catequista, maestro de escuela y enfermero, arquitecto y albañil. Gracias a una robusta salud y a un ardoroso celo de la salvación de las almas, no bien Itapúa estaba constituido y en marcha, pasó a fundar Yaquapóa (1618), después Concepción (1620), San Nicolás (1626), San Javier (1626), Yapeyú (1627), Candelaria (1628), Caazapamini (1628), La Asunción de Iyuy y Caaró (1628). Ningún misionero en las regiones del Río de la Plata desplegó una actividad tan extraordinaria en la fundación de reducciones. Once fueron las que fundó, desbrozando el campo, cociendo ladrillos, abriendo zanjas para la higiene pública,

torciendo cursos de agua para tener la necesaria cerca de la población, haciendo cortes de madera, y con ellos puertas y ventanas; sembrando cereales y formando vaquerías con que alimentar a los neófitos y sobre todo enseñando la doctrina cristiana a los infieles y promoviendo el culto y la frecuencia de los sacramentos entre los ya bautizados.

Nada le fue imposible a este misionero, así por su intensa vida interior como por el ascendiente que ejercía sobre los indios guaraníes. No era hombre blando, antes tenía no poco de esquivo y de misántropo en su trato con los blancos o moradores de las ciudades, ya fueran españoles o criollos, pero con los indios era todo afecto y cariño. Si el óleo con el retrato del Beato Roque González hallado en Córdoba en 1942 responde a la realidad, era varón de nobles facciones, de mirada viva, de sugestiva expresión. Debíó de ser más bien alto y bien proporcionado. Por su correspondencia se colige que era de ideas claras, de espíritu práctico, enemigo de las improvisaciones y de la mediocridad. El *omnia bene fecit*, “*todo lo hizo bien*”, es aplicable a todas sus fundaciones. Aunque nunca estuvo en lo que es hoy la República del Uruguay, toda la región que cae al este del río de este mismo nombre hasta el océano, llamada otrora, y en especial por el mismo Roque González, “el Uruguay”, contó con sus mayores simpatías y fue él el primero que evangelizó a los tapes de esas inmensas tierras, ocupadas hoy día en su mayor parte por el Brasil.

Se hallaba el Beato Roque González en el Caaró cuando, a 17 de noviembre de 1628, fue martirizado. Un indio apóstata llamado Potirabá indujo a un cacique por nombre Nezá a que acabara con todos los misioneros, y éste así lo hizo. Estando el Beato Roque atando una soga a una campana para elevarla a un punto alto, cayó Nezá sobre la reducción y ordenó que un esclavo suyo, llamado Maragoá, rompiera la cabeza del misionero, como lo hizo a golpes de macana. Al mismo tiempo otros secuaces de Nezá hacían otro tanto con el padre Alonso Rodríguez, natural de Zamora, en España (1598 - 1628), quien también se hallaba en Caaró, y dos días después dieron igual muerte al padre Juan del Castillo, natural de Belmonte (1596 - 1628). Nezá y los suyos, no contentos con acabar con los misioneros, quisieron también acabar con las dos reducciones, la de Caaró e Iyuf o Pirapó, y así destrozaron cuanto pudieron destruir y prendieron fuego a todo.

Tiraron a las llamas los cuerpos de los mártires; pero, hallando al día siguiente que las llamas no los habían reducido a cenizas, arrancaron el corazón del pecho del Beato Roque, lo atravesaron con una saeta y lo arrojaron nuevamente al fuego. Por milagro o por otra causa, el corazón quedó intacto, y en 1633, por voluntad del entonces general de la Compañía de Jesús, padre Mucio Vitelleschi, fue llevado a Roma y colocado en un precioso relicario. Llevólo a la Ciudad Eterna en 1633 el padre Juan Bautista Ferrusino, y lo

paseó triunfante por no pocas ciudades y poblaciones de España. En Madrid lo veneró, entre otros, el gran polígrafo padre Eusebio Nieremberg. En septiembre de 1928, tres siglos después del traslado de tan insigne reliquia a Roma, el corazón del Beato Roque González de Santa Cruz fue traído a Buenos Aires y desde entonces es venerado en la Iglesia del Colegio del Salvador.

Con grandes demostraciones de piedad, tan insigne reliquia ha recorrido las ciudades y la compañía del Paraguay y del estado brasileño de Río Grande do Sul, y hasta alguna aceptación ha tenido en los centros argentinos, menos vinculados a la acción evangélica del gran misionero. La beatificación de éste y de sus dos compañeros tuvo lugar el 28 de enero de 1934. Al autor de esta nota le cabe la satisfacción de haber hallado el retrato auténtico del Beato Roque González de Santa Cruz. Los grandes biógrafos del mismo, como los padres José María Blanco, Carlos Teschauer, Carlos Leonhardt y Luis Gonzaga Jaeger, están contestes en que, por lo que nos dice la historia, *“jamás hubo en este nuestro continente hombre alguno en cuyo pecho ardiera un corazón tan lleno de amor de Dios y tan dado por entero a la conquista de las almas de los indígenas”*.

Los historiadores llaman a estos tres mártires “Mártires de Caaró e Iyuí o Pirapó”, pero vulgarmente los escritores brasileños los llaman “Mártires del Río Grande do Sul”; los uruguayos, como Rafael Algorta

Camasso, los denominan “Mártires del Uruguay”; los paraguayos, “Mártires del Paraguay”, y los de la Argentina, “Mártires argentinos”. Ciertamente es que la acción de los mismos se ejerció en lo que hoy constituye tres de esos países y todos ellos tienen justos títulos para considerarlos suyos¹⁸.

LOS INDIOS LEVANTARON LA CRUZ DELANTE DE LA IGLESIA

De las cartas del beato Roque González seleccionamos dos textos, uno del año 1615 y el otro, poco antes de su martirio, del año 1626.

“Yo procuré volver con mucha brevedad. Acomodéme en una chozuela junto al río, hasta que algo después me dieron otra choza pajiza algo mayor. Y poco más de dos meses después envié el padre Rector al padre Diego de Boroa. Llegó a aquel puesto segundo día de Pascua del Espíritu Santo, y ambos nos consolamos harto de vernos, por amor de Dios nuestro Señor, en partes tan remotas y apartadas. Acomodámonos en la choza ambos con unos apartadijos de caña, y con lo mismo estaba atajada una capillita poco más ancha

18. Guillermo Furlong, S.J.: Años Cristianos, tomo IV, págs. 362 ss.).

que el altar, donde decíamos misa. Y con la virtud de ese soberano y divino sacrificio de la santa cruz en que se ofreció y estaba allí triunfando, los demonios que antes se les aparecían a los indios no se atrevieron a aparecer más, y así lo dijo un indio. En aquella casita estuvimos con no pequeña necesidad en todo, porque el frío, como no tenía defensa, era tanto, que nos quitaba el sueño. La comida, unas veces un poco de maíz cocido, otras, harina de mandioca que comen los indios; y aun porque solíamos enviar al campo a buscar unas hierbas de que comen bien los papagayos, los indios por gracia dijeron que lo éramos.

Y como el demonio vio que la cosa iba tan adelante, o por sí mismo hablándoles o por medio de sus ministros, temiendo perder lo que había gando en tantos años si la Compañía de Jesús entraba en estas tan extendidas provincias; y así sembraron por todo el Paraná que éramos espías y sacerdotes falsos, y que en los libros traíamos la muerte, y esto en tanto grado, que, estando por medio de unas estampas declarándoles el padre Boroa a unos infieles los misterios de nuestra santa fe, se recelaban de llegar cerca de las imágenes no se les pegare la muerte. Pero poco a poco se van desengañando y viendo con sus ojos los indios cómo los nuestros les son verdaderos padres, dándoles con amor de tales cuanto piden como lo haya en casa, y siéndoles médicos no sólo de sus almas —que es lo principal—, sino de sus cuerpos, ayudándoles en todas sus enfermedades y trabajos de noche y de día.

En viendo cómo los indios nos cobraron amor, tratamos de hacer una pequeña iglesia, y con serlo baja y cubierta de paja, estos pobrecitos lo son tanto, que les parecían palacios reales, y mirando hacia el techo, hacían milagros, y ambos embarrábamos a ratos para enseñar a los indios, que aun eso no sabía. Acabóse para el día de nuestro santo padre Ignacio del año pasado de seiscientos y quince. En el cual dijimos la primera misa, procurando celebrar aquella santa fiesta con la renovación de nuestros votos y con otros regocijos exteriores según el poco posible de la tierra; procuramos imponer una danza, pero los muchachos están todavía tan montaraces, que no salieron con ello. Púsose una campana en un campanario de madera que no causó poca admiración, como cosa no vista ni oída en aquella tierra. Y lo que fue de mucha admiración es que los indios levantaron una cruz delante de la iglesia; y habiéndoles dicho la razón por que los cristianos la adoramos, nosotros y ellos la adoramos todos de rodillas; y aunque es la última que hay en estas partes, espero en nuestro Señor ha de ser principio de que se levanten otras muchas”¹⁹.

“Todos los indios a una voz nos aconsejaron que volviésemos atrás, si no queríamos perder la vida. Dieron noticia de que había fraguada una conjuración de indios, los cuales con crecido número de tropas habían ido a la reducción de la Candelaria, creyendo que yo

19. Tomado de Cartas annuas, año 1615. *En*: Documentos para la historia argentina, 20, Buenos Aires 1929, págs. 24-25.

estaba allí todavía, para acabar conmigo por la violencia; y que no encontrándome, porque poco antes había salido, habían destrozado el templo y la cruz. Vacilé sobre lo que convenía hacer: pero habiendo celebrado el santo sacrificio de la Misa, sentí que se me infundía ánimo para pasar adelante y poner algún freno a tan descarada audacia. Luego que llegué al paraje que había ocupado la reducción, convoqué a los Caciques vecinos, quienes confesaron las cosas como habían pasado: que habían acudido innumerables tropas y todo lo habían arrasado: que algunos de ellos están fuera de la Reducción, y aunque hubiesen estado en ella, no hubieran podido resistir a tan gran turba de indios. No obstante, les reprendí con fuertes palabras, y dije que no volvería a poner el pie donde se había perpetrado tan abominable delito. Luego hice llamar a los Caciques del Tape, esto es, del gran pueblo, quienes vinieron con mucha comitiva de indios. Pedíles que me condujeran a su comarca; pero cuantos había se negaron a hacerlo hasta que al fin a fuerza de obsequios y persuasiones de buenas palabras, me los gané de suerte, que me dieron remeros para que, siguiendo el río Tebicuarí, llegase al Tape, adonde ellos se volvieron por tierra. A los cinco días de navegación, encontré que me habían construido una chozuela a la orilla, y me avisaron que no pasase adelante, porque temían mucho el daño que les habían de hacer los otros Caciques por haberme conducido a lo interior de su país. Pero después de muchas razones de una y otra parte, les persuadí que me dejasen sólo dar un vistazo, aunque no les pude desvanecer el temor. Así, pues, luego que hube llegado al Tape, me visitaron con grandes señales de bene-

volencia, acompañados de sus mujeres e hijos: pero por ningún camino pude lograr que me permitiesen morar con ellos. Con esto, alargando de un día para otro, les decía que pronto me iba a volver, tan luego como hubiese recorrido su distrito y señalando un lugar donde más adelante se pudiera edificar una Reducción: y conseguida la licencia, lo examiné todo... Acabado de ver todo, y mientras estaba dudoso entre regresar o pasar adelante, tuve noticia de que una multitud de indios venían a matarme: pero quebraron su ímpetu los que estaban conmigo, quienes les dijeron que muy pronto iban a echarme de allí. No obstante, los bárbaros les hicieron terribles amenazas por la temeridad de haberme dejado entrar en sus tierras. Y así, viendo que todo el infierno se oponía a mis conatos, y que era voluntad de Dios que no intentase en vano pasar más allá, regresé, dejando allí las cosas en el estado dicho. Aseguro que entre todos mis caminos y fatigas, nunca me he hallado tan en peligro como en esta ocasión. Pero qué vale todo esto, mirando a Aquel por cuyo honor y gloria se ha emprendido? Por eso, aun cuando de todo este viaje no hubiese sacado otro fruto, que ver el Tape, y señalar parajes donde levantar adelante, con la gracia de Dios, las Reducciones, habiendo registrado toda la comarca, daría por bien empleado mi trabajo"²⁰.

20. Tomado de Mastrilli, *Litt. ann.* 1626, p. 27, 159. En: Pablo Hernández, *Organización Social de la doctrina, guaraníes de la Compañía de Jesús, Barcelona, 1913, págs. 393-394.*

BIBLIOGRAFIA

BAEZ, Cecilio. Roque González de Santa Cruz, apóstol del Paraguay y principal fundador de las misiones del Paraná y del Uruguay. *Revista de Derecho, Historia y Letras* (Buenos Aires), 18: 12-28, 1916. Cita bibl. de: Streit, Rob von ..., v. 24: p. 512. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

FURLONG, Guillermo, S.I. Beato Roque González de Santa Cruz. *En: Año Cristiano* ..., v. 4: p. 362-365. (Véase en la Bibliografía general, al final de texto).

FURLONG, Guillermo, S.J. Tradición Histórico-Literaria del Martirio de los Padres Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo. *Estudios* (Buenos Aires), 36: 209-221, 1928. Cita bibl. de: Streit, Rob von ..., v. 25: p. 79. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

KERKHOFS, Jan, S.J. Roque González de Santa Cruz (1576-1628): una muerte por las reducciones del Paraguay. *En: Testigos de la fe en América Latina* ..., p. 71-76. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

LEONHARD, Carlos, S.J. El Padre Roque González y Compañeros, Mártires de la Compañía de Jesús según Documentos Contemporáneos (1628 - 15 y 17 de noviembre - 1928). *Estudios* (Buenos Aires), 36: 193-208, 1928. Cita bibl. de: Streit, Rob von ..., v. 25: p. 79. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

TESCHAUER, C. Vida e obras do Padre Roque Gonzáles de Santa Cruz, S.I., primeiro apostolo e civilizador do Rio Grande do Sul (Porto Alegre, 1928). Cita bibl. de: *Año Cristiano* ..., v. 4: p. 366. (Véase en la Bibliografía general, al final del texto).

Pedro de San José Betancur

(1626 – 1667)

Beatificación 22-6-1980

Nació en Chasma, hoy Vilaflor/Tenerife el 21 de marzo de 1626 y murió en la Ciudad de Guatemala el 25 de abril de 1667. Es venerable y fundador de los hermanos y hermanas bethlemitas, siervo de Dios.

Desde Tenerife marchó a Guatemala en 1651, estudió en los jesuitas, pero abandonó los estudios y siguiendo los consejos del padre Lobo se dedicó al servicio de los inválidos y los enfermos.

Reconstruyó el calvario de la ciudad de Guatemala y se retiró a una casita inmediata, que convirtió primero en escuela y oratorio, y luego en convento, iglesia y hospital; de allí surgió la Orden por él fundada de bethlemitas, que se extendió por toda la América española.

A su hospital añadió una sala para la crianza de niños expósitos. Estableció también las ermitas de las

Animas a las entradas de las ciudades, villas y lugares de América.

El obispo de Guatemala, más tarde arzobispo y virrey de México, Payo Enríquez de Ribera, lo alabó en varios escritos.

Murió en olor de santidad en Guatemala; el cabildo de la ciudad solicitó se iniciase proceso de beatificación en 1675 y 1685, así como el convento de bethlemitas en 1698. La sagrada congregación de ritos decretó la introducción de la causa el 6 de agosto de 1729. Clemente XIV, por decreto de 25 de julio de 1771, declaró las virtudes de este siervo de Dios en grado heroico.

Su instituto fue aprobado por Su Santidad Clemente X en 1674 y confirmado por el papa Inocente XI el 26 de marzo de 1687, que le otorgó privilegios y obligaciones de la Orden de San Agustín. Tenía rama masculina y femenina.

Llegó a formar dos provincias en la antigua América Española: la del Perú, con 22 casas, y la de Nueva España, con 11. En Canarias intentaron fundar también una casa en 1722, pero después de largas e infructuosas gestiones se reintegraron a Guatemala en 1771.

En 1688, el hermano Antonio de la Cruz, el más fiel seguidor del hermano Pedro, dirigió en Guatemala una comunidad de religiosas para el hospital de mujeres.

La Orden fue especialmente encomiada por sus actividades durante la terrible epidemia de peste que asoló América en 1736.

La Orden de varones se suprimió en 1820, pero subsiste con gran pujanza en Guatemala la de religiosas, que han intentado fundar en Canarias, para cuyo fin le ha sido donada la casa que comenzara a levantarse para fundación de los varones en el siglo XVIII y en la que nació el hermano Pedro²¹.

ENCOMIENDO MI ALMA A DIOS NUESTRO SEÑOR

El Testamento del venerable hermano Pedro de San José de Betancur nos revela hondamente el alma de este siervo de Dios.

“En el nombre de Dios nuestro Señor que vive y reina, en los cielos y en la tierra Amén. Notorio sea a todos los que la presente carta de mi testamento última y final voluntad vieren como Yo el Hermano Pedro de S. José Betancurt de la Orden Tercera de Penitencia, de Hábito descubierto, vecino de esta ciudad de Santiago de Guatemala, natural que soy de Tenerife, Isla de la gran Canaria del lugar llamado Chasma, y Villa Flor, hijo legítimo que soy de Amador González de la Rosa difunto, y de Ana García vecina que fue de dicho lugar, y juzgo lo es, y está viva: Estando como

21. L. de la Rosa. *En: Diccionario de Historia Eclesiástica de España*. Madrid, Instituto Enrique Flórez, 1972.

estoy, y me siento enfermo, y adolecido de achaque, y enfermedad, que me ha sobrevenido, más en mi acuerdo y buena memoria, la que Dios Nuestro Señor fue servido de me dar, por que le hago infinitas gracias, creyendo, como bien, fiel y verdaderamente creo el Misterio inefable de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, tres Personas distintas, una esencia Divina, y en todo lo que tiene, predica y enseña nuestra Santa Madre Iglesia Católica Romana regida y gobernada por el Espíritu Santo, en cuya fe y creencia he vivido, y protexto vivir y morir, detestando, lo que en contrario por persuasión diabólica, por tentación ocurriese a mi pensamiento e imaginación, eligiendo en mi ayuda y patrocinio a la que es Madre de pecadores, fuente de piedad, y auxilio de afligidos la Reina de los Angeles siempre Virgen María Señora nuestra, y Madre de Dios, concebida sin macula de pecado original, al Glorioso Arcángel San Miguel, mi Angel Custodio, Angeles y Arcángeles, Cherubines, y Serafines de la Corte Celestial al Príncipe de la Iglesia, y padre mío San Pedro, a San Pablo Apóstoles, a mi Padre San Francisco, y Glorioso Patriarca San Joseph, para que en el acatamiento Divino intercedan por mi alma, y la presenten, y alcancen perdón de mis culpas y pecados: recelándome de la muerte que es natural a toda criatura viviente, cuya hora es incierta, deseando me halle con la disposición más necesaria, cumpliendo en esta parte con lo que debo a Cristiano, hago, ordeno, y dispongo mi testamento última y final voluntad en la manera siguiente.

Ofrezco, y encomiendo mi alma a Dios nuestro Señor que la crió y redimió con el infinito precio de su sangre, muerte, y pasión, por cuyos méritos le suplico haya misericordia de ella.

Mando el cuerpo a la tierra de que fue formado, y es mi voluntad sea sepultado en la Iglesia del Convento de Sr. S. Francisco en la Capilla entierro de los Hermanos terceros como yo lo soy (a) según va referido, cuya sepultura pido de limosna por el amor de Dios Señor mío, como también mi funeral y entierro, atento a no tener propio, ni caudal alguno. Acompañe mi cuerpo el cura y Sacristán de la Santa Iglesia de la Parroquia de Nuestra Señora de los Remedios, en cuya feligresía vivo en la casa Albergue de pobres convalecientes título Bethlen, y le acompañen así mismo los Sacerdotes que voluntariamente y de limosna quisieren acudir, a los cuales, y dicho Cura con la misma intervención, y amor de Dios, les pido lo hagan, y que me encomienden a Dios nuestro Señor, pidiendo lo mismo a las demás personas que acudieren a esta obra de piedad y misericordia.

Declaro que de la dicha Isla vine a estas partes el año pasado de seiscientos, y cincuenta, y en esta ciudad llegué por el año subsiguiente de cincuenta y uno, y desde entonces he asistido en ella, hasta el tiempo presente, cuya declaración hago a instancia, y para que conste.

Declaro que habiendo sido admitido por hermano de la Orden tercera de mi Serafico Padre San Francisco (b) y por la obligación de tercero del Hábito descubierto ocupádome en algunas cosas del servicio de dicha Orden, y Calvario, que es a su cargo, fue la Divina Majestad servido que con algunas limosnas que se me dieron para que comprase un solarcillo, y que en él pudiese poner Escuela de niños que fuesen enseñados, e industriados en la Doctrina Cristiana hubé, y compré un Solar y sitio que quedó por muerte de María Esquibel, difunta, con una casita de paja en que tuve Escuela, admití niños, y otras personas que se industriaron, y enseñaron, y se ha continuado, y al dicho sitio se han agregado otros pedazos de solares que estaban contiguos, y cercanos, que al presente está todo uno, y está capaz, en el cual con limosnas que para este fin han dado los fieles Cristianos, dispuse hacer como esta fecha, una enfermería, para que en ella se recogiesen y agregasen algunas personas pobres, que saliendo curados de los Hospitales, o de sus casas por necesidad viniesen a convalecer a ellas, en especial forasteros, y muchas personas pobres, que para recuperar la salud necesitaban de abrigo, regalo y socorro, haciendo dicha enfermería con ánimo, e intención de ocurrir a su Majestad el Rey nuestro Sr. en su supremo, y Real Consejo de Indias a pedir como he pedido licencia, para que en ella se fundase Hospital de convalecientes, y que la casa tuviese por título Betlen, en cuya razón, habiendo hecho información del bien, y utilidad, que en lo referido se seguía y sigue, sin ningún

perjuicio de los Hospitales; antes bien con conveniencia de ellos, y en esta razón informado a los Señores Presidente y Oidores de la Real Cancillería que en esta Ciudad reside: su Señoría el Sr. Obispo de este Obispado, y Cabildo de esta Ciudad, como a quienes consta la necesidad referida, fue su Majestad servido expedir Real Cédula para que más por extenso se le informase, y del fundamento que había y propios con que podía ser dotada, en cuya conformidad se ha informado y remitido los papeles necesarios. Y con esta atención, y estando como se ha estado a la disposición de lo que su Majestad (que Dios guardé) ordenare, y para la erección de dicho Hospital, y en él, y dicha casa poderle fundar movido del celo cristiano, y piedad que insto el hacer dicha enfermería, se han admitido, y recibido en ellas muchas personas pobres así españoles como mestizos, indios, mulatos, y negros libres, que en ella han sido cuidados, y asistidos y regalados durante su convalecencia con las muchas limosnas que Dios nuestro Señor ha sido servido se den a este fin, que ha sido con tanta liberalidad, y sobra que habiendo habido ocasión de concurrencia de doce y quince personas convalecientes, y demás, han sido todos alimentados, y socorridos con todo regalo, mediante estar tan extendida esta devoción, que están dispuestas treinta personas vecinos del lugar, quienes en cada un día del mes envían la comida y alimento necesario al sustento de dichos convalecientes, socorriéndolos con otros regalos, mediante lo cual con brevedad llegan a conseguir restauración de

la salud, y fuerza en ella: para cuyo servicio y buena disposición de todo cuidado, y diligencia necesaria se han agregado a la dicha Casa muchos hermanos terceros de hábito descubierto, que viviendo como viven en ella, asisten a todo lo referido, siendo como todos son personas virtuosas, y ejemplares en su proceder, celo, y Modestia; y los hermanos que al presente están son: Rodrigo de la Cruz (c) que antes se llamaba D. Rodrigo Arias Maldonado: Francisco de la Trinidad, que antes se llamaba D. Francisco de Estupiñán: Nicolás de Santa María: Nicolás de Ayala: Juan de Dios, que antes se nombraba Juan Romero, y Antonio de la Cruz quien fue a los Reinos de España a los negocios, y consecución de la dicha licencia y también asiste y frecuenta la dicha Casa Nicolás de León, aunque de presente está fuera de ella: Por cuyo cuidado corre el asistir a los convalecientes, cuidar de su servicio, y la solicitud de limosnas estravagantes: y acarrear la comida con que son alimentados mientras asisten, que todo lo declaro para que siempre consten, y el estado en que está, y la forma con que se acude, interin que otra cosa ordena su Majestad; de cuya piedad, y santo celo se espera el permiso para la fundación de dicho Hospital, que ha de ser debajo su protección, y amparo Real como se le ha suplicado, y pedido, y en la parte que Yo puedo con la sumisión, y debido acatamiento, lo hago con las instancias necesarias, y debidas, como su humilde y fiel vasallo, debajo de cuya protección llegado el caso, y habida licencia, se ha de fundar dicho Hospital con subordinación al ordinario

Eclesiástico de este Obispado en lo espiritual, debajo de la calidad referida de estar en lo temporal al Patronio, y subordinación de S. Majestad y de su Señoría el Sr. Presidente de la dicha Real Audiencia, Gobernador y Capitán General de este Reino en su nombre para todo lo que convenga: siendo como ha de ser la asistencia de él, en cuanto al servicio de convalecientes cuidado de sus personas, de pedir las limosnas, la de hermanos terceros de Hábito descubierto (d) eligiéndose por las dos cabezas Eclesiástica y Secular, Hermano mayor que en el servir, y acudir a todo lo conveniente a dicha Casa sea el menor, y el más a propósito para todo, según su celo, humildad y virtud, forma que me parece será la más segura a la conservación y aumento de la Casa, sin que por insinuarla yo se excuse la que pueda ser más a propósito al bien de todo lo referido, fin, y motivo que en todo se ha de tener.

Declaro: que habiendo sido Nuestro Señor servido se hiciese y acabase la casa, y cuarto de Enfermería que en ella con limosnas se ha edificado, y otro de altos que se está haciendo y desde el principio que llevados de devoción, y celo piadoso asistían muchas personas devotas haciéndoles destinado un Oratorio adornado con la decencia posible, mediante la asistencia de hermanos, así los que al presente hay, como otros que han fallecido, se estableció rezar a prima la Corona de la Virgen María Señora nuestra, y que asistiesen uno o dos de los hermanos terceros con las personas devotas que concurriesen; ha sido Dios Nues-

tro Señor servido se continúe sin que se halla faltado ningún día del año, como tampoco a las demás horas de oración, y ejercicio que se hacen en la dicha casa, que para que en ella permanezca este Santo exercio, sin que sea otro el fin que me lleva, ni lo permita su Divina Majestad, se asienta y lo declaro para que fundándose dicho Hospital, o en el interin que llega el permiso, continuándose se observe.

Es lo primero, como va referido, rezar en lugar de prima y a hora de ella la Corona de la Virgen Santísima. Síguese después el dar de comer a los pobres, y mientras comen leerse por uno de los Hermanos, a quien toca de turno uno de los capítulos de un Libro espiritual; acabado de comer dar gracias, rezando un estación al Santísimo Sacramento por bien hechos vivos, y difuntos. Sobre tarde a hora de las dos, juntos los hermanos, convalecientes, leer y explicarse una meditación, y capítulo del Libro que dio a la estampa el Venerable Tomás de Kempis título Contentus Mundi. A hora de las cuatro, los hermanos que se hallan sin ocupación precisa, con los convalecientes repiten la Corona de la Virgen. A las siete de la noche se vuelve a repetir la Corona, a quien han de asistir todos los hermanos, como lo han hecho. A hora de las ocho, y cuarto se asperjan Celdas, y enfermería por el hermano a quien toca de turno. A la hora de Maitines se levantan todos los hermanos y repiten la Corona de la Virgen. Lunes, Miércoles, y Viernes de todo el año ejercicios de disciplina entre ocho y nueve de la noche. Que todas estas cosas están dispuesta, y se tienen por

costumbre como también, y lo más principal el oír Misa, llevar en ella los enfermos imposibilitados a los templos en días destinados por devoción para comulgar.

Ytem declaro, que en la dicha casa está asentado por devoción celebrar el Nacimiento de Cristo Señor Nuestro como festividad tan solemne, y del título que ha de tener, y tiene esta casa, por llamarse Belén. El día víspera de Navidad desde la oración, que comienza la deseada noche buena, y tan feliz para nuestro remedio, se congregan muchas personas devotas, que llevando la Imagen de la Virgen Señora nuestra, y del Glorioso Patriarca San José en memoria de la llegada a Belén por la ciudad y calle, se trae en estación, repitiendo a coros el Rosario. La víspera de los reyes en memoria de la adoración que hicieron al Verbo Divino, se traen los Santos Reyes, desde el Convento de la Merced a esta casa rezando a coros el Rosario. Celébranse así mismo en el oratorio de esta casa las nueve festividades de la Virgen Señora Nuestra, confesando y comulgando los Hermanos, y convalecientes, y rezando insesantemente a coros el Rosario, y para ello se admiten muchas personas devotas que concurren, haciendo la misma diligencia.

Hacese novenario por todos los bienhechores, que se inclinan a hacer bien a esta casa nueve días antes del de la Candelaria, de que, y de todo hay memoria, y de otras obligaciones a que deben asistir los hermanos, con atención, según va referido, a que ésto, que es del agrado de Dios permanezca, sin descaeser

en cosa alguna, como lo confío en su misericordia y bondad, lo repito encargando a mis hermanos, así a los que al presente están, como los que en adelante hubiere, lo continúen, y hagan, con lo demás que Dios Nuestro Señor les dictare.

Declaro así mismo, que con licencia que he tenido para salir de noche, y a voz en cuello y con la campanilla demandar sufragios por las Animas del Purgatorio y socorro para los que pueden estar en mal estado, lo he hecho muchos años por todas las calles de la ciudad por lo que mira a este acto de piedad encargo a mis Hermanos, que el que se hallare para ello, pidiendo licencia lo continúe. Como también el hacer memoria de las Animas escribiendo los difuntos, repartiéndolos a casas particulares, que con devoción reciben el que les cabe en suerte, para encomendarlo a Dios. De cuya devoción se ha conseguido el tener las hermitas de Animas, la una a la entrada de la ciudad camino de S. Juan, donde ha sido José Romano y Andrés de Villa mis hermanos. Y en la que está en el camino de Jocotenango, donde ha sido Pedro de Villa así mismo hermano, corre por el cuidado de esta casa, y ha estado al mío mandar decir las Misas de la limosna, que para sufragio de las Animas se recoge, y lo ha de ser a la del hermano mayor que ayudare de la casa, y proveerles de lo que sobre de las limosnas de los tales hermanos, y los que eligiere en adelante, y de asentar lo que dieren, y las Misas, y Sacerdotes a quien se encargan, tomando recibo para dar cuenta; todo lo cual, como dependencia de los hermanos de

esta casa, anoto para memoria de todo, y que la tengan del bien obrar que permanece.

Declaro como va referido, que la dicha casa enfermería cuarto de altos que se está haciendo, camas, ropas, bienes, ornamentos, y Caliz, que son tres, y las Imágenes que dieron, y demás cosas que hay es, y pertenece a dicha casa, ha procedido de limosnas que para ellas se han dado, y aún que no está por memoria, estoy satisfecho del ajuste que de todo darán mis hermanos, y compañeros, para que hecho inventarlo, corra su cuidado por ellos, y en especial por el hermano mayor. Y con el deseo que tengo de la perpetuidad, y permanencia de esta casa; y que en ella siendo su Majestad servido permanezca obra tan pía, cuanto útil y necesaria a pobres convalecientes, sin que en esta parte se entienda atribuirme, ni usar de acción en más de lo que me toca, mediante la experiencia que tengo, y he hecho del hermano Rodrigo de la Cruz; lo propongo para hermano mayor de esta casa, el cual por su virtud, celo piadoso y devoto, le hallo muy al propósito para ella, así por lo referido, como por su capacidad que también ha empleado, suplicando y pidiendo a su Señorías el Sr. Presidente, y Obispo de este Obispado, como a quienes ha de tocar en lo espiritual y temporal el amparo de esta Casa de erección y disposición como a Patronos, que en la parte que puedo llamo, y nombre, debajo de la subordinación en todo, a lo que su Majestad fuere servido ordenar y mandar, se nombren y encarguen dicho cargo, al

dicho hermano Rodrigo de la Cruz, y en interin permitan lo use, como en confianza de su buen proceder, por mi enfermedad se lo he encargado, entregándole de todo llaves, y disposición, que fió desempeñará de todo, y obrará con el celo que debe a sus obligaciones, queriendo, que en lo venidero, si me es permitido se asiente el que el hermano mayor por su muerte proponga el que le pueda suceder, esto por la experiencia que podía tener el susodicho de la persona que fuere más apta al ejercicio de cargo, sin que tampoco por ésto sea visto entrometerme a más de lo que tocara en esta parte, en que sólo llevo el fin en el acierto, que corriendo por Príncipes tan Cristianos, se asegura en todo, y más con su patrocinio que desde luego ínvoco para todo; y para en caso que su Majestad sea servido conceder la licencia, y permiso, que en esta razón se ha pedido, sea necesario hacerse escritura de fundación, poner constituciones, declaraciones, circunstancias, calidades, y otras cosas convenientes a que pueda ser llamado, por haber sido Dios nuestro Señor servido, yo haya sido en algo parte para esto, o conducir sus limosnas en mi falta y muerte, nombro al dicho hermano Rodrigo de la Cruz, y a mis Albaceas para que asistan a lo susodicho, y a las capitulaciones que puedan ser necesarias hacer y expresar y les otorgo para ello a todos y a cada uno insolidum, y al hermano mayor que a la sazón fuere ahora propósito, por el que dejo en dicha forma, o por elección y voto de los dichos que hubiese en la casa, que en caso que no se proponga habiendo lugar, se ha de permitir, el poder,

y facultad para todo necesario con libre, y general administración y que para todo sea necesario y forzoso, los cuales han de poder hacer en dicha razón las declaraciones, constituciones, cláusulas, y otras disposiciones a todo convenientes que en la forma necesaria, pudiendo, y tocándome, lo apruebo, y ratifico para su validación y firmeza.

Declaro que he sido Sindico de la Tercera Orden, y al presente desde la elección próxima fecha, lo soy, y como tal es en mi poder la limosna a ello tocante, hay libro por donde consta lo que es, y está en parte y caja separada, encargo se de cuenta al comisario, y Ministro para que eligiendo Sindico se le entregue dicha limosna libro, y lo de más, que le tocara, que se hallará en mi celda.

Y para cumplir éste mi testamento en lo que va expresado, y sus cláusulas contiene, nombro por mis albaceas al Maestro D. Alonzo Zapata de Cárdenas Cura Rector de la Santa Iglesia Catedral, al Maestro Don Alonso Enríquez de Bargas, que lo es de la Parroquia de los Remedios, al Maestro Don Bernardino de Obando Presbítero, a los Capitanes Gregorio de la Cerna Brabo, y Luis Abarca Paniagua el primero Regidor de esta Ciudad, y el segundo Tesorero de la Santa Cruzada, y al dicho hermano Rodrigo de la Cruz. A todos y a cada uno otorgo el poder que de derecho se requiere al uso de este cargo, que han de poder usar y cada uno insolidum con libre, y general administración,

y aunque sea pasado el año fatal, por que desde luego les prorrogo el término necesario, y aunque no tengo, ni manejo bienes propios en poco, ni en mucho, causa para no señalar a las mandas forsozas cosa alguna, cumpliendo con lo que por derecho se debe en caso al presente viva la dicha Anna García, mi Madre, la nombro por mi heredera en los bienes, derechos y acciones que me pueden tocar, y caso que sea fallecida lo ha de ser mi ánima. Esto de nuevo volviendo a declarar para que en todo conste que los bienes que se hallaren, son, y tocan a esta casa y de limosna fueron a ella, en que sólo he tenido el cuidado de recogerla, y pedirla; y lo que toca a la tercera Orden está preparado, y que mío propio de que pueda disponer, no tengo real, ni maravedis.

Revoco y anulo, doy por ninguno de ningún efecto ni valor otros testamentos, mandas codicilos. Poderes para testar, lo que en su virtud se haya hecho, para que no valga por tal ni haga fe en juicio, ni fuera de él, salvo este que quiere valga por tal testamento última y final voluntad, que por tal otorgo, y se ha de cerrar, que es hecho en la Ciudad de Santiago de Guatemala a veinte días del mes de abril de mil y seiscientos y sesenta y siete años” PEDRO DE SAN JOSSEPH BETANCURT²².

(20) Betancurt, Testamento auténtico... Guatemala, Imprenta de D. Ignacio Beteta, 1808.

- (a) *Se sepultó en la bóveda de los Sacerdotes de dicha Iglesia, en la antigua Guatemala: y hoy se conservan sus cenizas en una alacena del Presbiterio de la misma Iglesia con toda custodia.*
- (b) *Tomó el saco, o hábito de la Tercera Orden de Nuestro Serafico Padre San Francisco el año de 1655, y lo profesó el siguiente de 1656, día once de junio.*
- (c) *Este Hermano Rodrigo fue el que con acuerdo y disposición del Illmo. Sr. Obispo D. Fr. Payo de Rivera, mudó el hábito de tercero de N. S. P. S. Francisco, en el que hoy tienen los Religiosos Belemitas, y aprobó la Silla Apostólica, haciendo de la primera congregación de terceros, Religión leycal: a 26 de marzo de 1687, siendo el primer general, o fundador de ella el expresado Hermano Rodrigo de la Cruz, por cuyo motivo fue Reverendísimo en su Religión Belemítica: extendida ya en el día en ambas Américas.*
- (d) *Esta cláusula convence de que el Venerable Hermano Pedro, a más de su declaración antecedente, era tercero, y por consiguiente, todos los Hermanos asociados a su casa de convalecencia.*

BIBLIOGRAFIA

BEATIFICACION de los Siervos de Dios: Pedro de Betancur, apóstol de Guatemala; José de Anchieta, apóstol en Brasil; Francisco de Montmorency-Laval; María de la Encarnación Guyart; Catalina Tekakwitha: Dgo. 22 de junio en la Basílica Vaticana. *L'Osservatore Romano*, 12 (25): 379, 22 de Junio, 1980.

Biblioteca: FT.

BETANCUR, Pedro de San Joseph, Fr. Bethlemita. Regla y Constituciones de la Sagrada Religión Bethlemitica, fundada en las Indias Occidentales / por el V.P. Fr. Pedro de San Joseph Betancurt. México: Impresa por la viudade D. Joseph Bernardo de Hoyal, 1751, 4, 90 p.: il.

GARCIA de la Concepción, José, Fr. O.F.M. Historia Bethlemitica: vida exemplar, y admirable del Venerable Siervo de Dios, y Padre de San Joseph Betancur, fundador de el Regular Instituto de Bethlehen en las Indias Occidentales; frutos singulares de su fecundo espíritu, y sucesos varios de esta Religión / Escrita por el P. Fr. Joseph García de la Concepción, Lector de Theología, Religioso Descalzo de el Orden de nuestro Serafico Padre San Francisco, y hijo de la Provincia de San Diego, de Andalucía. Sevilla: Juan de la Puerta, Impresor de Libros, en las Siete Rebueltas, 1723. 1, 159 p. Dedicada a la Magestad de El Señor Don Felipe Quinto, en su Real Consejo de Indias, el M.R.P.Fr. Miguel de la Concepción, Religioso Bethlehemita, y Procurador general de su Religión: y el mismo la dà à publica luz.

JUAN Pablo II proclama Beatos a José de Anchieta, Pedro de Betancur, María de la Encarnación Guyart, Francisco de Montmorency-Laval y Catalina Tekakwitha. *L'Osservatore Romano*, 12 (26): 381-382, 29 de Junio, 1980.
Biblioteca: FT, SPS.

TESTAMENTO auténtico del Venerablè Pedro de San Joseph de Betancur: hijo profeso de Hábito descubierto de la

venerable Orden Tercera de Penitencia de N.S.P.S. Francisco de la ciudad de Guatemala y fundador del Hospital de convalecientes, en ella, con el título Belén / A expensas de Don Juan Joseph de Barberena Proministro de la misma Venerable Orden Tercera; quien lo dà á luz con las licencias necesarias. Guatemala: Impr. de D. Ignacio Beteta, 1808. 7, 30 p.: il (retr.).
Biblioteca: NSM, SPS.

San Miguel Febres

(1854 - 1910)

Beatificación: 30-X-1977

Canonización: 21-X-1984

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas fundan su primera casa en la América Latina en el año 1863. En marzo de este año, 10 Hermanos llegan a Guayaquil, puerto de mar de la República del Ecuador, requeridos insistentemente por el Presidente García Moreno. Y simultáneamente se establecen en Quito, la capital, en Cuenca, importante ciudad del sur del país.

Uno de los primeros alumnos en esta última ciudad se llama Francisco Febres Cordero. Y será el primer Hermano de la América Latina que llegue a consagrarse en la Congregación con votos perpetuos. Y será una gloria del Instituto y de su Patria.

A su Patria la honrará porque llegará a ser un eximio hombre de letras, notable poeta; será elegido por unanimidad miembro de la Academia del Ecuador

y correspondiente de la Real Academia Española. Cuando sus restos lleguen a su Patria durante la revolución española el año 1936, sus compatriotas les acogerán triunfalmente. Y con esa ocasión será erigido un imponente monumento a los pies de la colina sobre la que se yergue la escuela del Cebollar, donde fue profesor.

Y dará gloria a la Congregación con sus estudios, con sus obras muy apreciadas en el campo cultural y didáctico; pero sobre todo por el testimonio de su santidad: la Iglesia lo ofrece hoy a la veneración de los fieles y decreta para él los honores de los altares.

Francisco Febres Cordero nace en Cuenca el 17 de noviembre de 1854. Siempre gustará hacer notar que nació un mes antes de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

Sobre su cuna se cierne un velo de tristeza: nace con los pies mal formados. Hasta los seis años no podrá andar sino arrastrándose y toda la vida sufrirá de penosa debilidad en las extremidades inferiores. A los cinco años logra dar sus primeros pasos.

Y es un momento extraordinario que deja perplejos y pensativos a los familiares. Estaba sentado en el primer piso de la galería que rodea el patio interior mientras contemplaba las flores del jardín. De pronto sus ojitos se fijan en un punto y su carita resplandece de alegría, mientras grita: *“Mamá, mira la señora*

hermosa junto a las rosas... Qué linda es... Lleva vestido blanco y manto azul. Me llama... y me dice que vaya con ella...”. El niño se levanta y da algunos pasos. Luego, cae. Y la visión desaparece. Entre los presentes queda una preocupación. ¿Qué significará esta visión? ¿Cómo interpretar la llamada?

Tres años más tarde sus padres deben emprender un viaje y confían el cuidado de Francisco a una tía. El niño tiene ocho años. Un día acompaña a sus primos al campo. Mientras juegan en el prado, aparece un toro furioso. Huyen todos y se refugian tras los árboles mientras Francisco, que apenas puede andar lentamente, queda solo frente a la fiera. De instinto Francisco invoca a la Virgen, se tiende en la hierba y queda inmóvil. El toro le vuelve y revuelve con los cuernos y lo deja luego sin un rasguño. ¿Será otra señal?...

El niño llamó a la Señora en el peligro. La educación cristiana provocó en él una respuesta profunda. Todos los días reza el Rosario en familia y escucha la lectura de la vida de los santos. Tantas veces oyó la relación de gracias maravillosas concedidas por la Madre de Dios a la invocación de los fieles... y ahora la Virgen lo cuenta entre sus predilectos.

También le atraen ya las prácticas de penitencia de los santos cuya vida se lee en familia; y a escondidas, intenta su limitación. Lo recordarán luego los familiares y los amigos.

Hasta sus nueve años, Francisco recibe la instrucción elemental en la casa paterna. Cuando en 1863 los Hermanos de las Escuelas Cristianas llegan a Cuenca, Francisco será uno de los primeros inscritos de la escuela. Y queda ya prendado, fascinado, por la escuela, por la educación religiosa, por el estudio. Y nace pronto en su ánimo un afecto lleno de admiración por sus maestros, discípulos de San Juan Bautista de La Salle. Su inteligencia, afinada por su circunstancia física y psicológica, estimulada por la atracción del ambiente escolar, le empuja sistemáticamente a los primeros puestos en el rendimiento intelectual.

Ya no podrá vivir fuera de la escuela. Esto lo saben todos. De tal manera que, cuando sus pies le duelen y tiene dificultad en llegarse a la escuela, sus compañeros le van a buscar y le llevan en volandas mientras le dicen felices: *“Sufrirías demasiado lejos de nosotros”*.

Y a un momento dado, Francisco descubre en sí mismo una ambición: ser como sus maestros. Sería feliz si pudiera unirse a ellos entrando en el Instituto. Lo insinúa a sus padres. La reacción es negativa, rotunda: sus padres se sentirían felices si quisiera ser sacerdote, pero la Congregación de La Salle es todavía poco conocida, no tiene en el país porvenir cierto, trabaja con excesiva pobreza en la educación de los más pobres... para una familia “burgués” la perspectiva no se presenta espléndida.

Y así, la familia decide retirar a Francisco de la escuela de los Hermanos y llevarlo al Seminario diocesano. Francisco obedece y hace todo lo que puede por lograr el éxito en sus estudios y vivir en la santidad que exige su nuevo ideal. Pero su corazón está afuera. Entre los pupitres de la escuela de La Salle. En el Seminario sufre. Y se vuelve a quien ya le dio señales de protección y amor: ruega a la Señora que le dé la solución al problema y sea otra vez la Estrella de su vida.

Tres meses después de su ingreso en el Seminario, Francisco sufre violentas jaquecas que no amainan. El superior del Seminario comprende el pequeño drama y sin dudar más vuelve a los suyos al seminarista forzado. Francisco sana y frecuenta de nuevo la escuela de los Hermanos.

Pero la oposición a su proyecto no disminuye. La abuelita especialmente no tiene intención de rendirse y encuentra manera de hacer saber al muchacho su disenso y el de sus familiares. Francisco no es un duro. Y sufre. Pero su vocación es ya tan clara que los ataques de la abuelita no disminuyen un ápice la fuerza interior de su respuesta a la llamada divina. Y la abuelita deberá ceder.

En este momento el padre de Francisco está en Lima. Le escriben para requerir su parecer y lograr su autorización para su ingreso en el noviciado. La res-

puesta no es negativa, pero reticente. Quiere dar tiempo al tiempo.

El 24 de marzo de 1868, la madre de Francisco asume toda responsabilidad y firma la autorización ansiada. Y la vigilia de la Anunciación de Nuestra Señora, Francisco toma el Hábito y con el nuevo nombre de Hermano Miguel.

Pero su lucha por la fidelidad a la vocación no había terminado. Su padre aceptó la decisión de la esposa, pero intenta interferirse en la elección de su hijo. Y al encontrar en él resistencia rompe toda relación. Cuando luego el H. Miguel sea enviado a Quito para iniciarse en el apostolado de la escuela, su padre inicia manejos para obligarle a volver a la casa. Los Superiores del Hermano hacen intervenir a las más altas autoridades religiosas. Su padre no se atreverá a insistir, pero durante cinco años no escribirá una línea al hijo. Sólo cuando necesitará un gran favor que el hijo podrá obtener romperá este silencio doloroso.

Y fue así. El Presidente de la República ecuatoriana aprecia mucho a los Hermanos. Sabe de la historia del Hermano Miguel al que estima en mucho. Y el padre lo sabe. Y tiene necesidad de una influencia extraordinaria para obtener del Presidente la libertad de un amigo acusado de conspiración política. Y se decide a escribir a su hijo. El H. Miguel obtiene del

Presidente la libertad deseada. Y así se inicia la reconciliación que sin embargo conocerá algunas dificultades.

El Hermano Miguel trabaja en las escuelas de Quito por más de cuarenta años. La mayor parte de su tiempo discurre en clase. Y pronto llega a ser un profesor notable de Lengua y Literatura. La dificultad de disponer de libros adecuados para textos escolares le induce a componer, jovencísimo todavía, gramáticas y diversos manuales. En ellos, sus indicaciones son clarísimas, sus explicaciones convincentes y su competencia fuera de discusión: y el éxito es inmediato y enorme. El Gobierno Nacional adopta algunos de sus textos para todas las escuelas de la República.

Así, gran parte del tiempo que le deja libre la enseñanza directa, lo emplea el H. Miguel en la composición de textos escolares, desde los más elementales a los más completos. La Gramática española compuesta por él conoce un éxito sorprendente y será adoptada incluso por otros países de la América Latina.

Pero el ministerio al que el H. Miguel se dedica con el mayor entusiasmo y con la máxima preocupación es la catequesis. Y entre todas sus formas, sobresale en la preparación de los niños a la Primera Comunión. Desde 1880 hasta su salida para Europa en 1907 fue el encargado indiscutido para esta misión junto con los capellanes y algunos Hermanos. Era él el animador del grupo y él organizaba la preparación inme-

diata del Día grande y dirigía el retiro preparatorio. Muchos años después, los alumnos recordarán con emoción su apostolado de “catequista de la Primera Comunión”. La plenitud de su Fe y de su Amor se volcaba entonces en las almas de los niños.

Este contacto constante con los niños deja en su mente y en su espiritualidad una impronta característica: la sencillez. Sus modos y palabras son espejo de la “infancia espiritual” de la que es otro signo su devoción al Niño Jesús. Su inteligencia de estudioso, a pesar de la vasta cultura con que se enriquece, permanece extraordinariamente sencilla, como sencillos y claros son los numerosos textos que ofrece a la escuela.

Siempre está pronto a rendir servicio y tiene el talento de no manifestar la dificultad que siente de responder a las llamadas de todos cuando se siente por otra parte asediado por los compromisos y apremios de los plazos editoriales. Acaso deberá aplazar por unas semanas la corrección de pruebas de imprenta y dar vacaciones a sus colaboradores... pero ayudará a sus Hermanos a completar sus estudios y preparar sus cursos.

Su caridad esplendorosa brilla cada vez con nuevos destellos, alimentada por su piedad eucarística y por su devoción mariana. Ya queda claro para todos desde ahora: el Hermano Miguel es un santo... Hasta por las calles grupos de personas le veneran y alaban causándole estupor y confusión.

La estima que los Superiores han forjado de su inteligencia y virtud le va a causar un gran sacrificio: dejar su patria y trasladarse a Europa. Razones complejas: situaciones políticas y amplias perspectivas pastorales.

En 1904 se votan en Francia leyes fuertemente discriminatorias contra las congregaciones religiosas. Para salvar su vida religiosa muchos Hermanos deciden expatriarse. España y América Latina les acogerán en gran número. Pero será necesario disponer de instrumentos didácticos de valor teniendo sobre todo en cuenta el desconocimiento de la lengua española por parte de los recién llegados. Y el Hermano Miguel es en este campo una estrella. Y los Superiores piensan inmediatamente en él.

El Hermano Miguel deja muchos compromisos importantes sin la más mínima resistencia. Embarca para Francia, pasa unos meses en París. De ahí se traslada a la Casa Generalicia, entonces en Lembeque-Hal, en Bélgica. Queda allí un año enteramente dedicado a la composición de textos escolares.

Pero el clima de Bélgica es muy otro que el del Ecuador nativo. Nieblas, frío, humedad... todo diferente de la eterna primavera de Quito. El Hermano Miguel sufre en su organismo delicado. Los Superiores se dan cuenta del peligro y le envían a España donde clima y ambiente le serán más favorables.

Así se traslada a Premiá de Mar, junto a Barcelona, donde se había iniciado una Casa de Formación que acogía jóvenes de varias nacionalidades. Y mientras sigue con su trabajo de compositor de obras didácticas, el Hermano Miguel da a los aspirantes lecciones de español.

La situación política española está en momento grave de crisis. En julio de 1909, aún en Premiá soplan los vientos de la revolución de la llamada “Semana trágica”. El peligro es grave y la violencia anticlerical clara. Tanto que se decide la evacuación de la casa. Hermanos y Aspirantes son embarcados en un barco militar y llevados a Barcelona donde encuentran precario refugio en los docks del puerto, hasta que pueden hallar hospitalidad en el colegio lasaliano de la Bonanova. El Hermano Miguel lleva consigo el copón con las Hostias consagradas de la Capilla de Premiá. El, que siempre tuvo dificultad para andar, encuentra la fuerza para recorrer con el grupo, de madrugada, los siete kilómetros que separan el puerto del Colegio Bonanova, sin causar retraso ni molestia a nadie.

La revolución cede y los Hermanos vuelven a Premiá. Pero las condiciones de salud del Hermano Miguel se agravan. Se resiente del malestar de París, de Bélgica, de la fatiga de España y del ritmo acelerado de su trabajo. Y en la última quincena de enero de 1910 un resfriado degenera en pulmonía doble. Su organismo debilitado no reacciona. Después de tres

días de agonía el Hermano Miguel muere, rodeado de Hermanos y de los Aspirantes que lloran porque pierden un modelo y un maestro extraordinario. Quedó en todos la admiración por la serenidad del último paso y la auténtica sensación de que el Hermano Miguel no podrá ser olvidado.

La noticia de la muerte del Hermano Miguel llega al Ecuador donde suscita conmoción y llanto. Un miembro de la Academia declara: *“La muerte del Hermano Miguel es grave pérdida para su Instituto, para el Ecuador su patria, para las letras hispano-americanas de las que ha sido fecundo artífice”*. La muerte del humilde Hermano es declarada de luto nacional.

En 1936, durante la revolución española, los restos de Francisco Febres Cordero fueron repatriados. Y se le tributó una acogida triunfal en la que participaron las más altas autoridades religiosas, civiles y militares junto con toda la población. Fue erigida una tumba en la casa de los Hermanos de “La Magdalena” en Quito donde la veneración del pueblo ecuatoriano encontró forma de manifestarse y crecer, preparando así el reconocimiento de la Iglesia universal.

El niño sobre cuya cuna se había llorado como por una desgracia irreparable, es ahora una estrella del Ecuador y de la Iglesia²³.

23. Tomado de: Una publicación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

HOMILIA DURANTE LA MISA DE LA CANONIZACION

1. *“Antes de formarte en el vientre, te escogí”*. Estas palabras del Creador divino al Profeta Jeremías, que la liturgia de hoy nos invita a meditar, son plenamente válidas también para cada uno de los que nos hemos reunido en esta Jornada misional, aquí, en la solemne ceremonia de canonización de un hijo de Ecuador, el hermano Miguel Febres Cordero.

Dios nos conoce a cada uno como nadie. Nos conoce incluso mejor de quien nos ha engendrado.

Nos conocía ya antes de que existiéramos, antes de que fuéramos concebidos. Dios nos conoce aún mejor de lo que nosotros mismos nos conocemos.

Y conociéndonos tan íntima y profundamente, Dios nos previene con sus gracias para permitirnos dar fruto a los dones que su bondad nos ha hecho y sigue haciéndonos.

Los dones de Dios son infinitamente variados. A nosotros incumbe reconocer los dones que nos ha hecho Dios y ponerlos por obra para responder a la vocación a la santidad que tenemos todos y cada uno.

2. No es raro que el don de Dios asuma la forma de una llamada a servirle en uno u otro aspecto de la vida consagrada. Dicha llamada se os ha hecho a algunos de vosotros, queridos hermanos y hermanas, y Dios os ha otorgado la gracia de escucharle y darle una respuesta.

La misma llamada se dirige hoy también a muchos otros que quizá vacilan o tardan en responder. Como se ve en el pasaje que acabamos de leer, el mismo Profeta quiso eludirla aduciendo los motivos de su juventud e incapacidad: *“No sé hablar, soy todavía un niño”*. Tener la justa percepción de su pobreza e impotencia es laudable ciertamente, con tal de que no lleve a ignorar el don de Dios y la omnipotencia de la gracia.

Si el que llama es Dios, El se encargará de que no falte su gracia a quien escucha su voz con corazón dócil.

Ya desde los primeros años, nuestro nuevo Santo fue preparado por una gracia particular que lo atrajo casi irresistiblemente a compartir la vida de sus maestros religiosos, los Hermanos de las Escuelas Cristianas que habían llegado a Ecuador hacía pocos años.

Más de uno de los miembros de su familia creyó un deber oponerse a este proyecto. El joven Miguel hubo de soportar más de un rechazo y, luego, varios años tuvo que padecer la actitud

extremadamente fría de su padre que, sin embargo, era cristiano sincero.

Pero el joven Miguel no dudó ningún momento del llamamiento divino. *“En presencia de Dios y sin respeto humano alguno —escribía— os aseguro que me siento llamado al instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y que en ningún otro sitio me sentiré en mi puesto como aquí. Comunicad estos sentimientos a mi padre. Si de verdad desea mi felicidad, es decir, mi felicidad eterna, consiéntame seguir el camino que la bondad de Dios me ha indicado”*.

3. Fiel desde el principio al llamado de Dios, San Miguel Febres Cordero seguirá siéndolo sin la mínima vacilación durante los cuarenta años de su vida religiosa y apostólica; y, como había prometido al Profeta, Dios *“puso sus palabras en su boca”* y le abrió camino en el corazón de quien se le acercaba.

Los otros religiosos y los ex-alumnos —entre ellos varios sacerdotes y algunos obispos— han rivalizado por testimoniar lo mucho que fue capaz de impresionarles y lanzarlos al bien este hombre humilde y dócil.

Hablaba de los misterios principales de nuestra religión con acentos de cristiano hondamente convencido.

Los de más edad, al llegar al final de la vida, re-

cordaban con emoción la enseñanza que el hermano Miguel les había transmitido hacia decenas de años.

Jamás dudó en presentar un cristianismo comprometido y exigente a los jóvenes que acudían a él.

Como había hecho San Pablo a sus queridos Corintios, *“predicaba a Cristo crucificado”*.

El Crucifijo presidió toda su existencia y ocupaciones; en la clase, en su mesa de escritor, como también en la capilla y distintos locales de la comunidad, su mirada se dirigía con frecuencia a la imagen del Divino Crucificado.

A los chicos que se preparaban a la confesión en retiro espiritual, les hacía contemplar a Cristo en la cruz mostrándoles las llagas y destacando que el Señor las había padecido como expiación de los pecados.

Y estos jóvenes, de ánimo profundamente sensible, jamás resistían a la unción de sus palabras. Varios testigos aseguran que muchos de ellos se impresionaban hasta llorar y abandonaban el colegio sin decir una palabra ostensiblemente apenados por el recuerdo de los padecimientos del Salvador.

4. El nuevo Santo Miguel Febres Cordero participó de manera heroica en los sufrimientos de Cristo crucificado. Entre las varias cruces que hubo de llevar durante su vida, no fue la menor una malformación de los pies, que le producía considerables dolores al caminar. Pero él, de la debilidad sacaba fuerza; del dolor, motivo de alegría, haciendo vida propia *“el lenguaje de la cruz”* (1 Cor. 1, 18), escándalo y locura para quienes rehúsan aceptar a Cristo crucificado como Salvador y Señor.

La aceptación gozosa de su cruz era para todos motivo de edificación y de cristiano ejemplo. Primero en su Ecuador natal y luego en Europa —particularmente en Premiá de Mar, donde transcurrió los últimos meses de su vida— su alegría en el sufrimiento despertaba en su comunidad, entre los alumnos y entre cuantos le trataban, un profundo respeto y admiración. Prueba clara de que había asimilado profundamente la enseñanza paulina: *“La debilidad de Dios es más fuerte que los hombres”*. (1 Cor. 1, 25).

Al mismo tiempo acogía a todos con gran sencillez y cordialidad. Siguiendo el ejemplo de Cristo, el hermano Miguel se prodigaba visitando a los pobres y necesitados, aconsejando a los jóvenes, enseñando a los niños, dándose a todos. De la cruz de Cristo —expresión máxima de amor al

hombre— sacaba él la fuerza e inspiración para darse sin reserva a los demás aún a costa de sí mismo.

5. Precisamente un 19 de febrero de 1888 —hace ahora casi un siglo— el nuevo Santo estaba presente en esta misma Basílica de San Pedro participando en la ceremonia de beatificación del venerable Juan Bautista de La Salle, fundador de las Escuelas Cristianas.

Este instituto religioso del que él era miembro desde hacía veinte años, había hecho lema de su acción apostólica y educativa las palabras del Evangelio que hace poco hemos escuchado: *“Quien recibe a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe”* (Mc. 9, 37).

Estas palabras fueron para el hermano Miguel una norma de vida, un apremio constante en su vocación de educador. Todos sus esfuerzos tuvieron como punto de mira la educación integral de las nuevas generaciones, movido por la convicción de que el tiempo dedicado a la formación religiosa y cultural de la juventud es de gran trascendencia para la vida de la Iglesia y de la sociedad.

¡Con cuánto amor y dedicación este “apóstol de la escuela” se entregó a los miles de niños y jóvenes que pasaron por sus aulas durante los largos años de su vida como educador!

Tanto en el colegio de “El Cebollar” de Quito, como en la pequeña escuela donde él enseñó al comienzo de su apostolado, tomó sobre sí la grata tarea de preparar a los niños —los “nuevos tabernáculos vivientes” como él los llamaba— para la primera comunión.

Fiel seguidor de Jesús, había hecho parte de su vida la enseñanza del Maestro: *“El que quiera ser primero, deberá ser el último de todos y el servidor de todos”* (Mc. 9, 35). Por ello, en espíritu de servicio y amor al prójimo, dedicó largos años de trabajo y esfuerzo a la publicación de obras de carácter didáctico, para cuya labor —ya en el ocaso de su vida— fue llamado a Europa, teniendo que dejar su querido país.

6. Como hombre de cultura su reputación fue en aumento, llegando a ser elegido miembro de número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Pero ni este honor, ni su conocido prestigio como gramático, llegaron a empañar la humildad y sencillez con que a todos trataba. Porque estaba convencido de que *“Dios ha escogido la necesidad del mundo para confundir a los sabios”* (1 Cor. 1, 27).

Sin embargo, su labor de estudioso estuvo siempre en función de la actividad pedagógica directa. Y con verdadero espíritu evangélico buscó siem-

pre que su dedicación preferente fuera la de enseñar a los niños más pobres económica, cultural y espiritualmente, viendo en ellos la persona y el rostro de Cristo.

Bien podemos decir, por ello, que el itinerario ejemplar de su vida como maestro es un válido modelo para los educadores cristianos de hoy, a la vez que un estímulo para valorar la gran importancia del apostolado e ideales de la enseñanza católica que tiene por objetivo ofrecer a las nuevas generaciones una sólida cultura impregnada de la luz del Evangelio.

7. El hermano Miguel —alma escogida que no regateó esfuerzos en su entrega a Dios y a los hermanos— dejó un recuerdo imperecedero entre quienes le conocieron. Veintisiete años después de pasar de este mundo al Padre, sus restos mortales eran recibidos con gran emoción y júbilo en su Ecuador natal. Allí se mantienen siempre vivos la admiración y el afecto hacia este hijo de la Iglesia, gloria también de su patria.

Hoy, día de la Jornada Misional, su glorificación es motivo de nuevo júbilo para la Iglesia universal. Esta, como la Iglesia en Ecuador, mira a San Miguel Febres Cordero, apóstol de la escuela, que fue asimismo un ejemplar misionero, un evangelizador de América Latina, como he recordado hace unos días, al

inaugurar la novena preparatoria del V centenario de la evangelización de América (Discurso al CELAM, Santo Domingo, 12 octubre 1984, No. 5).

Por ello, con gozo presento mi saludo cordial a la delegación oficial venida del Ecuador, a todos los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y en particular a los ecuatorianos venidos para asistir a esta solemne ceremonia.

Pido al Altísimo, por mediación de San Miguel Febres Cordero que derrame la abundancia de sus dones sobre todos los queridos hijos de la nación ecuatoriana, que con la ayuda de Dios espero visitar próximamente. Y que conceda a todos sus hermanos en religión un nuevo impulso, alegría y entusiasmo, para continuar fielmente las huellas que, siguiendo las de Cristo, ha trazado admirablemente este buen hijo de San Juan Bautista de La Salle y de la Iglesia. Así sea²⁴.

22. En: *L'Osservatore Romano, edición semanal en lengua española, págs. 1-2 (685-586) - 28 de octubre de 1984.*

BIBLIOGRAFIA

Los BEATOS Miguel y Muciano: Hermanos de las Escuelas Cristianas catequistas, educadores, apóstoles. Roma: Casa Generalizia, 1977. (Folleto).

Biblioteca: HEC, SPS.

GALLEGO, Saturnino. Huellas fecundas: compendio de la historia del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Madrid: Impr. Villena, 1981. 517 p.: il.

Biblioteca: HEC.

MUÑOZ Borrero, Eduardo. Con los pies torcidos por el camino recto: vida del hermano Miguel del Instituto Lasallano. 2a. ed. Madrid: Villena, 1978. 315 p.: il (retr., fots.) Bibliografía: p. 313-315.

Biblioteca: HEC.

PAEZ Fuentes, Luis. El hermano Miguel, maestro ejemplar. 2a. ed. Quito: Gráficas Iberia, 1984. 94 p.: il. Bibliografía: p. 313-315.

Biblioteca: HEC.

El PAPA proclama Santo al Beato Miguel Febres Cordero, ecuatoriano, del instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. *L'Osservatore Romano*, 16 (44): 1-2, 28 de octubre, 1984.

Biblioteca: SPS.

San MIGUEL Febres Cordero / De Los Hermanos de las Escuelas Cristianas. (Folleto).

Biblioteca: HEC, SPS.

San MIGUEL Febres Cordero / de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Santiago: Colegio de La Salle. (Folleto).

Biblioteca: HEC.

Lista de Siglas

FT	Biblioteca de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile.
HEC	Biblioteca de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.
NFG	Biblioteca Nacional, Fondo General.
NSM	Biblioteca Nacional, Sala Medina.
OP	Biblioteca de la Orden de Predicadores.
SELADOC	Seminario Latinoamericano de Documentación de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile.
SI	Biblioteca San Ignacio.
SPS	Biblioteca del Seminario Pontificio de Santiago.

Bibliografía General

A. FUENTES BIBLIOGRAFICAS

MEDINA, José Toribio. Biblioteca Hispanoamericana: (1493-1810) / José Toribio Medina. Edición Facsimilar. Santiago, Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1958, 7 v.

Contiene: v.1.- 1493-1600. v.2.- 1601-1650. v.3.- 1651-1700. v.4.- 1701-1767. v.5.- 1768-1810. v.6.- Sin fechas. v.7.- Títulos nuevos.

Biblioteca: SPS.

MEDINA, José Toribio. Catálogo breve de la Biblioteca Americana que obsequia a la Nacional de Santiago J. T. Medina: Libros Impresos. Santiago, Chile: Imprenta Universitaria, 1926. 2.v.

Biblioteca: NSM, SPS.

MEDINA, José Toribio. Catálogo breve de la Biblioteca Americana que obsequia a la Nacional de Santiago J. T. Medina: Libros Impresos, Suplemento. Santiago, Chile: Imprenta Universitaria, 1953, 2v.

Biblioteca: NSM, SPS.

MEDINA, José Toribio. Ensayo de una Bibliografía Extranjera de Santos y Venerables Americanos / por J. T. Medina. Santiago, Chile: Imprenta Elzeviriana, 1919. X, 212 p.

Biblioteca: SPS.

STREIT, Rob von. *Biblioteca Missionum, Amerikanische Missions-literatur / Rob von Streit, fortgesetzt von P. Johannes Rommerskirchen O.M.I. und P. Josef Metzler O.M.I. Rom.: Herder, 1963 v. Sobre el título: Veröffentlichungen des Internationalen Instituts für Missionswissenschaftliche Forschung.*

Contiene: v.2.- 1493-1699. v.3.- 1700-1909. v.24.- 1910-1924. v.25.- 1925-1944. v.26.- 1944-1960.

Biblioteca: SPS.

B. OBRAS GENERALES

ALDEA Vaquero, Quintín. *Diccionario de Historia Eclesiástica de España / dirigido por Quintín Aldea Vaquero, Tomás Marín Martínez y José Vives Gatell. Madrid: Instituto Enrique Flórez, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1972, 4 v.*

Biblioteca: SPS.

ALVAREZ, Paulino, Fr. O.P. *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de los Predicadores / por el M.R.P. Fr. Paulino Alvarez de la misma orden. Vergara: Tip. de El Santísimo Rosario, 1920. 735 p.: il.*

Biblioteca: OP.

AMADO, Manuel, Fr. O.P. *Compendio histórico de las vidas de los santos canonizados y beatificados del Sagrado Orden de Predicadores / por el P. Fr. Manuel Amado, Maestro de estudiantes, Catedrático de Filosofía en el Real Colegio de Santo Tomás. Madrid: Impr. de D. Eusebio Aguado, bajada de Santa Cruz, 1829. X, 132 p.: il (retrs.).*

Biblioteca: SPS, OP.

AÑO Cristiano / dirigido por Lamberto de Echeverría y Bernardino Llorca, S.I. *Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1966. 4 v.*

Biblioteca: SPS.

CEPEDA, Félix Alejandro, C.M.F. *Flores de América: o sea biografías de los santos y beatos nacidos en el nuevo*

mundo / Félix Alejandro Cepeda, Rvdo. Padre Misionero Hijo del Corazón de María. Barcelona: Tipográfica Católica Casals, 1922. 516 p.: il (retrs.)

Biblioteca: SPS.

GALMES, Lorenzo. *Testigos de la fe en la Iglesia de España / por Lorenzo Galmés. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1982. 208 p.*

Biblioteca: SPS.

MANRIQUE, Alonso, Fr. O.P. *Retrato de perfección cristiana, portentos de la gracia, y maravillas de la caridad, en las vidas de los venerables P. Fr. Vicente Bernedo, Fr. Iuan Macías Religioso Conuerso, y Fr. Martín de Porres del Orden de S. Domingo, y hijos de la observantissima Provincia de S. Iuan Bautista en el nuevo Reyno del Perú / Escribialas en su Sacro Diario Dominicano impreso en Español el M.R.P. Presentado Fr. Alonso Manrique del mismo orden ... Venecia: Francisco Gropo, 1696. 14, 283 p.: il. Consagralas a la Excelentiss. Señora Condesa de Villahumbrosa, y de Castronuevo, Marquesa de Quintana & C.*

Biblioteca: NSM.

MORAN, José María, Fr. O.P. *Relación de la vida y gloriosa muerte de ciento diez santos del Orden de Santo Domingo .../ compuesto por el M.R.P. Fr. José María Morán, catedrático de Sagrada Teología en el Real Colegio de Dominicos, Misionero de Asia, establecido en la Villa de Ocaña. Madrid: Imprenta de D. Policarpo López, Cava-Baja, 19; 1867. 260 p.: il.*

Biblioteca: NFG.

TESTIGOS de la fe en América Latina: desde el descubrimiento hasta nuestros días / Emil L. Stehle, ed. Estella, Navarra: Verbo Divino, 1982. 162 p.: il (retrs.)

Biblioteca: SPS.

Indice

Presentación	7
Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo	11
Santa Rosa de Lima	27
San Martín de Porres	45
San Juan Macías	71
San Pedro Claver	81
San Francisco Solano	101
San Luis Beltrán	123
Beato José de Anchieta	141
Santa Mariana de Jesús	161
Roque González de Santa Cruz	177

Venerable Hermano Pedro de San José Betancur	189
San Miguel Febres	209
Lista de Siglas	231
Bibliografía general	233